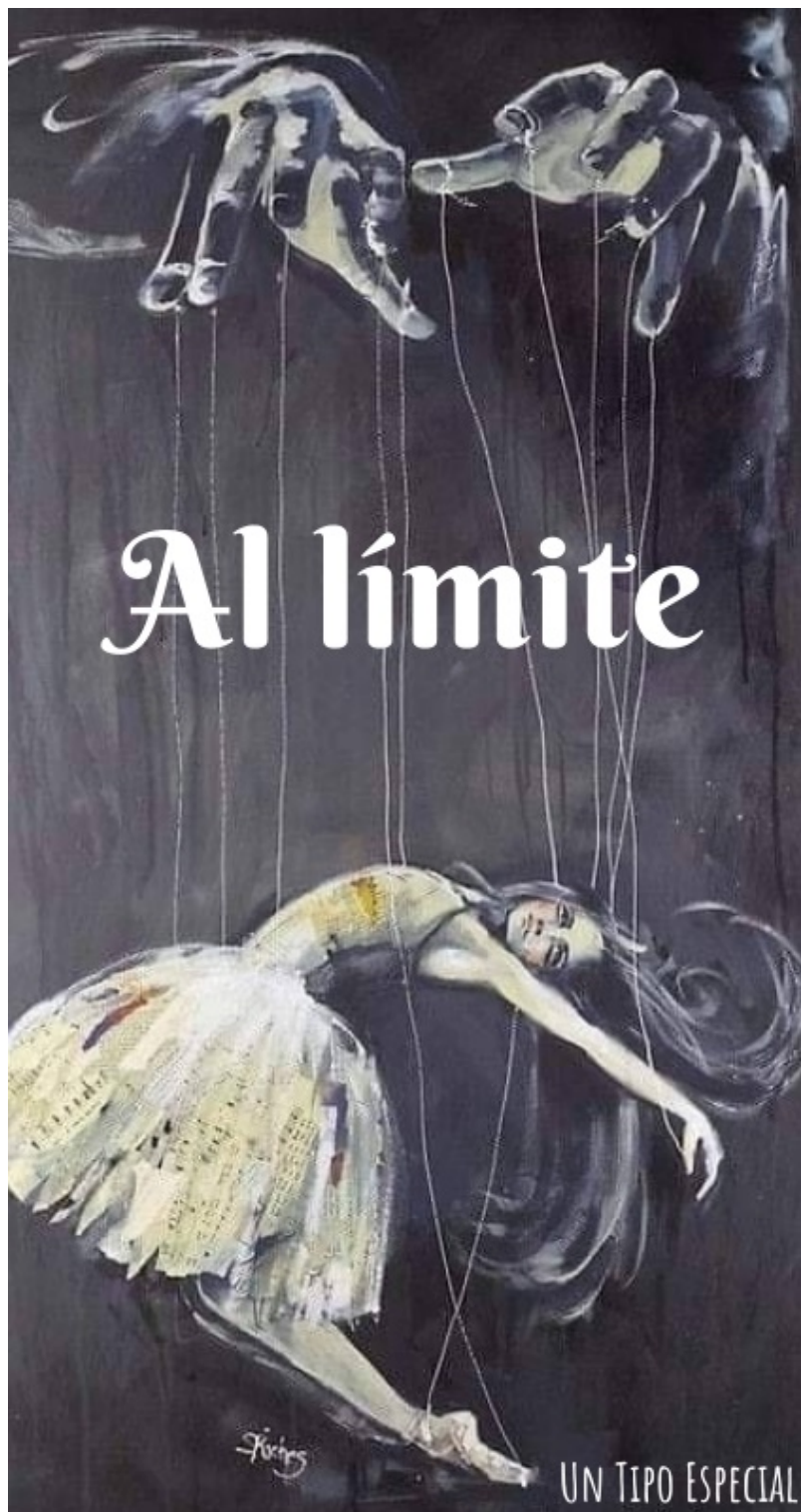


Al límite

Un Tipo Especial



Capítulo 1

Parte I: Humana y Rota

*****SAPPY**

–Lorraine, querida vas tarde a la prepa.

La mujer, sacudió su melena castaño rojiza, como solían hacerlo las modelos en los comerciales de champú. Tomó su café con dos de azúcar sobre el mesón de la cocina y comenzó a buscar las llaves del auto con la mirada. No estaban colgadas en la pared adyacente a la puerta de entrada. ¿Dónde las había puesto?

Bajando la escalera una joven, corría apresuradamente. Sus ojos acaramelados y grandes estaban puestos en el móvil de última generación, que no paraba de sonar, vibrando en su mano derecha. Sobre su hombro la mochila negra con el mismo logo de su blazer, resbalaba.

–¡Lorraine!– los gritos apurándola no cesaban.

Al pie de la escalera, su expresión se volvió amarga y al topárselo frente a frente, no se molestó en disimular el rencor que le guardaba.

–Sigues aquí– escupió enarcando una ceja.

La sonrisa de satisfacción, que tenía el sujeto, no desapareció ante su desprecio; al contrario, parecía destilar ironía. –Puedo llegar unos minutos más tarde...– sus ojos, enfocados en Carol, brillaban con picardía. Los años de diferencia, entre ellos, así como su desigual estrato social, hacían que Lorraine desconfiara en el amor que profesaba.

–Mam... Carol vámonos ¿sí?

Rodó los ojos al ver la romántica escena ante sí. Con las manos en la cintura de su madre, Vladimir desataba su pasión en un ardiente beso, Carol sonrojada abría la boca con más y más ansias, devorada por la jovialidad de aquel hombre.

– ¡Carol!

–Ya voy...

Localizando las llaves en su cartera, salió rauda del lujoso departamento, no sin antes despedirse con un beso fugaz de su amado.

En la preparatoria las cosas no iban mucho mejor y Carol se encargaba constantemente de recordárselo.

–Nena ¿cuándo traerás un novio a la casa?– preguntó, como hacía siempre que la veía ofuscada, intentando animarla, pero consiguiendo exactamente lo contrario. Faltaban pocos minutos para llegar al Nido de Águilas, se recordó Lorraine. Unas cuantas calles, para que fueran sus amigas, las que la molestaran con preguntas incómodas e insulsas. La joven dio un letárgico suspiro que su progenitora ignoró.

–Lorraine, querida.

–No lo sé– su respuesta carente de emoción solo logró inmiscuirla más en el asunto.

–Ah Lorraine, cuando yo tenía tu edad...

Cuando Carol apenas cumplía diecisiete años dio a luz a su primera y única hija, Lorraine; sentenciándose a sí misma a una vida llena de

responsabilidades y postergaciones en pos de aquella frágil criatura, que no deseaba, mas, tampoco había pedido nacer.

Carol forzó una sonrisa, con la mirada fija en el camino. Omitió pequeños detalles como ese, mientras incomodaba a Lorraine con su charla acerca de su pubertad precoz, a causa del temprano desarrollo de su cuerpo. La muchacha desvió la mirada hasta sus manos entrelazadas, avergonzada de no haber heredado los atributos de su madre.

Ella, se mostraba orgullosa, mientras rememoraba el interés que despertaba su curvilínea y esbelta silueta, en el sexo opuesto. Jóvenes de su edad y hombres mayores, caían ante sus encantos, su personalidad despreocupada y su figura prodigiosa. –Era la envidia de todas en el colegio de señoritas– parloteaba alegremente Carol. –Incluso las monjas, tenían envidia de mí. Lorraine apretó las manos en un puño. Tic. Tac. El tiempo realmente se ralentizaba, cuando la situación se volvía incomoda. –Ah... Christian.

Ensanchó los ojos, al escuchar como Carol suspiraba el nombre de su padre. –Era un verdadero caballero en esa época. ¿Anhelo? ¿Devoción? ¿Nostalgia? No podía describir lo que ocultaba ese suspiro, sin embargo, la mueca que le sucedió, borraba todo vestigio de amabilidad con aquel que había compartido tres años y medio de matrimonio. Lo que estaba roto, ya no se podía enmendar.

Lorraine tenía la sospecha de que sus padres jamás se habían casado por amor; todo formaba parte de un compromiso muy beneficioso para ambas partes. Un negocio rentable. La tercera hija del matrimonio Espósito se casaba con un don nadie para no levantar rumores de que tenía conductas libertinas, las que habían terminado con un embarazo no deseado, cuyo responsable desconocía. Por su parte el fulano Clark, un pobre diablo con suerte, disfrutaría de los beneficios de verse involucrado con la familia más adinerada del distrito. Incluso, sería incorporado a la empresa que generación tras generación, habían dirigido los patriarcas del clan. Se había convertido en el orgulloso yerno que conducía la empresa. No obstante, todo derivó en fracaso, cuando un 28 de junio, entristecidos, enfadados y resignados ambos, firmaron los papeles de divorcio. Entonces comenzaría el infierno de Christian. Estaba acostumbrado a llevar una vida exenta de lujos, sin embargo, a causa de su separación terminó en la miseria, obligándole a buscar refugio y amor en los brazos de la única mujer que fue capaz de acogerlo.

Carol desde la vereda opuesta, lo vio caer. No obstante, no todo le resultó fácil. Tuvo que trabajar. Algo impensado, pues planeaba ser un ama de casa moderna. Dedicada a las compras de todo tipo y el cuidado ocasional de su hija. Sus sueños, hecho jirones, la obligaron a aterrizar en una realidad impensada, pero no del todo desagradable. Le había demostrado al mundo, la madurez, la independencia y la fuerza de voluntad inquebrantable que poseía. Incluso no había sido necesario en todos sus años de independencia, humillarse y pedir empleo en la empresa que manejaba su padre. Su orgullo estaba intacto.

Y hoy por fin su vida estaba completa, junto a un hombre maravilloso a su lado, el que su corazón le indicaba, era el amor de su vida. Lanzó un

suspiro aliviada. Una sonrisa acompañaba sus ojos brillantes de expectación. Sentada a su lado, Lorraine no compartía la misma emoción. –Querida...– ya era tarde, la muchacha había casi escapado del vehículo apenas éste se había detenido frente al edificio. Carol frunció el ceño.

*****ESCAPE**

–Antonio te está mirando desde hace mucho rato amiga...

Julia, una hermosa pelirroja de luminosos ojos verdes, ocultó una coqueta risa con su rosada y cuidada mano. Annastasia, observaba inquisitiva su reacción, lanzando miradas furtivas al muchacho de su interés.

Lorraine se mordía el labio, parpadeando frenéticamente, para reprimir el torrente de emociones que la embargaba. No obstante, aquella sensación que hace un tiempo la perseguía era imposible de aplacar. Era una espectadora de su propia vida. Las escenas pasaban y ella no era más que un extra, una roca, un objeto que todos pasaban a llevar.

Durante el receso de veinte minutos se obligó a mantener un semblante relajado y alegre. Mientras que para sus adentros la ansiedad la consumía. El joven que las observaba a distancia, comenzó a acercarse. Era apuesto-conservador. Del tipo presidente del centro de alumnos, miembro del club de ajedrez. No llevaba gafas, sin embargo, aquello no era necesario para resaltar sus atributos de chico bueno-intelectual. Su cabello castaño chocolate, cuidadosamente peinado era suficiente.

–Chicas...– dijo con voz profunda. Todas podrían haber reído nerviosas y coquetas, no obstante, aquello era solo permitido a quien iban dirigidas las atenciones.

Imaginó un escenario distinto. Donde aquel chico galante la invitaba a salir. Y ella lo rechazaba. Hasta que luego de mucha insistencia accedía. Mas, un chico igualmente apuesto y de una personalidad, del tipo, chico malo, caía rendida ante sus pies, luego de mucha espera, ganaba el verdadero amor, con el chico bobo, y su madre orgullosa por su poder de seducción -afortunadamente heredado-, la aconsejaba y bromeaba con ella, le contaba sus experiencias y ella las escuchaba encantada. No como lo hacía ahora. Como si fuera un martirio, un sermón.

Se mordió el labio, con más intensidad.

–Lorraine ¿por qué no los dejamos solos...?– su blonda amiga les guiñó un ojo a ambas.

Dejaron a la feliz pareja sentados bajo el amparo de un sauce. Recorrieron juntas el extenso patio cubierto de cuidado césped hasta que Lorraine perdió la batalla contra sí misma. Se disculpó con Anna, diciendo que iba al tocador. Esta última ofreció su compañía.

–Volveré rápido– fue la escueta respuesta acompañada de una sonrisa. Los ojos azules de Anna la miraban acusadores. Sin embargo, no emitió protestas cuando la vio alejarse.

El último cubículo estaba vacío. Sonrió para sus adentros. La hoja de afeitar, escondida en el bolsillo de su blazer le daba tranquilidad cada vez que la palpaba. Una vez sentada en el retrete de aquel estrecho lugar, se subió la falda dejando sus cicatrices al descubierto. Su pierna derecha tenía varios cortes de corta longitud y poco profundos, algunos

cicatrizados, otros demasiado recientes. Apretó la hoja contra su carne, desatando adrenalina y dolor.

El líquido carmesí se escurrió por su muslo, llevándose aquel sufrimiento que no era palpable en la carne, aquel que no podía explicar a nadie, el que desahogaba haciéndose daño. Una vez al día, a veces más; todos los días desde que se sentía ahogada con el nudo que se formaba en su garganta. Sacó papel higiénico y comenzó a limpiar su pierna. Las cicatrices y su nuevo corte volverían a estar cubiertos. Siempre lo estaban. Nadie jamás sabría de su existencia gracias al lugar estratégico que había elegido.

Acomodó su falda, arregló su cabello e hidrató sus labios con bálsamo sabor fresa, para que su radiante sonrisa al abandonar los servicios, fuera más convincente.

El día continuó su curso normal entre cuchicheos con sus amigas y las aburridas clases, hasta el último bloque después del almuerzo. A esa hora, a pesar de estar ella y sus compañeros algo letárgicos por el calor y la comida, las estudiantes femeninas sintieron un shock de energía.

Correspondía la hora de clases con el maestro más joven, guapo e interesante de la preparatoria. Las clases de francés habían suscitado un repentino interés en todas desde su llegada. Excepto en una.

Sintió su estómago acalambarse. El novio de su madre vendría a dictar clases y ella tendría que fingir que era tan solo una alumna más, que no le guardaba rencor por aprovecharse, de una mujer madura enamorada. Lo detestaba. Más que eso; lo odiaba. Por la seguridad que proyectaba, por ese misticismo que lo envolvía, por el poder de convencimiento que obtenía con esa sonrisa encantadora que robaba el aliento. Comenzó su perorata sentado relajadamente sobre el escritorio. Ella intentó tomar apuntes, pero al observar que no era a la única que se le dificultaba, desistió.

Concluida su explicación, dejó una actividad para que los alumnos desarrollaran de forma autónoma. Lorraine consultó su reloj de cristales incrustados. Treinta minutos para salir de esa atmósfera asfixiante y llegar a una peor, entre cuatro paredes con su presencia rondándola. Una mano en su hombro la sacó de sus cavilaciones.

–¿Por qué no realiza la actividad, señorita Clark?– inquirió alguien a sus espaldas.

Era él.

Vladimir Meller, su profesor y el motivo del nudo en su estómago. La chica lo fulminó con la mirada.

–¿No le quedó claro lo que hay que hacer? ¿Necesita ayuda?

Sus compañeras le lanzaban miradas furtivas, envidiosas de la atención que recibía por parte de aquel apuesto hombre.

–No es nada, comenzaré enseguida.– Se preocupó de que sonara neutral y no altanera, después de todo se dirigía a una figura de autoridad.

–Bien, comience de inmediato, recuerde que se entrega al final de la clase y el plazo es impostergable, sino quiere obtener la nota mínima.

¿Era una amenaza? Porque no había tenido el efecto deseado en ella. Lo que menos le importaba en aquel momento era su rendimiento

académico. De todas formas su madre pagaría una universidad privada de prestigio, la cual ella se encargaría que estuviera lo más lejos de ella y su novio. Para que llegara aquel momento de infinita paz, quedaba alrededor de un año, mas, era lo único que la mantenía esperanzada, realizándose cortes ligeros y no atentando con verticales a su arteria femoral.

La clase concluyó en medio de protestas. La actividad a realizar necesitaba de más tiempo para ser entregada. Vladimir ante la agitada clase reiteró que la actividad era sencilla e inaplazable. Las manifestaciones se incrementaron. Terminó cediendo, al ver que incluso Julia Steele, la alumna mejor calificada de la clase no había logrado terminar.

–Ok, pueden hacerla el fin de semana y entregarla el lunes. A las ocho en mi oficina, mínimo diez planas a mano.

Las quejas no cesaron, pero menguaban poco a poco mientras los jóvenes se retiraban.

Vladimir quería hablar con Lorraine unos momentos. No obstante, la chica, se escabulló con rapidez, entre la multitud de estudiantes.

***ECOS

Al amparo del crepúsculo una suave brisa soplaba despeinándole los cabellos. Lorraine fumaba un cigarrillo con la mirada perdida en el horizonte. Había empezado a fumar con la intención de verse más interesante, luego, para distraerse. Éste último cometido lo estaba logrando, ya casi no escuchaba las bulliciosas exclamaciones provenientes de la cocina. Su madre, entre los brazos de Vladimir, dejaba ver su entusiasmo, mientras él la besaba apasionadamente.

Estaban tan inmiscuidos en su mundo de romance, que podría haberse lanzado desde el balcón y ellos no haberlo notado.

Cada día soportaba menos la presencia del intruso.

Por su causa, habían tenido que cambiarse de departamento. Una oportunidad de negocio para Carol, pero una tragedia para su hija. Ahora las casas de sus amigas estaban más lejos. No es como si alguna vez las visitara, pero necesitaba algo emotivo que convenciera a su madre para no cambiarse, para no vivir con él. Mas, había sido ignorada, como tantas otras veces. Como ahora. Como siempre.

A pesar de tener deberes y responsabilidades que cumplir agolpándose en su cabeza, provocando el tan recurrente estado de ansiedad que la asediaba, Lorraine se decidió por dibujar.

Encerrada en su habitación, desparramó sus herramientas sobre la cama y buscó en su mesita de noche su dispositivo para escuchar música.

Con los audífonos puestos, la música y las ideas que guiaban sus trazos emergían sin mayores esfuerzos. En breves minutos el boceto tomaba forma. Opacando la música, las tareas pendientes pululaban, entorpeciendo sus acciones a causa de la incomodidad.

Cesó todo movimiento, dejando el lápiz grafito a un costado del block y miró al techo.

Blanco, impoluto, sin siquiera un pequeño e insignificante insecto

merodeándolo. Recorrió con la mirada cada pared, cada rincón, al tiempo que intentaba disipar el sentimiento de culpa que comenzaba a acecharle. Debía rendir académicamente, debía mejorar su carácter, debía retomar la comunicación con su padre, debía conversar abiertamente con Carol; sincerarse, abrir su corazón, explicarle como se sentía, tal vez incluso debía seguir *su* consejo y nuevamente visitar un especialista.

Quería dejar de ser una paria o quitarse de la cabeza la certeza de que lo era.

Sus ojos se posaron largo rato en una viga del techo en el pasillo. Desde donde estaba sentada, con la puerta de su habitación entreabierta, parecía estar entre su dormitorio y el de Carol. Tenía alrededor de dos metros de distancia desde el suelo, hasta el techo, pero era lo suficientemente alcanzable si acercaba una silla. Entonces, improvisando una cuerda con sus pañuelos para el cuello, sus implementos estarían completos.

Sin restricciones se condenaría al averno.

Pestañeó lubricando con ligeras lágrimas sus ojos secos. Había prescindido demasiado tiempo de este reflejo, a causa de los planes que se hilaban en su cabeza.

Enfocó su atención nuevamente en la estructura de madera. No parecía lo suficientemente resistente para aguantar su peso, podía ceder y lejos de concederle el cálido beso del abandono, la arrojaría a la cruel realidad, quitándole incluso sus facultades más básicas.

Frunció el ceño. No le agradaba la idea de estar encerrada en su propio cuerpo. Volvió a concentrar la atención en su boceto y comenzó a afinar los trazos.

Tal vez debía comenzar por cosas sencillas y dejar de pensar en desaparecer. Su vida no era perfecta pero era suya, única e irremplazable como pocas cosas. No todos los días podían ser aburridos y rutinarios, si se lo proponía, todo radicaba en su esfuerzo...

No obstante, nuevamente sus deberes se enumeraban en su cabeza.

Nuevamente los ignoraría como tantas veces atrás.

Necesitaba ese momento de paz con su block y su listado de canciones, de otra forma, aquello no serían más que esfuerzos inútiles para complacer a gente siempre insatisfecha.

*****DÉJATE CAER**

-¡Todo es su maldita culpa mamá, que se largue! ¡Tú y yo éramos muy felices antes de que él llegara!

Los gritos inundaban la sala de estar. Sentada con una mano sobre la frente y otra sobre el regazo Carol intentaba mantener la calma. A su lado Vladimir la abrazaba transmitiéndole fuerzas. De pie frente a ellos, Lorraine estaba al borde de las lágrimas. Esa tarde había tenido lugar una reunión de padres y maestros en la preparatoria. Carol se había enterado de su terrible desempeño escolar. Estaba arriesgando repetir el curso.

-Lorraine no seas infantil, Vladimir no tiene nada que ver con esto, eres tú la responsable de estudiar. Estás reprobando literatura y francés por Dios, ¿qué pretendes? ¿Qué Vladimir te apruebe solo por ser mi novio?

La muchacha incurrió en gritos aún más audibles. –¡Quiero que este aprovechador se vaya de nuestra casa! eso quiero. ¿Cómo no entiendes? ¡Se está aprovechando de ti! ¡Solo está contigo por dinero! ¿Crees que está contigo por tu cara bonita? ¡Está rodeado de suripantas mucho más guapas y jóvenes que tú en su trabajo!

Sus gritos fueron abruptamente silenciados. Incorporada frente a ella y con una mano en alto Carol respiraba entrecortadamente.

–A tu habitación– masculló con el rostro rojo de ira. Las lágrimas se desbordaban del rostro de Lorraine en contra de su voluntad. Con ambas manos sobre la mejilla golpeada, se dirigió a paso cansino a su habitación.

–Es muy difícil ser madre de una adolescente...– fue lo último que escuchó antes de cerrar de golpe la puerta de su recámara.

Horas después escuchó golpes en su puerta. Consultó su reloj de pulsera. Ya casi era media noche y ella no había bajado a cenar. Seguro era Carol que subía con la comida. Dudaba que fuera a pedirle una disculpa. Luego de un breve instante de meditación, murmuró un tímido “adelante”.

Era él.

En sus manos llevaba una taza de té, que se apresuró en dejar sobre el escritorio. Lorraine lo miró con odio, sin mover un músculo, a pesar de que seguro se veía ridícula, acostada en posición fetal, abrazando la almohada.

–Lorraine...

–Lárgate– su voz se escuchaba ahogada. Él no se movió del umbral de su puerta.

– ¿Quieres cenar?

–Fuera.

¿Quién se creía? Su madre debía hacer esas preguntas. No ese intruso.

–Lorraine...

Se acercó unos pasos. De cerca se veía buena persona. Casi parecía sincera su preocupación.

–Fuera.

Fue un susurro inaudible. Las horas de incesante llanto habían dejado su garganta y ojos secos. Vladimir siguió aproximándose. En cuclillas, tomó las manos de la chica. Estaban frías. Lorraine lo miró con una mezcla de sorpresa e irritación.

La observaba con curiosidad y condescendencia. Su cercanía la desconcertaba y la convencía aún más de que su preocupación era sincera. Sin embargo, la parte racional de su cerebro, le hizo recordar que los falsos espejismos y el embelesar a las personas era su especialidad. No dejaría que aquella vil criatura de rasgos hermosos se aprovechara de su vulnerabilidad.

–Largo de aquí, fuera de mi casa, ¡largo!– entre sonoros gritos, quitó las manos de entre su cálido afiance.

Vladimir se limitó a obedecer en silencio. Le dio una última mirada a la muchacha antes de salir de la habitación. Minutos después, ella recelosa se acercó hasta su escritorio. El contenido de la taza parecía ser una infusión, el aroma que expelía era relajante. Bebió un sorbo con desconfianza. Estaba realmente deliciosa.

*****THE HARDEST PART**

Era el segundo receso del día. Los cálidos rayos de sol se posaban sobre sus espaldas, dejándoles una sensación agradable. Sobre el cuidado césped, sentadas bajo un arbusto, Anna, Julia y Lorraine comentaban los pormenores de la cita que había acontecido la pelirroja el fin de semana. Lorraine ponía todo su esfuerzo en parecer feliz e interesada por su amiga. Sin embargo, su cabeza estaba embargada con la escena que se desarrollaba a pocos metros.

Vladimir y la maestra de inglés conversaban coqueta y descaradamente. No había contacto físico, no obstante, su complicidad era evidente. La muchacha apretó la mandíbula. ¿Cómo podía ser tan atrevido, sabiendo que ella estaba allí? Podría sacar fotos y provocar celos en Carol, sin embargo, estaba tan embelesada por aquel embustero, que aquello, no sería suficiente para acabar con su relación.

Se llevó la mano al pecho. De pronto le faltaba el aire.

–Lorraine, ¿te sientes bien?

–Iré a los servicios– fue la escueta respuesta que recibieron sus amigas.

–Te acompaño– denotó Anna incorporándose.

–No hace falta. Espérenme aquí– intentó tranquilizarlas con una sonrisa. Anna y Julia se encogieron de hombros y obedecieron.

La brusca forma de levantarse, provocó en Lorraine un mareo que ignoró. Antes de entrar al edificio Vladimir la interceptó. A sus espaldas Luce Emerson, la maestra de inglés los miraba furtivamente.

–Déjame en paz– exclamó Lorraine al tiempo que liberaba bruscamente su muñeca de entre los dedos del profesor.

–No hagas una escena– masculló él entre dientes, con un brillo siniestro en la mirada. –Solo pregunté si se siente bien, señorita Clark.

–No te importa.

A quién realmente nada le importaba era a ella. Sentía las piernas pesadas y la cara fría, pero ya nada de eso le era relevante. Solo la soledad le daría consuelo en aquel momento.

–Estás algo pálida Lorraine– espetó Anna a su lado.

Ella y Julia, estaban en el baño haciéndole compañía, a pedido del maestro de francés. Se mordió el labio. Ahora sumado a la culpa, la sensación de humillación invadía su ser.

–Solo fue un mareo.

Una epifanía, más bien. Sus amigas se miraron de manera cómplice.

–¿No tendrá pies y manos tú mareo?– Julia dejó escapar una risita tonta.

Lorraine mirando su exangüe reflejo en el espejo, entornó los ojos.

Aquello era ridículo y ella lo sabía. Eso solo era posible por la obra y gracia del espíritu santo.

–Julia, ¡tonta! Lorraine no tiene novio...

–Yo tampoco Anna y ya no soy virgen.

La conmoción de aquella noticia las acompañó todo el resto del día. Para

su alivio el vahído que había sufrido y el desaire a Vladimir pasaron desapercibidos, al menos para sus amigas.

La madurez que había alcanzado Julia a sus 16 años, era de mayor importancia. Del trío de amigas, era la más reservada, juiciosa y aplicada. También parecía ser apegada a los valores ultra católicos que le habían infundado sus padres, no obstante, aquello, no había sido obstáculo para ir quemando etapas.

–En serio creí que llegarías pura y casta al matrimonio– murmuraba Lorraine en clase de inglés. Julia se limitó a reír disimuladamente. En ese instante la maestra se volteó atrapándola en el acto.

–Miss Clark, please shut up.

La aludida abrió los ojos con sorpresa, al tiempo que la atención se posaba sobre ella.

–Pero miss...

–Shut up and pay attention please.

Cesó las protestas enfurruñada, entre las risas discretas de sus amigas. La maestra continuó la clase, mirando a intervalos con desprecio, en su dirección.

*****I RAN AWAY**

Por cada día bueno, había uno malo. Este era su día malo. Ni siquiera había tenido un día bueno. Había sido medio día bueno. Las lágrimas amenazaban derramarse incontenibles por su rostro. Echó un vistazo al intruso. No se veía incómodo. Cuando sus miradas se encontraron, rechinó los dientes. Sus ojos la observaban con compasión.

–¡Ya basta!

Carol cesó su monólogo acerca de la insana convivencia que mantenían. Lorraine sindicaba al intruso como el único culpable de aquellas constantes peleas. Su madre acusaba a su intolerancia. De pie, con un puño sobre la mesa, la mujer respiraba agitada. Ella le sostenía la mirada desafiante. Instantes después se incorporó.

–Perfecto. Si no se va él, me voy yo.– Azotó la servilleta de tela color beige contra su plato a medio terminar. Indignada, se dirigió hasta las escaleras.

–¿A dónde irás? ¿A esa ratonera donde vive tu padre?, por Dios Lorraine no me hagas reír.– Carol también había abandonado la mesa, Vladimir la imitó.

Lorraine subió las escaleras sin mirar atrás intentando mantenerse firme en su decisión.

–Nena debes estar bromeando, para decir que te vas con ese fracasado. Lorraine miraba por las ventanas polarizadas del vehículo. Su madre dobló a la derecha tomando una ruta más expedita. Disponía de quince minutos para llegar al bachillerato.

–Lorraine ¿sabes en qué clase de cuchitril vive Christian, quién es su nueva suripanta? Dudo que la oxigenada esa, siga aguantándolo.

Se marcharía de clases una hora antes. Eso le daría tiempo suficiente para cambiarse de ropa, tomar un taxi y buscar la casa en la que residía su

padre. Era lógico que siguiera en el mismo barrio de mala muerte de siempre, no le alcanzaba para más.

–Nena imagínate siquiera lo que sería vivir con él. En una pieza miserable de cuatro metros cuadrados, rodeada de cucarachas, hasta ratas quizás. Y ni hablar si sigue con esa zorra barata. Iugh.

Ya casi llegaban al Nido de Águilas y Carol seguía con la nariz arrugada, una clara señal de disgusto al recordar aquella por la que había sido reemplazada. Ni siquiera los pronósticos de su madre amedrentaron su decisión.

Bajó del auto, no sin antes dedicarle una escueta despedida.

Preso de las ansias, no prestó atención, ni tomó notas aquel día. Rodeada de sus amigas y compañeros de clase, el aula se hacía estrecha y agobiante. Terminada la clase, ante ella se presentaba un breve receso, el momento perfecto para ejecutar su huida. Se disculpó con Julia y Anna, inventando una cita con un muchacho. A pesar de la confianza y el cariño que les tenía no quería apesumbrarlas con sus problemas. Además, estaban en aquella etapa donde no había nada más importante que las relaciones interpersonales y cuál había sido el vestido más bonito en los Oscar.

–¡Ay!– se quejó al lastimarse la palma de la mano con una púa.

Sobresalientes, cubrían el muro de asfalto que separaba el instituto de la calle. Un salto y experimentaría la libertad. Afuera los rayos de sol abrazaban con su calor la piel, adentro un frío glacial que no se debía a la temperatura, le acalabraba los huesos.

El transcurso a casa fue inesperadamente rápido. Con el pecho apretado, Lorraine subió las escaleras rumbo a su habitación. En menos de diez minutos, había tomado una ducha y vestido. Con prisa arregló una mochila, que no levantaba sospechas, solo lo esencial para pasar la noche. Luego volvería por sus pertenencias, sentenciando a Carol a vivir en una mentira, que la hacía feliz, pero a la larga le haría daño. Pasó rápido frente al mesón de recepción. El conserje y ella mutuamente se ignoraron. Él estaba demasiado encismado en su revista para adultos como para prestarle atención. Ella demasiado concentrada en que las lágrimas en sus ojos no se desbordaran.

Era una situación injusta, no debía ser ella quien abandonara el hogar.

¿Notaría Carol su ausencia, la tomaría en serio, acataría sus demandas?

Sumergida en sus pensamientos salió del edificio, en dirección contraria a un vehículo que acababa de aparcar. La vista se le tornó borrosa a causa de las lágrimas, que intentaba apaciguar pestañeando frenéticamente.

A sus espaldas a varios metros de distancia el conductor del vehículo fruncía el ceño, intrigado al reconocer la figura que se alejaba vacilante.

*****LOST IN HOLLYWOOD**

–Serían...

Lorraine no pudo evitar sorprenderse ante tan elevada cifra. El conductor del taxi seguía con la mano estirada. Sacó una suma redondeada del dinero y salió. La mirada lasciva del chofer fue suficiente estímulo para querer salir huyendo.

Tal vez no la había estafado, pensó caminando por la estrecha vereda.

Edificios antiguos de color marrón la rodeaban. Unas cuantas casas de material y otras maltrechas de madera. Pequeños almacenes apenas en pie. Muchachas de su edad en ruidosos grupos que caminaban a la par, sus risas estruendosas llenando el lugar, sus miradas rencorosas recorriéndola de pies a cabeza, intimidándola, tal como el sujeto del taxi, una vez que ella le había ordenado su destino.

Caminó unas cuantas empinadas calles más. Todos quienes pasaban a su lado la miraban con extrañeza, acusadores, como queriendo gritarle que no pertenecía allí.

Encontró una modesta cafetería justo al frente del que debía ser el lugar donde trabajaba su padre. No lo había llamado, pero había buscado en internet su nombre y estaba asociado a una empresa que prestaba servicios de aseo a una compañía. Llevaba según la página algo más de un año trabajando. Tal parecía que la mala racha lo había abandonado y que el castigo que había infringido el padre de Carol a modo de venganza, no lo perseguiría por la eternidad.

Consultó su fino reloj, faltaba una hora y cuarenta y cinco minutos para que terminara la jornada laboral.

Tomó asiento y se decidió por un café helado. El tiempo lo ameritaba. Llevaba ya varios cigarrillos cuando dieron las seis. Personas iban y venían a aquella tienda. Ninguno se quedaba a oficiar de distante y silenciosa compañía.

El crepúsculo pronto cayó sobre la ciudad, el cielo de colores naranja y violeta lo acusaba. Los encargados de aquel local se disponían a cerrarlo. Lorraine abandonó su sitio, dejando atrás, tres café helado y una cajetilla de cigarrillos. Entre sus labios se consumía el último.

Uno a uno los trabajadores iban abandonando la fábrica, mas, ninguno de ellos era Christian.

La hora laboral había acabado hace muchos minutos y Carol aún no extrañaba su presencia, todo a causa de él. Seguro la había convencido de que su huida era algo beneficioso para ambos, que su hija no era necesaria, pues no era más que una mera molestia. Lorraine apretó los puños. Cruzando la calle se dirigió hasta la entrada del edificio. Fue entonces un vehículo aparcado llamó su atención.

–¡Lorraine! ¡Hija! ¿Qué haces aquí?

La muchacha corrió hasta él, encerrándolo en un efusivo abrazo. Christian respondió emocionado. Caminaron calle abajo uno junto al otro. Su padre reflejaba la felicidad que lo embargaba al volver a verla, ya adolescente. Cuatro años habían pasado desde que habían perdido contacto.

Camino a casa, contestaba despreocupada las preguntas triviales que él hacía. Entre tanto, Christian le daba consejos y peroratas correspondientes a cada tema. Incluso le preguntó por Carol.

–¿Qué hay de Carol, cómo está ella, ha encontrado a alguien que aguante su genio?– inmediato a eso soltó una risotada. Lorraine le respondió con una sonrisa forzada.

-Es por eso que estoy aquí- las palmas de sus manos se estaban volviendo frías a causa del sudor que las cubría.

-¿A sí?- fue lo que alcanzó a responder Christian, antes de que unos largos brazos se aferraran a su cuello.

Ella desvió la mirada. Estaban frente a una puerta de madera, perteneciente a una vivienda de una planta, con ventanas enrejadas y sin antejardín. Contigua a ésta había una de similares características, casi indistinguible una de la otra, a excepción de sus habitantes.

Su padre, que unos segundos antes tenía en la mano estirada, con las llaves entre los dedos, ahora era presa de una rubia colorina que lo besaba con desembozo.

-Elena, querida- gimoteaba a la vez que despegaba los brazos de la mujer de su cuello. -¿Querida vamos a entrar sí?- miró a la muchacha con cara de disculpa, mientras cruzaba el pórtico, con su mujer pegada a su costado.

En la sala estrecha, provista de un par de sofás, Lorraine permanecía de pie, rechazando el vaso de agua que Elena, la novia de su padre ofrecía. -¿Quieres cenar Lorrie?- invitaba entusiasmado Christian unos pasos más allá en la cocina americana.

-No creo que se quede hasta la cena amor- denotó Elena fulminándola con la mirada. -Debe ser una visita exprés.

-La verdad es que quería venir a vivir contigo papá- el sonido de un plato al caer resonó por toda la casa.

Elena rebosaba ira mirando a Lorraine y a Christian alternadamente.

-¿Cómo dices querida?

-Eso Chris... papá, vendré a vivir a esta casa.

- ¿Quién te crees mocosa? No sé cómo funcionan las cosas en el barrio alto, pero aquí no son así.

-Lorraine querida, este... ¿hablaste con tu madre?- interrumpió Christian con un paño de cocina entre sus manos.

-No, pero eso no importa, ya le diré cuando vaya por mis cosas.

Lorraine se sentó en uno de los incómodos sillones, mirando a Elena con desdén. La mujer parecía rezumar humo por la orejas.

-Lorrie, yo no... ¿por qué te has ido de casa?- la tensión y el nerviosismo eran palpables, en el rostro amable del hombre de mediana edad.

-¿Qué no es obvio amor? ¡Porque es una mocosa mimada por eso!

-Carol tiene un novio...

-¿Te ha hecho algo?

-No, es solo que no me agrada, no lo soporto y pues...

Christian exhaló un suspiro. Elena gritaba hecha una furia

-¡Vaya! icon que a la mocosa hija de mami, no le gusta su nuevo papi!

Pues ve a esos lugares donde van los niños ricos a contar sus problemas, ino me vengas a joder a mí! No hay lugar para ti en esta casa, ilárgate!

Lorraine miró a su padre en busca de apoyo, él la miraba consternado.

-Lorrie querida, sabes que estaré para ti para lo que sea, pero me temo que no puedo recibirte-sus palabras amargas, pululaban tristeza, mas, se sintieron como un hondo puñal en el corazón. Sacudió la cabeza, como si con eso pudiera deshacer su rechazo.

–Christian, es lo único que te he pedido en toda mi vida...

–Lorrie...

–Ya basta, ¡largo mocosa!

–¡Cállate suripanta barata, no estoy hablando contigo!

Un calor abrazante cubrió su mejilla. Su ojo derecho de pronto estaba desbordante en lágrimas. La respuesta había sido automática, sin medir la fuerza del manotazo, sin procurar el daño que calaba en lo profundo de su ser. Christian la miraba con un deje de abatimiento, opacado por su rostro rojo de ira. Sus labios apretados, sus ojos inyectados de sangre y sus manos ahora temblorosas se le antojaron más intimidantes, que la cachetada que acaba de recibir.

Tomó sus cosas del suelo y se dirigió a la salida. Tres pasos bastaron para estar frente a la puerta.

Esperó unos instantes, quizá su padre se arrepentía y le daba asilo como disculpa.

–Lorraine, jamás vuelvas a faltarle el respeto así a mi mujer, ella es la dueña de casa y la única que me acogió después de que Carol me echara a la calle.

La chica apretó el pomo de la puerta. Se sabía la historia de memoria. Una vez afuera el viento congeló sus maltratadas mejillas. Caminó con tanta prisa como sus ojos empañados en lágrimas le permitieron. Sus manos temblaban aferrando las solapas de su abrigo. El dolor que sentía en el pecho le impedía respirar con normalidad. Miró el cielo encapotado, solo hacía falta un aguacero para darle más dramatismo a su penosa situación.

Perdida entre sus cavilaciones y el constante ruido que hacía al respirar solo fue consciente de que la seguían cuando unos dedos se enmarañaron entre su cabello. Al girarse se encontró con la maquillada cara de Elena.

–¿Qué demonios quieres?– su cara seguía altanera pero era lógico que estaba allí para implorar por su perdón.

La mujer tomó firme su muñeca con huesudos dedos, provistas de afiladas uñas como garras de ave rapiña.

–No te irás así como así mocosa, a ti te sobra el dinero, así que anda despojándote irápido!

Intentó deshacer la tenaza alrededor de su mano, sin embargo, ante su fracaso, aprovechó la oportunidad para demostrar lo patética que era aquella mujer.

Tomó sus ahorros desde el bolsillo de su chaqueta y los lanzó a la calle. Los billetes volaron, al son del viento unos, desperdigándose por el suelo otros. Elena la miró con el rostro inundado de ira, con la palabra odio escrita en la frente. Deshaciendo su presa, tiró del fino reloj de la chica.

–Esto servirá–murmuró para sí misma.

No pudo evitar la queja que escapó entre sus labios. El brusco movimiento, había provocado un ligero corte en donde anteriormente estaba su reloj. La mujer motín en mano se marchó, mientras intentaba recoger los billetes que aún no habían sido víctimas del viento.

Lorraine, caminó unas calles, hasta que la angustia pudo más y se

derrumbó de espaldas a la pared de un edificio. Sentada sobre la acera comenzó a divagar.

¿Cómo es que había llegado hasta esa situación, ¿Cómo es que se había vuelto tan patética, tan miserable? ¿Es que siempre había estado desamparada y solo ahora se percataba?

El aire frío inundó sus pulmones, infundiéndole valentía, o más bien resignación. Aquello no la marcaría, solo sería algo superficial, como la relación con sus padres, como los lazos de amistad que construía, como los rasguños que tenía en sus manos.

Se incorporó y continuó su trayectoria por las lúgubres calles. En aquel barrio indeseable y marginal, las farolas apenas iluminaban y los autos tan siquiera transitaban. No pasaba por allí un solo taxi. Sacó su celular de su abrigo, con la intención de llamar a uno. Miró la pantalla decepcionada. No tenía ni una sola notificación de llamada o mensaje de su madre. Tan solo de sus amigas, preguntando qué tal iba su cita y otros tantos sin importancia de sus compañeros de bachiller avisando fechas de exámenes.

–Pésimo– estaba tecleando a sus amigas cuando escuchó carcajadas a su espalda.

Voces masculinas la acechaban. Pudo distinguir dos, probablemente ebrios, a juzgar por la dificultad con la que arrastraban las palabras. Guardó el móvil en el bolsillo de su abrigo y aceleró el paso. Al llegar a la esquina doblaría y echaría a correr. Sin embargo, a solo pasos, otro grupo de sujetos salió a obstruirle la vía. Lorraine miró horrorizada, se dio la vuelta para encontrarse con los otros dos sujetos ebrios que se reían tras de sí. No pudo distinguirlos lo suficientemente bien, solo sabía que eran más altos que ella y más robustos. Planeó escabullirse por el costado de estos, pero antes de que pudiera intentarlo, una mano se posó sobre su boca y otra alrededor de su cintura, arrastrándola hasta un callejón. Sintió algo duro golpear contra su nuca e instintivamente se llevó la mano hasta allí. No había rastros de sangre; no caería inconsciente, lo cual era un alivio. O eso suponía.

Cinco sujetos se congregaban a su alrededor. Uno de ellos, el más alto, la había arrastrado y empujado hasta allí. Con la capucha de su polerón puesta, se acercó a ella, sosteniendo amenazante una cortapluma.

–Con que tú eres la idiota que anda tirando dinero a la calle ¿eh?– su aliento olía a tabaco y alcohol barato. Lorraine lo miró suplicante, ¿alcanzaría a gritar antes de que cortara su yugular?

Uno de los tipos, el más ebrio, comenzó a tambalearse, pateando los contenedores de basura a su lado. El escándalo era suficiente como para atraer curiosos.

El sujeto frente a ella hizo un leve ademán y uno de los tipos apuñaló al gordo ebrio. Ni siquiera alcanzó a emitir un gemido. La sangre salpicó a su agresor y la víctima se desplomó con un golpe seco en el suelo. Un sonoro crujido, evidenció que con el golpe, su nariz se había roto.

–Bien. Si dices una sola palabra o gritas aunque sea un segundo, te pasará lo que él, ¿estamos?

Se limitó a asentir. Los cuatro tipos empezaron a sonreír lascivamente, mirándose entre sí. Las lágrimas cayeron silenciosas por su rostro. En menos de diez minutos aquellas bestias habían asesinado a uno de sus secuaces y la habían despojado de su ropa. Llevaba el brazier roto y una delgada pantaleta lo suficientemente corta para dejar ver sus entumecidos muslos.

El sujeto que la había intimidado se había encargado de quitarle su abrigo y demases, mientras sus seguidores aspiraban el olor de estos como si fuera peyote.

Lorraine forcejeaba con el entusiasmado sujeto, con el fin de que no lograra quitarle la ropa interior. Una extraña sensación de *Dejà Vu* le nubló la vista breves instantes.

El ruido bajo y profundo de un motor parecía emerger de entre las aberturas de aquel frío y lúgubre callejón. El roce gélido de la hoja del cuchillo, contra sus muslos le arrebató las esperanzas de salir incólume de allí. La bestia cuyos cómplices llamaban Joe le había rasgado la prenda. El visualizar sus cicatrices expuestas, la sacó de su trance temporal.

*****VIOLENT PORNOGRAPHY**

Joe no era un hombre considerado.

Él era un sujeto, cuya excitación radicaba en los gritos suplicantes de sus víctimas. En un principio las buscaba para matarlas sin más, solo para apuñalarlas, quitarles el dinero y verlas gritar de dolor implorando por ayuda.

Eso era suficiente para alegrarlo. Sin embargo, quedaban al debe sus otras *necesidades*. El recurrir a prostitutas, no le era suficiente ni satisfactorio. Aquellas mujeres sucias, impregnadas de colonia barata y de boca floja, no hacían más que exasperarlo.

Renee, le estaba negando los servicios que ofrecían sus muchachas, a causa de la violencia, con la que descargaba su frustración en ellas.

¿Merecían mejor trato aquellas mujeres despojadas de orgullo? No.

Merecían ser castigadas, jaladas del cabello; largo y castaño.

Así las prefería Joe. Delgadas, pálidas y con una melena oscura y sedosa, como la de *ella*. Buscaba entre lo inhóspito, características que se le asemejaran a las de *ella*, mas, imposible le había sido replicar su olor. El aroma del huerto de manzanas, que expelía su cabello, jamás lo había vuelto a encontrar.

La criatura menuda y temblorosa frente así, tampoco olía como *ella*, no obstante, sus ojos grandes y asustados le recordaban a los de esa puta adicta al crack, cuando lo protegía de sus propios clientes, furiosos por la presencia de un niño, en la casa donde intercambiaban drogas a cambio de breve placer.

Joe dio un respingo.

Breves recuerdos de su infancia, asaltaban su mente. Veloces flashbacks, rememoraban las sonrisas lascivas y los ojos suplicantes de una mujer de aspecto malsano, a la que él llamaba *mami*.

–¿Mami? ¿Mami? ¿Estás bien?– la inocente criatura de alrededor de seis años, jugaba con su carrito de bomberos alrededor del cuerpo inmóvil.

Pasó así una semana, al borde de la inanición, destinado a correr la misma suerte que la puta adicta al crack.

Contra todo pronóstico, sobrevivió y creció en la comodidad de una familia adinerada, sin embargo, la calle lo había curtido desde temprana edad y a la calle siendo adulto había regresado.

Para vengarse.

Y suplir sus necesidades básicas, de dinero, sexo y poder.

En el transcurso de los asaltos, descubrió que si antes de despojar a sus víctimas de dinero, las despojaba de su dignidad, su deleite estaba completo, sin tener que pagar a prostitutas, las que siempre huían al poner en práctica sus peculiares formas de lograr satisfacción.

Todas las perras pagarían por sus traumas de la niñez, todas incluida la perra altanera que tenía frente a sí. Esas eran las peores, creyéndose la gran cosa, por tener unos cuantos billetes.

La haría tan miserable que no suplicaría por su vida como las demás, más bien clamaría por su muerte.

*****THE DEVIL IN I**

Un golpe sordo, seguido por un gemido, hicieron que Lorraine abriera los ojos.

Frente suyo, Joe quitaba las manos de sus muslos, mirando hacia el origen del sonido. A menos de un metro, el cuerpo de uno de sus cómplices yacía en el suelo.

Las luces de un vehículo alumbraban el cuerpo inerte y su rostro crispado de dolor.

Se separó de la chica semidesnuda para encarar al autor de la atrocidad. Cortapluma en mano se acercó lentamente al vehículo. Sus compañeros restantes retrocedían aturridos por la repentina y excesiva luz.

Del vehículo bajó un individuo alto, pulcramente vestido y de ademanes elegantes. No parecía estar allí para colaborar con la diversión, por lo que Joe decidió cargar contra él a toda velocidad.

A menos de 40 centímetros de su objetivo se desplomó de rodillas, con el rostro deformado en una mueca de indescriptible sufrimiento.

El sujeto recién llegado, sostenía un arma con silenciador, con la cual había disparado un certero tiro en la entrepierna del criminal.

El infame tipo, no le dio tiempo siquiera lamentarse, segundos después, percuto otro disparo. Con el grito atrapado en la garganta, Joe vio un segundo proyectil, acercarse peligrosamente hasta su rostro. La bala se incrustó entre sus ojos, dándole una muerte casi instantánea.

Lorraine, vio la escena petrificada en su sitio. Dos cadáveres se replegaban frente a sí y uno de los responsables, seguía con vida a pocos pasos de distancia. Estaba sola -puesto que, los cómplices de su verdugo huyeron al ver a su compañero abatido- lo cual en vez de tranquilizarla la atemorizaba de sobremanera.

El sujeto avanzó un paso. Las luces procedentes del auto ahora eran tenues, sin embargo, pudo atisbar aquel movimiento, así como la patada que el hombre de la pistola le daba al cadáver.

También, vislumbró que la mitad de su rostro estaba cubierto por una

maskarilla completamente negra y sus manos cubiertas por guantes, guardaban el arma dentro de su abrigo oscuro.

El desconocido, se acercaba sigiloso. Alertada y aterrada, le dio la espalda. Apoyada en sus manos y rodillas, avanzó como pudo, sus piernas temblaban, al igual que sus brazos, toda presa del terror. No tenía fuerza suficiente para siquiera ponerse de pie. Intentó aclarar su garganta, incapaz de emitir un gemido. A tientas buscó su abrigo, tirado dios sabe dónde.

Una mano se posó sobre su hombro y supo que era el fin.

–Lorraine soy yo. Larguémonos de aquí de una buena vez.

*****ESTOY AZULADO**

Lorraine apoyaba la cabeza en el vidrio del auto en silencio. Los objetos a su costado pasaban con velocidad vertiginosa, de modo que decidió desviar su atención en algo que no la mareara.

Casi involuntariamente su interés se volvió a su salvador. Vladimir miraba la carretera con rostro impasible. Sus manos, ahora desprovistas de los guantes de cuero negro, estaban sobre el volante, distendidas, realizando movimientos elegantes y precisos. Al contrario de ella que las apretaba en puños desde que había abandonado aquel callejón.

Observó la guantera. Dentro se escondía el arma homicida.

–Si me disparas, te arrestarán por no tener licencia de conducir– la chica lo miró irascible –Ah y por homicidio claro.

Cesó de tocar la manilla de la guantera, con un movimiento brusco y miró fascinada y curiosa a aquel hombre que era capaz de esbozar una sonrisa, cuando ella era apenas mantenía su respiración bajo control.

La atención de Vladimir volvió a centrarse en la carretera dejándolos nuevamente en silencio. En los veinte minutos que habían transcurrido desde el incidente, Lorraine no había transmitido una sola muestra de agradecimiento. La vergüenza que sentía de su propia debilidad y las estúpidas decisiones y actos en los que había incurrido, le impedían articular palabra. Además, agradecerle sería admitir que estaba en deuda con él por salvarle la vida y como consecuencia tendría que tomar una postura diferente. Ser amable con él, puesto que estaba sana y salva gracias a él.

Se mordió el labio como una forma de suprimir sus lágrimas. Era normal llorar en una situación así, sin embargo, no quería mostrarse más patética, de lo que ya lo había hecho.

A unos minutos del departamento se desviaron por una calle comercial. Lujosas boutiques y restaurantes colindaban con armoniosos edificios y casas. Las veredas estrechas estaban atiborradas de adultos sonrientes y despreocupados.

Vladimir aparcó en el estacionamiento de un exclusivo restaurant.

Lorraine miró con extrañeza como este desabrochaba su cinturón de seguridad.

–Bájate, iremos a cenar.

Ataviada con el abrigo de Vladimir -el que le llegaba a los tobillos- cubriendo los penosos restos de su ropa interior, ingresó al exclusivo

local, junto al novio de su madre. Casi podía sentir el calor que desprendía su cuerpo; si extendía los dedos, podía tocar los suyos.

La recepcionista les ofreció una mesa en el salón común, Lorraine se disponía a tomar asiento, cuando Vladimir con un ademán le indicó lo contrario. ¿Pedirían comida para llevar?

Vladimir acercó sus labios al oído de la coqueta recepcionista, a la vez que deslizaba una considerable suma de dinero hasta la cartera de su pantalón. Acatando sus órdenes, fueron dirigidos hasta la sala exclusiva de reservaciones, en un rincón apartado de la multitud. Estaban sentados frente a frente. Movida por la curiosidad Lorraine, se obligó a mirarlo a la cara.

Una expresión de disgusto, se dejaba ver en su jovial rostro, el que se advertía unos años mayor, a causa de ello. Parecía esperar que fuera ella quien comenzara a hablar.

Tenía mucho que decir, sin embargo, no encontraba el valor para pronunciar palabra. La camarera llegó con un par de vasos de agua y la carta. Luego de una breve lectura Vladimir ordenó la cena, ignorando olímpicamente los coquetos ademanes de la rubia muchacha que tomaba la orden.

Lorraine sintió la punzante mirada de envidia que la blonda le dedicaba antes de marcharse. Comenzó a morderse el labio; era ridículo que ella despertara celos de las chicas por ir acompañada de Vladimir; parecía su hermana menor. No cumplía con el perfil para ser su novia, ni siquiera con su abrigo puesto.

–Bebe– dictaminó él con voz ronca.

Obedeció tímidamente, mas, en un instante se había acabado su vaso.

Vladimir acercó el suyo con la misma sola orden.

La noche transcurría y no habían cruzado una sola frase, Lorraine olvidó todas las normas de etiqueta cenando. Estaba realmente hambrienta como consecuencia de lo acontecido, además, el shock le había provocado una insaciable sed, que intentaba apaciguar con refrescos.

Miró deseosa la copa de vino, con la que Vladimir acompañaba su cena.

–¿Vino?– ofreció con galantería, Lorraine asintió con la boca llena.

–No puedes, eres menor de edad.

–Idiota– murmuró de manera inentendible.

Vladimir esbozó una encantadora sonrisa. Lorraine lo miró abstraída, apoyando la mano con la que sostenía el tenedor en su mejilla. Cuando sonreía, transmitía confianza. Sus labios curvados resultaban hipnóticos. Él la pilló observándole. Sus ojos la envolvieron, inquiriéndola. Ella volvió a poner atención en su plato casi vacío, rogando para que el calor no acudiera a sus mejillas y la delatara.

–Gracias– murmuró Lorraine acabada ambos la cena.

No iba solo dirigida a la invitación. Era un agradecimiento por todo lo que había hecho por ella ese día, mas, no quería entrar en detalles. Vladimir la miraba interesado. Con la copa entre sus finos dedos, tenía un aire de intelectual. Enarcó una ceja al ver como las mejillas de Lorraine se teñían de rojo.

–¿No tomarás postre?

Lorraine dio un resoplido antes de contestar. Él sabía que no le estaba agradeciendo solo por la cena. Parecía querer escucharla decir gracias por salvarme la vida, sin embargo, no lo conseguiría. No le daría en el gusto.

–No.

–Bien.

Llamó a la camarera. La rubia no abandonaba su sonrisa entusiasta, a pesar de la escueta atención que recibía por parte del objeto de su deseo. Lorraine se preparó para incorporarse cuando él hizo un ademán para que desistiera. Una vez que la camarera los dejó solos, denotó: –¿No tienes nada que preguntar?

Lorraine miró a su alrededor alerta. Nadie los rodeaba, estaban a salvo.

–Sí, muchas cosas.

–Pues aprovecha, en casa, con Carol rondando, no responderé nada.

Lorraine tomó una inhalación profunda, tenía mucho que inquirir, mas, su tiempo era limitado y estaba hecha un lío.

– ¿Cómo me encontraste?

–Te seguí– la respuesta fue tan automática que Lorraine no pudo evitar sorprenderse frente a tal grado de sinceridad y desfachatez.

Intentó recobrar con rapidez la compostura, no quería que los interrumpieran.

– ¿Por qué... mataste a aquellos sujetos?

Vladimir entornó los ojos.

–Se lo merecían, eran malditas lacras. Además iban a...

–¿El caballero no se servirá nada?

La rubia joven de veintitantos puso la taza con la infusión frente a Lorraine sin quitarle la mirada de encima a Vladimir. Parecía creer que si ignoraba la presencia de la chica, esta desaparecería dejándolos solo a ella y al apuesto sujeto.

–Nada, gracias.

Ni siquiera le dio un vistazo, su concentración estaba en la anémica figura frente a sí.

La rubia se fue algo decepcionada. Lorraine sonrió para sus adentros, la rubia debería estar agradecida. Ella estaba compartiendo mesa con un asesino sin escrúpulos.

–Bien, mientras tú bebes tu té, seré yo quien haga las preguntas Clark. Desperdiciaste tu oportunidad.

Lorraine entrecerró los ojos. La lavanda, endulzada con miel, parecía penetrar cada una de sus células, calentando su entumecido y agarrotado cuerpo.

–¿Me temes? Responde sí o no.

–Asesinaste a una persona a sangre fría sin siquiera inmutarte.

–No fue eso lo que pregunté, límitate a contestar.

–No lo sé.

Le había salvado la vida, sin embargo, sentía que podía arrebatársela con la misma facilidad, aunque no parecía tener esas intenciones.

–Bien, supongo que es una respuesta aceptable.

Mordisqueó una galleta. Deliciosa, como todo lo que había comido allí.

–¿Me delatarás?– Lorraine ensanchó los ojos con sorpresa.

Esa era una pregunta de la cual podría depender su vida.

-No.

-Entonces me temes.

-No...es decir, no es por eso.

-¿Y bien?- se acercó un poco más a ella, observándola con suscitado interés.

-No quiero hacer sufrir a Carol- decidió escoger el motivo más lógico; cualquier hijo haría lo que fuera por su madre. La respuesta pareció convencerlo.

-Y si quieres tanto a tu madre, ¿por qué te fuiste de casa? Sabes que eso le provocaría un gran dolor a Carol.

Sacudió la cabeza. Terminó su té en un par de sorbos y musitó: -Quiero ir a casa.

Se infantil, con aquel abrigo que le quedaba considerablemente grande y ese aire de desamparo que proyectaba. Vladimir al mirarla torció la boca compungido.

Lorraine dormitó los breves minutos que duró el trayecto a casa.

Él, apretaba el volante con tanta fuerza que sus nudillos se volvían como la tiza. Una mezcla de sentimientos lo embargaba cuando miraba el rostro sereno de la chica, entre ellos la culpabilidad.

*****ETERNALLY MISSED**

Carol los esperaba en casa, ataviada con una traslúcida bata que cubría un sexy pijama de satín rojo.

Lorraine agotada se desplomó sobre el sofá, al percatarse de que, su ausencia no era la que Carol más había notado.

-¡Amor! ¡Te he extrañado tanto!

Sus besos eran tan intensos como los de una pareja que no se veía hace días y no horas, como era el caso. Luego de unos minutos en los que Carol dejó claro cuan imprescindible era aquel hombre en su vida, reparó en la presencia de Lorraine.

-Y bien ¿has visto la miseria en la que vive tu padre? ¿Ya te convenciste que es un don nadie?

Se tocó la mejilla recordando la cachetada que le había propinado éste. Por el rabillo del ojo le pareció ver que Vladimir apretaba la mandíbula.

-Debe seguir con esa zorra, ¿no es así?

Carol, la observó en silencio. Parecía que el hecho de que llevara el abrigo de su novio fuera irrelevante, así como también la inminente hinchazón que tenía en la mejilla derecha.

-Estás castigada Lorraine. A tu habitación todo el fin de semana y durante semana nada de salidas, ¿ok?

No emitió protestas. Carol enarcó una ceja, ¿estaba desafiándola, con aquella actitud altanera? Cansada, estiró los brazos tras su cabeza y murmuró al oído de Vladimir.

-Subo enseguida- fue la respuesta que obtuvo, totalmente desprovista de emoción. Carol abandonó la sala con ferviente entusiasmo. Lorraine por su parte se quedó unos minutos más en la sala, mirando la nada, divagando. Instantes después, Vladimir se sentó a su lado con una comprensa fría en la mano. Lorraine lo miró extrañada.

-Carol no está aquí, no tienes por qué hacerte el amable.

-Ya lo sé.- Acercó la compresa a su rostro y con delicadeza la puso sobre su mejilla, sin embargo, no logró evitar, que un leve gemido se escapara de la boca de Lorraine.

-Lo sien...

-Gracias.

Posó su mano, pequeña comparada a la de él, sobre la suya.

Un leve calor acudió a las mejillas de la muchacha. Ninguno deshizo el ademán y se miraban como si el tiempo se hubiera detenido en ese momento.

Vladimir acercó su rostro un poco más. Centró su atención en los rosados y húmedos labios de la chica, en su respiración entrecortada. De un momento a otro sus dientes hicieron presa su labio inferior. Entonces subió la mirada hasta sus ojos, a su rostro, que reflejaba un espíritu infantil; de niña desamparada.

Ni siquiera las tres copas de vino tinto, le habían infundado de descaro suficiente para arrebatarse la inocencia de aquella criatura pueril. Frunció el ceño y quitó la mano con brusquedad. En menos de lo que dura un suspiro se había incorporado y alejado de ella, todo lo que le permitía la sala.

Lorraine se llevó las manos a la cara avergonzada.

Mientras Vladimir subía las escaleras, la chica experimentó un sentimiento de abandono.

*****LUCKY**

Las restricciones que le había impuesto como castigo Carol, no hicieron mella en la rutina de Lorraine.

Su aburrida vida, carecía de actividades extra programáticas que se vieran afectadas con el hecho de no poder salir del departamento, al llegar del instituto.

Revolvió sus vegetales con el tenedor, observando como si estos fueran de un verde fascinante. En el casino atiborrado del Nido de Águilas, el murmullo sordo de la multitud acallaba las voces de sus amigas, sentadas frente a ella. Julia tuvo que repetir varias veces la pregunta, para captar su atención. Anna incluso movió los dedos frente a su rostro.

-Ah... ¿qué?

-Eso pues, ¿qué dices?

-Ah... claro, ¿sobre qué?- Julia entornó los ojos.

-Sobre la cita triple, hoy a las diez, ¿qué dices? Anna, tú, yo, el Cizarro, el Yoni y el Bairon, cita triple- Lorraine miró escéptica.

-El Bairon es un amigo del Yoni, es un chico apuesto y simpático, seguro se llevarán bien.

Lorraine intentó disimular su disgusto con una sonrisa forzada. Aquello era como un frío puñal en su orgullo. La amiga solterona no tenía con quien salir y para que no arruinara su perfecta cita en pareja, le buscaban un posible prospecto que cumpliera con ese rol. Tal vez lo hacían con buenas intenciones, eran sus amigas, querían lo mejor para ella, no obstante, eso no menguaba la sensación incomoda que se arremolinaba en su interior.

–Chicas lo siento, mi madre me tiene ha prohibido las salidas, por toda la semana.

Una parte de ella lo sentía, una muy pequeña. En realidad era un gran alivio tener una excusa de peso que la patrocinara en aquellas embarazosas situaciones.

–Mmm...qué mal, ¿por lo de escaparte de casa?

Las chicas que no se veían decepcionadas en lo absoluto, cambiaron de tema rápido, sin perder su buen humor. Lorraine quiso ser parte de su charla, sin embargo, cuando se percató que la discusión era sobre qué película irían a ver esa noche, se marginó y volvió a sus cavilaciones. Realmente aquella iba a ser una lacónica tarde de viernes.

Después del almuerzo, correspondía la clase de educación física. El maestro con los ruidosos estudiantes en el aula, anunció que aquella sería una clase práctica de natación. El júbilo por parte de los varones no se hizo esperar; al fin verían a las muchachas en prendas ajustadas que resaltarían sus curvas.

En orden y silencio abandonaron el salón, hasta el subterráneo. Lorraine fue la última en abandonar el aula. Nerviosa escribió una breve y convincente excusa que la eximía de hacer deporte acuático.

Escabulléndose entre sus compañeros se desvió hasta la sala de profesores, caminó por el amplio pasillo unos metros, torció a la derecha y comenzó a recorrer otro pasaje, esta vez más estrecho. Una a una pasó por las puertas que la flanqueaban, hasta que llegó a la que buscaba. La reciente placa instalada por sobre su cabeza y el plastificado horario bajo este, indicaba que él, estaba impartiendo clases en el tercer piso en ese momento. Dio un suspiro. Tendría que llegar a la sala 313 en un tiempo récord.

Corrió los pasillos como si de una maratón se tratase, cuidando siempre de no toparse con uno de los inspectores de pasillo, para así no arruinar su plan. Entre jadeos se posó frente a la puerta y tocó con desesperación esperando una respuesta rápida.

Vladimir se sorprendió, puesto que, no se imaginó que al abrir, lo primero que vería sería una muchacha sudorosa y con la respiración entrecortada.

–Necesito tu ayuda– musitó ella entre jadeos.

–Estoy en clases, tal vez después.

Lorraine no se dejó amedrentar por su tono cortante.

–Por favor, es algo sencillo– él quitó la mano del pomo de la puerta y le hizo señas a una inspectora para que se acercara. Le dio unas cuantas instrucciones y se reunió con Lorraine, que lo esperaba unos pasos apartada del salón.

–¿Y bien?

–Necesito que firmes esto– sacó la libreta del bolsillo interior de su blazer, Vladimir le dio un vistazo rápido.

–Con que no quieres nadar.

–No es eso, solo límitate a firmar por favor.

–¿Y si no lo hago?

–No me importa.

Vladimir, con ojos entrecerrados, apretó el puente de su nariz, con los dedos índice y pulgar. Ella por su parte doblaba los pliegues de su falda con manos trémulas. Los rayos de sol apenas se filtraban por las amplias ventanas, a causa del día mayormente encapotado.

Con movimientos como en cámara lenta Vladimir accedió a ayudarla. Su firma complicada y elegante quedó impresa en el papel, liberándola de hacer deporte.

–Gracias– murmuró la chica.

–¿Algo más?– consultó él, mientras hacía girar la pesada pluma entre sus finos y largos dedos. Lorraine negó con la cabeza.

–Ok, me debes una Clark– denotó antes de volver al salón.

El maestro de educación física aceptó sus excusas sin reparos. Aquella era la última hora de clase, por lo que si decidía quedarse esperando a que pasara la hora viendo como sus compañeros chapoteaban y se divertían, su ánimo se ensombrecería más. Con disimulo tomó sus cosas y se dirigió a la salida.

Tal vez, si la suerte estaba de su lado, podría colarse con los pupilos de cursos más bajos.

*****THE FINAL CUT**

Sentada, sobre la mullida alfombra, abrazó sus piernas, con la vista clavada en la pared, mirando la nada. Exasperada por su propia inutilidad, desistió de toda actividad.

Desolada, triste, amargada, sin un ápice de voluntad para luchar, sin siquiera ánimos para salir de esa habitación.

Era un soleado día de primavera, un descanso entre semana, que ella no sabía aprovechar.

Demasiadas pesadillas, se arremolinaban en su cabeza, haciéndola despertar entre jadeos, desesperada por contacto humano, que la devolviera a la realidad, disipando la soledad de sus sueños.

Mas, en el plano consciente y en el plano onírico, estaba sola.

Nadie la rescataría de la torre de cristal, que ella había construido, ni derribaría el muro que protegía su corazón, nadie allí afuera estaba interesado en ayudarle.

Lorraine sonrió acerbamente, mientras lágrimas ardientes surcaban su rostro. Patética y vulnerable se encogía más y más, en la mullida alfombra de la sala de estar.

No era una hermosa doncella en peligro, ni una adorable chica atormentada por sus demonios. No existía tal, que viera la belleza que cada ser humano tenía en su interior. Para ella, no había tal atributo. Si superficialmente, solo proyectaba amargura, en el fondo, tras ese impenetrable muro, no había más que un alma marchita, podrida de todo aquello que la rodeaba.

En la flor de la juventud, sus sentimientos y emociones, eran los de un alma envejecida, en el ocaso de la vida.

Impotente, la chica apretó los puños, clavando las uñas en sus palmas, palpando sangre y dolor. Sus esfuerzos por ocultar su horrible personalidad, eran cada día más infructuosos, y traían consigo más

pesadillas olvidadas, más cansancio; en su corazón, en su alma, en sus huesos.

¿Sería aquel día, el destinado al corte final?

No podía asegurarlo con certeza, no obstante, sin ninguna duda, sería un día más de rendición, ante el verdugo que la obligaba a purgarse.

*****EVERYBODY HURTS**

Ese lunes por la mañana hacía un frío glacial que a uno le escarchaba los huesos.

La herida aún fresca en la pierna de Lorraine dolía. ¿El clima tal vez? ¿El incómodo roce de la panti media? Esperaba no bajar la guardia y comenzar a cojear.

Carol estaba de un rebosante buen humor. A pesar del estresante tráfico, acompañado de bocinazos frenéticos, ella exhibía una sonrisa.

Tamborileaba los dedos al compás de una animada canción que transmitía la radio. Lorraine apoyó la cabeza en el vidrio, mirando el cielo nublado.

-Ha sido un maravilloso fin de semana largo, ¿no lo crees hija?

La muchacha miró extrañada. Podía contar con los dedos de una mano las veces que Carol la había llamado hija. Entornó los ojos, sin ánimos de romper su silencio.

Ajena a ella, su madre volvió a centrar su atención en la radio, esta vez tarareando las canciones.

Minutos después de que Carol la dejara en el instituto, Vladimir llegó con Miss Luce, en el mismo automóvil.

Palpó su móvil en el bolsillo de su blazer, le cosquilleaban las manos por tomar una instantánea y mandársela en el acto a Carol. Así desataría sus desquiciados celos, provocando que echara ese mismo día al intruso. Ya la visualizaba montando una escena y lanzando su ropa por la ventana del departamento. Esbozó una tímida sonrisa maliciosa.

Aunque era ya demasiado tarde para tomar una foto de ambos saliendo del vehículo, podría capturar la complicidad que tenían. Vladimir volteó repentinamente, atrapándola en el acto.

Lorraine fingió mirarse con el celular como si de un espejo se tratase.

Al cruzar el desolado pasillo a pasos del aula su antebrazo fue aprisionado.

-Clark a mi oficina- ordenó con voz ronca.

-No quiero.

-Clark.

Se percataron que un inspector de pasillo caminaba en su dirección. Para cuando pasó a su lado Vladimir la había soltado, no obstante, Lorraine se resignó y obedeció, era estúpido comportarse altanera en un sitio donde él, era autoridad.

El trayecto a su oficina entre amplios e inmaculados pasillos, fue acompañado de un incómodo y tenso silencio.

Parados frente a frente, separados por la mesa, se miraban desafiantes. Vladimir fue el primero en hablar.

-Te vi, ¿intentabas sacar una foto, no?

-¿Pretendes con algo tan burdo separarme de tu madre?

La muchacha se mordió el labio, furiosa.

-Quiero irme- masculló dirigiéndose a la puerta.

Vladimir la tomó por los hombros y la obligó a sentarse en una de las sillas frente al escritorio.

-¡Oh! nada de eso, me vas a escuchar.

Lorraine tragó saliva temerosa.

Él, se había sentado sobre el escritorio. Su figura autoritaria se alzaba frente a ella, varios centímetros sobre su cabeza. Con rostro inexpresivo, exhaló un suspiro, como si todo aquello estuviera colmando su paciencia.

-No importa qué clase de artimaña quieras inventar Lorraine, no servirá contra mí, lo único que conseguirás será poner a tu madre en tu contra.

-¿Asustado porque te vi con Miss Luce?

-No malentiendas las cosas, solo la pasé a buscar porque su auto estaba averiado.

-Eso no quita que la miraras como si quisieras cogértela.

-A la única que me follo todos los días es a tu madre señorita Clark- la chica hizo una expresión de desagrado.

Si hubiese desayunado algo, estaría desparramándolo en el impoluto piso de mármol.

-Lorraine entiende, no lograrás separarme de tu madre. No importa que irrefutables pruebas tengas, ella está perdidamente enamorada de mí- su sonrisa torcida no hizo más que enfurecerla.

-Eres una escoria.

-¿Sabes?, realmente no entiendo tu resentimiento hacia mí Lorraine, no te he hecho nada malo...- masculló entre dientes, algo que la chica no alcanzó a oír.

Una breve y triste carcajada hizo eco en la habitación.

-¿No lo entiendes? Bien te explicare con gusto maestro Meller- hizo una pausa para observar su reacción. Su actitud fría como la brisa que soplaba afuera, no la intimidó.

-Viniste a hacer de mi vida una mierda eso pasa- tomó aire, aquello no iba a ser sencillo. -No soporto tu presencia aquí en el instituto, no soporto tu presencia en mi casa, eres un maldito intruso, un arribista que se aprovecha de la estupidez de mi madre... eres.... Un desgraciado, eso pasa y ¿sabes? Me harías un gran favor si te largas de mi casa y te vas al demonio.

Vladimir escuchó sin inmutarse. Una vez que se percató de que Lorraine se había calmado un poco, se incorporó, puso las manos a ambos lados de la silla y a escasos centímetros de su cara comenzó a hablar: -que te quede claro mocosa, y préstame atención que solo lo diré una sola vez- su voz era como la grava. En su rostro de hermosas facciones, no había un ápice de simpatía.

La chica, sintió un nudo en el estómago cuando sus ojos impasibles la envolvieron. Intentó disimular lo más que pudo, lo mucho que la aturdió su cercanía. Las palabras que dijo no dejaron de perseguirla, como una sentencia.

-Incluso antes de que yo llegara, tu vida era una mierda Lorraine.

*****HYSTERIA**

Llegó a casa instantes antes que él. Se quitó los zapatos rápidamente y los dejó sin ningún cuidado sobre la alfombra de la sala. Lo siguiente fue la corbata y su nudo estrangulador. Camino a la cocina, se deshizo del blazer. Se sirvió un vaso con refresco y sentada en uno de los taburetes de la esperó su llegada.

Su cara reflejaba disgusto al ver sus cosas desperdigadas por el apartamento.

Aquel departamento había dejado de ser un hogar cuando la intromisión de otro tipo había perturbado su tranquilidad, no obstante, ese sujeto no había sido un intruso permanente como él.

Ocasionalmente la incomodaba con sus ademanes, con su voz, con su presencia. Sacudió la cabeza, eso ya era parte del pasado, aunque el presente no pintaba mucho mejor. En consecuencia, lo único que habría una brecha de esperanza era el futuro. Lejano, esquivo, pero prometedor. De improviso la puerta de su habitación se abrió. Lorraine instintivamente se cubrió el pecho con ambas manos, llevaba brazier, pero su blusa estaba desabrochada.

–¡Qué demonios haces aquí!– Sentada sobre la cama, el calor comenzaba a llegar a sus mejillas subiendo por su cuello.

–Necesito que te quedes aquí y no salgas– denotó él a la vez que le daba la espalda y desconectaba el aparato.

–¿Disculpa?!

–Y que también guardes silencio, tengo invitados y no quiero que se enteren que vivo con una mocosa.

Lorraine caminó en su dirección y volvió a conectar el equipo de música.

–No me importa que tengas invitados, puedes llevártelos a otra parte, es más, váyanse al demonio, esta es mi casa– encaró desafiante.

Él seguía parado en la puerta impávido, mientras ella lo fulminaba con la mirada; a su juicio era una niña enfurruñada que acababan de regañar por estar jugando con tierra.

–Con que no vas a cooperar– murmuró para sí mismo.

–¡Fuera de mi cuarto!

Estaba preparado para una situación como aquella. Empujo su menuda figura contra la cama y se posó sobre ella en cuclillas. La chica se veía aterrada, instantes después comenzó a protestar entre gritos y patadas; él se limitó a juntar sus piernas, apretándolas contra las suyas.

Ella intentó darle un puñetazo en la nariz, sin embargo, atrapó su mano a escasos centímetros de su cara. Apretó su muñeca con fuerza, mientras que con la mano libre buscó entre los bolsillos interiores de su chaqueta. Bingo. Con movimientos rápidos y precisos le envolvió ambas manos con cinta transparente y las puso por sobre su cabeza.

–Pero ¡qué demonios! Ayud...

Tapó su boca y acercó más su rostro al de ella. Podía oír su agitada respiración y sentir el aroma que expelía su piel. A esa distancia, podía ver las escasas y pequeñas pecas se extendían desde el puente de su nariz, hasta la parte alta de sus pómulos.

–Silencio– su voz rasposa, retumbó en los oídos de la chica. Quitó la mano de sus labios y puso cinta adhesiva sobre éstos, sin dejarle tiempo para protestas. Ella se concentraba en intentar deshacer la atadura de sus manos y en dar patadas, para su desgracia, al aire.

La cinta se pegó a su cabello, atado en una cola de caballo, pero cumplió su cometido de silenciarla. Con la cinta restante reforzó las ataduras en sus manos. Lorraine miraba la escena entre ojos acuosos.

¿Qué pretendía ese tipo? Sudó frío.

Vladimir se incorporó con el caucho de cinta adhesiva vacío. Lorraine dio patadas al aire con todas sus fuerzas a pesar de que sabía que no servía de nada. Él la observó unos momentos a los pies de la cama. ¿Y ahora qué? Con movimientos rápidos y elegantes se sacó la corbata y comenzó a envolverla alrededor de sus tobillos.

–Bien con eso bastará– dijo casi para sí mismo. –De esta manera no molestaras– su voz era mordazmente animada.

El estómago desnudo de Lorraine subía y bajaba frenéticamente, Vladimir reparó en ese detalle un instante que duró una milésima de segundo. En el umbral de la puerta antes de abandonar la habitación denotó: –Si fuera tú, no me movería de la cama. Podrías caerte y un porrazo a esa altura no debe ser nada agradable.

Lorraine hizo caso omiso hasta que estuvo sola. Posterior a eso se convirtió en bulto quieto y silencioso.

*****JE T'AIME MOI NON PLUS**

El visitante, ansioso golpeaba sus nudillos contra la puerta furiosamente, como si hubiera esperado hace mucho rato a que atendieran.

Apenas Vladimir abrió, los brazos de la atractiva mujer se aferraron a su cuello y su boca se vio envuelta en un desesperado beso. La lengua inquieta de Luce exploró su boca con apetencia. Vladimir respondió a su pasión, con algo más de control. La tomó por los hombros y la separó de sí. Sus labios humedecidos se curvaron en una sonrisa.

Luce empujó a Vladimir contra el sofá y enseguida se puso a horcajadas sobre él. Se quitó la blusa con rapidez, dejando ver su vientre plano y sus pechos turgentes que delataban la emoción que la invadía en ese momento. Tomó sus manos y las posó sobre estos. Él los masajeo, sintiendo su calor, apretándolos a intervalos. Realmente quería llevarse ese apetitoso bocado a la boca. Luce, movía sus caderas al son de los movimientos que efectuaba él sobre sus senos.

Con dedos presurosos desabrochó su camisa y descansó las manos en su vientre bajo con una sonrisa pícara. El roce y los jadeos cobraban más intensidad a con cada instante que pasaba. Lentamente deslizó las manos hasta su bragueta. Bajó el cierre lentamente. Podía sentirlo arrecho contra sí, expectante. La mujer se mordió el labio al ver su abultado bóxer.

–Vaya, vaya, alguien está contento de verm...– un sonoro jadeo interrumpió su frase.

Ahora las manos de él, estaban ocupadas pellizcando sus pezones. Luce, estaba a punto de emitir un gemido, no obstante, no se dejaría vencer tan fácil. Se inclinó resguardándose de sus ataques. Comenzó por los bordes,

luego por el extremo, realmente no estaba segura de que aquello cupiera en su boca.

–Quiero hacerte sentir bien...–había musitado, en un tono casi suplicante. Él contuvo una carcajada y la reemplazó por una sonrisa de satisfacción. Aquella sería una provechosa tarde.

–No voy a aguantar mucho tiempo más...–murmuró Vladimir a modo de advertencia. Sus manos estaban sobre su cabeza, empujándola con gentileza.

–Hazlo.– Declaró ella, haciendo una breve pausa.

Instantes después, una sustancia viscosa bajó con dificultad por la garganta de la mujer.

Él sonrió satisfecho.

–Realmente eres una buena chica...–murmuró, al tiempo que cambiaban de posición.

Ahora Vladimir, tenía los brazos a sus costados. Ella estaba sobre el sofá expectante, ambos rozándose por sobre la ropa interior.

–Compénsame entonces.

Vladimir enarcó una ceja, bajó una mano hasta su entrepierna y comenzó a explorarla. Una vez localizado el objetivo, comenzó a masajearlo. Sutiles gemidos, escapaban de entre los labios sensuales de la mujer. Sin previo aviso retiró su mano, húmeda. Luce lo miró escéptica.

Del bolsillo de su pantalón, sacó un preservativo. Ella se mordió el labio, con los ojos brillantes de expectación y deseo. Cuando sintió su vigorosa embestida, llenar su interior, sonidos involuntarios, escaparon de su boca, evidenciando el torrente de emociones del que era presa en esos momentos.

Entre tanto, él lamió su cuello, impregnado de su olor.

Luce curvó la espalda embriagada de placer.

–Más despacio– imploró.

Vladimir sonrió con un deje de perversidad. Acató la petición, a la vez que cambiaba de posición.

Ahora las piernas de la mujer, se extendían en un extraño ángulo, provocando estocadas más profundas.

–*So good...*– suspiraba ella entre jadeos.

–Di mi nombre– le murmuró al oído, a la vez que, llenaba las manos con sus senos.

–Vlad...– los jadeos no la dejaban terminar. Tan bueno.

Él mordió su lóbulo.

–Vladimir...

Las manos aferradas a sus caderas, sus labios saboreando su clavícula, su pelvis moviéndose al compás de la de ella.

No había cabida para la culpa, solo lugar para el placer de lo prohibido.

Apoyado sobre el mesón de la cocina, fumando un cigarrillo, Vladimir contemplaba el prodigioso cuerpo desnudo de la hermosa mujer frente a sí. Ella sentada en una de las banquetas, intentaba recuperar el aliento, luego de su última ronda, acontecida en aquel sitio.

–Realmente no decepcionas Vladimir, eres todo lo que prometes al verte– era un hombre joven, vigoroso, con un rostro agraciado y un cuerpo atractivo. Él sonrió. Los halagos de una mujer hermosa luego de una tarde magnífica siempre eran bien recibidos. Buscó en la nevera y destapó un par de cervezas.

–Debes estar sedienta.

–Gracias. La verdad, me has dejado algo agotada– ella se acercó pegando sus senos a su pecho desnudo y colgó un brazo a su cuello. Él adivinó sus intenciones y se llevó la cerveza a los labios.

Luce dio un resoplido. Los escasos rayos de sol que comenzaban a menguar, iluminaban su piel suave del color de la miel, salpicada de pequeñas gotitas de sudor. Su bello rostro, tenía un ápice de decepción. Vladimir sonrió a modo de disculpa. No podía besarla, cuando su cabeza proyectaba el recuerdo de la chica que había amordazado, durmiendo plácidamente. Le había echado un vistazo cuando iba a su encuentro con Luce. Entregándose a un impulso de estupidez, se había permitido entreabrir la puerta y observarla desde la distancia. Calma, indefensa, vulnerable. Una flor esperando ser arrancada. Sacudió la cabeza. Aquella había sido una provechosa tarde, debía concentrarse en eso.

–Vaya, mira la hora que es, es tiempo de que regrese.

Él se ofreció a llevarla, a lo que Luce se negó.

–Tengo una cita esta noche, no quiero que me vea llegar con otro hombre.

Vladimir sonrió ante el anuncio e incluso le deseó suerte.

Luce no ocultó su descontento. Su intento de provocarle celos, había resultado ser un auténtico fracaso.

*****EXIT MUSIC (FOR A FILM)**

La discusión no se hizo esperar. Reunidos en el comedor, a la hora de la cena, comenzaron los gritos.

–Lorraine por favor, cuando va a ser el día en que tengamos una comida tranquila ¡por dios!

–Cuando él se vaya– Carol entornó los ojos.

–Lorraine discúlpate de inmediato, sino quieres pasar el resto de la semana castigada.

–Disculparme ¿por qué?, ¿por decir la verdad?, mamá, ¡este idiota me amarró en mi habitación para cogerse una suripanta!– Carol golpeó la mesa con un puño, incorporándose.

–Ya basta Lorraine Eliza a tu habitación ¡enseguida!

–Pregúntale, a ver si se atreve a negarse el muy bastardo.

–¡Lorraine, ya basta!

–¡Pregúntale!

–¡A tu habitación!

–¡Que te jodan!

Esa fue la gota que rebasó el vaso. Una vez más la mano de Carol dio de lleno en la mejilla de la muchacha.

Acurrucados sobre el sofá, en la amplia y apacible sala de estar, Carol experimentaba la felicidad que se esconde en los pequeños detalles de lo

cotidiano. Abrazada al pecho del objeto de su amor, sonrió. Aquella era la verdadera felicidad, la que tanto había anhelado, por la que había luchado y por la que había esperado tantos años. No permitiría que nadie interfiriera en su perfecto plan de rehacer su vida junto a aquel hombre maravilloso.

–Amor, lo siento tanto, ya no se puede estar en paz en esta casa– Carol se disculpaba entre gimoteos. A su lado con un brazo sobre sus hombros, Vladimir le daba palmaditas en la espalda.

–No sabes cuan avergonzada me siento, cada vez está más y más insoportable– un sollozo exagerado, siguió a sus palabras. –Inventando más y más calumnias acerca de ti...

–Carol, lamento decir te lo dije, pero te dije que no sería buena idea vivir juntos– ella lo miró con tristeza, ¿cómo podía decir algo tan cruel?

Ya imaginaba a sus pequeños revoloteando, por la casa grande junto al lago con la que siempre había soñado. Con cada día que pasaba aquella fantasía se hacía más real. Pronto sacaría todo lo malo de su vida. Y todo lo que estorbaba.

Apremiada por la culpa, Lorraine salió de su habitación con el objetivo de disculparse con su madre. Luego de haber reflexionado en la soledad de su habitación, había concluido que la cachetada que le había propinado Carol, estaba más que merecida; le había dicho algo horrible, instada por la ira.

La encontró durmiendo en el sofá, sobre el regazo de Vladimir.

–Déjanos solas– ordenó Lorraine al encontrarlo despierto.

Él se disponía a obedecer cuando su brazo fue atrapado por Carol.

–Lo que tengas que decir dilo frente a él.

–No tengo por qué, vengo a disculparme contigo, no con este imbécil.

–Entonces puedes volver a tu habitación jovencita, no estoy dispuesta a escucharte.

–Pero mamá... yo...

–Tu nada mocosa, me tienes cansada Lorraine y para variar ni siquiera la basura de tu padre te soporta, ¿sabes lo difícil que es vivir contigo? Es una lucha constante con tus berrinches, tus acusaciones infundadas, tus ataques constantes– una larga pausa precedió un silencio abrumador, que llenó la sala de una atmósfera asfixiante. –Lorraine ¿qué te hecho yo para que no me permitas ser feliz junto al hombre que amo?– Las lágrimas se agolpaban en los ojos de la mujer herida, a causa del egoísmo de su primogénita. Un susurro suplicante y casi inaudible, le siguió a su muda súplica. –Déjame ser feliz, por favor, te lo ruego, te lo suplico. No hagas mi vida miserable Lorrie, por favor, quiero, aunque sea unos minutos de paz, ¿es tanto pedir?– Su voz temblorosa y sus ojos acuosos, hicieron que la chica se sintiera como la más vil de las criaturas.

–Lo siento.

–Vete a tu habitación por favor, me duele verte aquí, yo no aguanto más. Vete, vete– Carol sacudía las manos, como si estuviera ahuyentando a un animal, mientras que las lágrimas caían por sus ojos. Los brazos de Vladimir la acunaron tiernamente.

–¡Vete ya! Por favor, ya me has hecho suficiente daño Lorraine. Es tan evidente que no quieres, verme feliz, que es doloroso.– Los sollozos de Carol se aumentaron de intensidad, mientras escondía el rostro en la clavícula de Vladimir.

Lorraine luchó con las incipientes lágrimas que se acumulaban en sus ojos. Inspiró aire, para apaciguar su atolondrado corazón y esperó a que su madre se calmara y le diera la cara.

Mas, derrotada subió las escaleras hasta su habitación.

****NOTHING IN MY WAY**

Los cinco minutos de trote resultaron ser realmente agotadores. Bajo los incesantes rayos de sol los jóvenes hicieron un leve calentamiento previo a la clase. Lorraine pasó el dorso de la mano por su frente perlada de sudor. Debía haber alrededor de treinta grados esa tarde de jueves.

–Bien muchachos comenzaremos con las elongaciones, apóyense en el hombro de su compañero–con la pierna pegada a su glúteo y su mano tironeando su pie, sintió una puntada en el muslo. Miró sus calzas deportivas con preocupación. El agujoneo se hacía más intenso con el pasar de los segundos, como si de una herida expuesta se tratase.

Quitó la mano del hombro de Anna y se dirigió, con paso cansino, hasta donde se encontraba el profesor dando instrucciones.

–Vamos, con la otra pierna ahora, otros quince segundos, uno, dos...

Anna a su espalda la seguía preocupada.

–No me siento bien maestro Lincoln– denotó la muchacha con voz pastosa. Dio un suspiro sobreactuado, para parecer aún más convincente.

–Mmm... te ves algo pálida Clark. Mitchel, acompaña a tu compañera a la enfermería.– Lorraine asintió, sin dejar de simular una cara abatida.

Caminaron hasta el edificio a paso lento, incluso dentro de la estancia no aceleraron la marcha.

–Lorraine ¿estás bien?

En un principio creía que todo eso era una artimaña para saltarse la clase de deportes, sin embargo, comenzaba a reparar en el aspecto agotado de su amiga.

–Claro que sí tonta, solo lo hice para descansar un poco de ese vejistorio y de su aburrida clase– Anna se encogió de hombros, mas, por mera precaución insistió–¿Segura que no quieres ir a la enfermería? En serio estás un poco pálida.

–Ay, por favor Anna, ya te dije que no me apetecía estar achicharrándome, no es nada– posterior a otra falsa sonrisa, agregó: –iré al baño.

–Te acompaño– Anna creyó visualizar un disimulado cojeo en su amiga, cuando se dirigían a los servicios.

Y no fue la única.

Dentro del cubículo, Lorraine dejó su pierna al descubierto. El corte profundo que se había auto-infringido hace unos días, se había vuelto a abrir, dando paso a un pequeño torrente de sangre, manchando su ropa deportiva. Se mordió el labio. A pesar del color negro de la prenda, la

imperfección era notoria –a corta distancia–. Apretó el papel higiénico contra su pierna, enfurruñada.

–Anna ¿tienes perfume?– Primordial era desinfectar la herida. Tener la sensación de escozor en su piel. Sentir algo.

–Creo que sí, pero en mi bolso, ¿por qué sucede algo?– Lorraine pensó una excusa rápida e irrefutable.

–Aaah ok, le diré al maestro entonces y te traeré tu bolso, ¿no quieres cambiarte en los vestuarios?

–¡No! ¡Qué vergüenza! Es que en serio, es demasiado.

–Qué extraño yo no vi nada.

–Es que... está algo oculto, pero de todas formas es mucho y me da vergüenza salir–Anna se encogió de hombros. En su situación ella actuaría de igual manera.

Al salir al pasillo del edificio, a unos pasos de los casilleros Lorraine se encontró con su maestro de francés. De inmediato, su cara se transformó en una mueca de disgusto.

–Clark, te ves algo pálida, ¿estás bien?

–Sí, gracias por su preocupación– su voz destilaba veneno.

Siguió caminando, hasta que le vino un repentino mareo. Inmediato a eso, llevó una mano a su frente y con la otra se apoyó en la pared.

–Necesito ir a casa.

No aguantaba otra hora más fingiendo que todo estaba bien, escondiéndolo todo tras una falsa sonrisa.

–Creí que todo está en orden, Clark– resonó una voz a sus espaldas.

Quería ser la doncella en apuros que se dejaba caer agotada en los brazos del noble caballero. Lo único que tenía de princesa era el cansancio y en cuanto al príncipe, era reemplazado por un villano atractivo y cruel.

–Vete al diablo, lo haré con o sin tu permiso– la chica se veía lamentable.

Era tan menuda que le entraban ganas de cargarla en brazos, Su rostro inocente, se le antojaba irresistible y el brillo en sus ojos, que trataban de ocultar su constante tristeza, tenían un encanto inusual, de infinita melancolía.

–Está bien Clark, vamos a mi oficina, allí te daré un justificativo.

Sentados frente a frente, con la mesa separándolos en la amplia e iluminada oficina, Vladimir intentó romper el tenso silencio que los acechaba desde el trayecto a la sala.

–¿Sucedió algo durante la clase?

–No he comido, nada, eso es todo.

–Entonces podrás volver por la tarde...– Puso la pluma sobre sus labios, distrayendo a Lorraine con el sutil gesto. Una invisible brecha jerárquica que los separaba.

–Haz el maldito justificativo por todo el día, ¿quieres?– la sensación de malestar no abandonaba su cuerpo.

–Háblame con más respeto aquí Lorraine, o de otro lo contrario, sigue mi consejo y mantén la boca cerrada–. La chica sonrió desafiante, su cara amenazante no la intimidaba ni un ápice.

–De lo contrario ¿qué?, aquí no está Carol para que te defienda, Vladimir–. El aludido se incorporó, la chica cruzada de brazos lo miraba inmutable. Él repasó mentalmente, la cantidad de maneras que podría reeducarla, enseñándole a respetarlo.

Luce irrumpió en escena sin aviso previo. Vladimir al percatar su presencia, tomó distancia de la chica. Sin embargo, esto no evitó que la recién llegada los examinara con extrañeza.

–¿Interrumpo algo profesor Meller?– Avanzó unos pasos cerrando la puerta tras de sí. Al pasar por el lado de Lorraine, frunció el ceño, fulminándola con la mirada.

–En lo absoluto miss Emerson.

Enmascarando su rostro en una fría expresión de indiferencia, se dirigió a la chica que se removía ansiosa por huir de allí

–Aquí tienes tu justificativo Clark, de todas formas, tu ausencia quedará registrada y debidamente explicada.

Lorraine reprimió el impulso de quitarle la hoja con violencia; en lugar de eso, se concentró en no tocar sus dedos.

–Gracias profesor– denotó con una sonrisa forzada, antes de abandonar la habitación.

Una vez solos Luce rodeó el escritorio, acortando la distancia entre ellos.

–¿Debería ponerme celosa?– Se relamió los labios y aferró los brazos a su cuello.

–No seas ridícula– él deshizo el ademán sin mucha delicadeza y se alejó.

–Quería invitarte a almorzar... En mi casa–. La mujer de cabellos color miel, se mordió el labio inferior seductoramente y volvió a acercarse a él sigilosamente.

–Me temo que hoy no podré aceptar tu invitación Luce.

–Ah, eso te pasa por ser demasiado guapo, seguro otra se me adelantó– musitó entre pucheros.

–No, solo son diligencias las que no me permiten disfrutar de tu compañía–. Luce sonrió. No la rechazaba por otra, sin embargo, tampoco había negado que tuviera una novia o que saliera con alguien más. Una chispa de celos se encendió en su interior.

–No creas que esto se quedará así maestro Meller, exigiré que este desaire sea compensado– denotó al tiempo que se dirigía a la salida, bamboleando sus caderas.

–Por cierto–agregó con una mano en el pomo de la puerta. –Ten cuidado con los encuentros que tengas en la oficina con los alumnos, se podría tomar a mal, tú sabes, sobre todo con esa chica... Clark, no me da buena espina.

–Lo tendré en cuenta, gracias– replicó él con una sonrisa.

Luce guiño un ojo a modo de despedida y cerró la puerta.

Sentado sobre el sillón reclinable, con la pluma sobre sus labios, Vladimir caviló en lo peligroso que era la cercanía con la chica Clark. Mas la osadía, conllevaba también, la emoción de lo políticamente incorrecto; lo que quería y no debía hacer. Asimismo, el riesgo era enorme y no tenía la

certeza de que valiera la pena, no estaba seguro de querer aventurarse en un todo o nada, sin más matices.

*****ICH TU DIR WEH**

Aquel viernes por la tarde, tendría toda la casa para ella sola. Era fin de mes y Vladimir debía asistir a una reunión de maestros en el instituto, mientras que Carol, tal vez pasaría a un bar con sus colegas, ante la ausencia de su amado.

Podría ser una tarde provechosa; de diversión, con sus amigas, con amigos si tuviera alguno, una tarde de magreo si suscitara el interés de algún muchacho.

Consultó su celular, al pasar por la recepción del edificio. Cuarenta y cinco minutos antes de lo habitual había llegado. Subió el volumen de la canción que reproducía el dispositivo, con el objetivo de ahogar sus cavilaciones.

Tal vez no.

A pesar de llevar puestos los audífonos y de que la música tamborileara en sus oídos, pudo oír los peculiares sonidos, provenientes de la sala.

Avanzó sin siquiera imaginar la escena que se replegaría ante sí.

–¡Pero qué demonios!

El sudor pegaba los mechones de cabello que no habían sido atrapados por la cola de caballo, a su rostro. Gemidos de placer y dolor, se escapaban de sus labios. Lo sintió un poco más profundo, llegando a su zona sensible, entonces, le fue imposible acallar el reflejo de su incontrolable éxtasis. Los dedos del sujeto se enterraron en su carne, mientras sus uñas dejaban evidencias de que su cuerpo le pertenecía, así como su lado sucio.

–¡Eso es! ¡Grita como perra en celo!– exclamó cuando oyó su orgasmo.

Él no había logrado la absoluta satisfacción aún. Su regocijo sería completo, cuando la voz lasciva de la mujer, implorara por más.

–Eres mía perra, imía!

Las embestidas se hacían más violentas. Ahora los gimoteos eran causados mayormente por la dolencia.

Él, tampoco aguantaría mucho, aquella mujer conocía tácticas inimaginables.

–Di que eres mi perra, idilo!

Carol lanzó una carcajada. Ese lunático debía tener un matrimonio bastante aburrido. Con dientes apretados obedeció al sujeto con un siseo.

–No te oigo nena.– Su aliento cálido, provocó cosquilleos en su cuello.

Sacudió sus manos, atadas flojamente tras su espalda y las apoyó en el respaldo del sillón. Sentía las piernas débiles y la calidez previa a la culminación.

–Más, más, dame más– su cuerpo no aguantaría más. Lágrimas consecuencia de la poca gentileza del sujeto se mezclaban con el sudor de su rostro.

– ¡Soy tu puta!– articuló Carol, mientras el fluido cálido y blanquecino rebosaba de su interior, escurriendo por sus piernas.

Su madre, completamente desnuda, presionaba con dientes apretados, entre jadeos el respaldo del sillón, mientras un sujeto de coleta rubia aferraba sus caderas embistiéndola.

Lorraine corrió hasta el pasillo, dirigiéndose a la salida, ignorando la débil orden de > de la mujer.

Tenía dinero suficiente para un taxi y un café. Sus planes de aburrirse en casa, habían cambiado por ir al centro comercial, a ver una película quizá, para borrar de su cabeza la escena que acababa de presenciar. El solo recordarlo le revolvió el estómago.

Sus piernas no paraban de correr aún cuando ya había abandonado el edificio. Su celular sonaba estruendoso. Carol la llamaba y dejaba mensajes como nunca. Luego le respondería. La imagen del adulterio aún estaba fresca en su cabeza. Pasó por un kiosco repleto de diarios. En uno de temática financiera, se veía en la portada, al mismo sujeto que estaba con su madre en el departamento.

Adolfo Luzik, 52 años, gerente de recursos humanos de la empresa donde trabajaba Carol, casado, tres hijos, de; cinco, doce y diecisiete años.

Actualmente había sido promovido a gerente general, puesto que, gracias a sus infructuosos esfuerzos y su duro trabajo, hecho posible que la compañía se aliara con una de las multinacionales más importantes del país. Esto también provocaría cambios en el perfil de la empresa, aseguraba en la entrevista; cambios en las personas que conformaban su equipo.

Lorraine tragó saliva. En la terraza de una animada cafetería, los escasos rayos de sol del atardecer, calentaban su entumecido cuerpo, provocando escalofríos sobre su espalda. Dobló el diario, dejándolo sobre la mesa y comenzó a revolver su café.

Carol no estaba haciendo las cosas al azar, seguramente había tomado esa "*medida*" para conservar su empleo, evitando que, una chica más joven y bonita no llegara a reemplazarla. Quería mantener el estilo de vida que llevaban, ahora eran más bocas que alimentar. Necesitaba un mejor puesto, más dinero.

Apretó los puños con ira. Nuevamente el único culpable era él.

A pesar de no tener pruebas concretas en su contra, estaba segura que ese tipo no ayudaba con los gastos de la casa. Era previsible, él solo se estaba aprovechando de la ingenuidad Carol. Si no, ¿qué otro motivo tendría para estar con una mujer mayor? ¿Porque la amaba? Sus constantes coqueteos con la maestra de inglés la hacían dudar.

Además con su encanto natural, era evidente que embelesaba a muchachas hermosas para divertirse con ellas, para luego llegar a la comodidad de la casa de su madre, donde podría tener todo lo que quisiera.

Maldito. Había llegado a arruinar su vida y la de su tonta progenitora. No tenía paz en su hogar, ni en el instituto, ni en ninguna parte.

Su celular comenzó a sonar. Decidió que ya era tiempo de contestar. Varias horas habían pasado desde aquello y Carol debía estar preocupada, además debían charlar. Seguramente estaba ansiosa por explicar aquella embarazosa situación.

–¿Hola?– el remitente desconocido, provocó que su voz sonara aburrida, seguro era una trabajadora extranjera de su compañía telefónica, ofreciéndole un nuevo plan.

–Lorraine...– la voz al otro lado de la línea la sobresaltó, apretó el móvil con ira.

–¿Para qué demonios me llamas?

–Carol quería hablar contigo.

–¿Y por qué no me llama ella?

–Lo ha hecho muchas veces.

Un sentimiento de culpa la abatió, Carol, debía estar muy intranquila, comenzaba el crepúsculo y pronto anochecería, dejando todo tipo de bestia al resguardo de la oscuridad.

–Ok, dame con ella.

–¿Estás bien?

Esperó en silencio a que el móvil estuviera en poder de su madre.

–Lorraine, ¿estás bien?– un timbre de excesiva preocupación, casi al borde del pánico se hizo sentir en la voz de Vladimir.

–Sí, sí, lo estoy, ahora ¿puedes poner al habla a Carol de una maldita vez?

–Dime dónde estás, iré a por ti enseguida– La ira contenida de Carol, era casi palpable. Apuntó la dirección y colgó.

En quince minutos estuvo allí. Tiempo suficiente para que Lorraine se deshiciera del periódico. Camino a casa hablaron de ese tema. Carol insistió que debía ser en ese reducido espacio, en ese preciso momento, pues en casa estaría esperándola su maravilloso novio.

–Podríamos pasar a una cafetería.

–No es necesario, esto será breve jovencita.

Parecía estar a punto de darle un sermón, en vez de explicar su vergonzoso comportamiento. La que había cometido una vulgaridad era ella, sin embargo, no parecía ni arrepentida, ni dispuesta a dar explicaciones.

–Lorraine lo que viste en la sala fue... bueno, algo del momento, no volverá a pasar, así que no tienes por qué andar de chismosa con Vladimir.

La joven enanchó los ojos con sorpresa. Esa no era la charla que se había desarrollado en su mente.

–¿Disculpa?

–Eso niñita, que te quedes callada. No sabes la angustia que he tenido toda la tarde, pensando que habías salido corriendo a contarle todo a Vladimir.

– Te preocupa más que se entere ese idiota, a lo que pueda pensar yo de ti?

–¿De qué diablos hablas?– Su respuesta le resultó confusa. La siguiente interrogante, le fue difícil de formular.

–¿Entonces quieres decir que te importa más ese idiota que yo?

Carol entornó los ojos, pasándose los dedos por su sedoso cabello antes de denotar: –Por favor, no me vengas con dramas de adolescente, no estoy de ánimo.

–¿Dramas de adolescente? ¡Soy tu hija Carol por dios! ¡Y él un auténtico desconocido! ¿Le vas a dar prioridad a él y no a mí?

–Lorraine déjame en paz, pasé diecisiete años de mi vida dándote prioridad, postergándome; dejando mis sueños de lado, viviendo una vida entera dedicándome a ti. Deja de ser tan egoísta–las palabras calaron hondo en la chica; no había forma de replicar aquello.

Carol tenía razón, estaba siendo realmente egoísta, mas, no podía evitar sentirse disminuida frente aquel tipo. Su madre había tenido -muchos- novios anteriormente, no obstante, ninguno le había desagradado tanto como Vladimir.

Salvo uno, tiempo atrás.

Uno de ellos la perturbaba. Detestaba la falsa amabilidad con la que pretendía encubrir su sonrisa lasciva, su mirada acechante. Aquel sujeto, no ocultaba la alegría que le provocaban los escasos momentos que Carol la dejaba sola con él, quien siempre aprovechaba para acercarse un poco más a ella.

–*Déjalo es muy de piel*– le justificaba Carol cuando le contó que había puesto una de sus manos en su muslo. Lorraine se derrumbó. De nada le había servido denunciar frente a su madre, que las veces que él iba a casa, se sentaba incómodamente cerca, ponía las manos en su cintura, le hablaba al oído, jugueteaba con su cabello.

–*Es un hombre muy cariñoso.*

Para su fortuna, la relación no se había extendido demasiado y ese sujeto, había sido uno más en su lista de parejas puertas afuera. Vladimir era la excepción a la regla. No llevaba ni siquiera un mes, cuando ya estaba instalado en su casa, deformando su ambiente allí y en el instituto. Ya no lograba interactuar con él como con cualquier profesor, la comunicación se volvió rígida. Y en el hogar se sintió desplazada, invisible, presionada. No era nadie. En ningún lugar.

–Lo siento– fue un murmullo, cargado con sinceridad desde lo profundo de su alma.

–Por favor, solo déjame ser feliz Lorraine– los ojos de Carol estaban acuosos.

Lorraine ahogó un sollozo. Todo era su culpa.

–Lo siento.

–Solo no digas nada ¿sí? No podría soportar otro fracaso. Estoy cansada Lorraine, quiero paz. Quiero tener una vida feliz al lado del hombre que amo, quiero una verdadera familia, no lo eches todo a perder.

Una verdadera familia. La casa, el perro, el auto familiar, los niños; la sonrisa pícara del padre y la mirada calma de la madre. Todos felices. Mientras la hija bastarda está lejos, muy lejos, en alguna universidad del extranjero o una ciudad a cientos de kilómetros. Ella estorba, ella no

encaja con el perfecto cuadro de familia feliz de final de cuento. Es como la bruja malvada.

No, ni siquiera eso. Es un personaje secundario, un extra, no es relevante su historia, ni en la historia, está de paso. Además cabe la posibilidad de que cuente algo triste y eso no encaja con la perfecta historia rosa. La mancha de gris, la ensucia, mejor deshacerse de ella. Ignorarla.

Esa noche, Lorraine miraba el plato con semblante apagado. Sus lágrimas ya se habían secado, sin embargo, al echar un rápido vistazo en dirección a Vladimir, se delató.

–¿Qué le pasa?– preguntó él preocupado.

–Dramas de adolescente, tú sabes, a esa edad todo les parece terrible– dijo Carol agitando las manos, como si con eso le disipara el asunto.

Cambió el tema por uno más alegre, puesto que, no quería que su deliciosa cena se viera opacada. Una vez que disponía a recoger los platos miró con desdén a Lorraine y su comida intacta.

–¿No comerás más?– escupió con un deje de impaciencia.

Lorraine sacudió la cabeza y abandonó el comedor.

Un nudo se apretaba en su garganta. Quería subir hasta su habitación y deshacerlo como fuese. A la orilla de su cama se sentó y lloró.

Desmedidamente, en silencio, procesando todos los hechos y palabras que habían dejado una cicatriz en su alma.

Le dolía el pecho, le ardían los ojos, sus párpados pesaban, no obstante, precisaba expiar la culpa que la embargaba, necesitaba arrancar el egoísmo de su piel, quitar de su cuerpo la perversidad que la envenenaba. La navaja se clavó demasiado profundo en su carne, la sangre salía a borbotones, parecía descontrolada. El corte de poco más de cinco centímetros dolía como el infierno.

Ahogó sus incipientes quejas mordiéndose el pulgar. Las lágrimas fluían por su cara reflejando el dolor físico que experimentaba. Comenzó a marearse. En el suelo del cuarto de baño, abrió el mueble del lavamanos buscando alcohol y vendajes. El contacto del líquido con su piel, le hizo pensar que moriría ahí, de dolor, desangrada, sola, sin nadie que reparara su ausencia hasta días, semanas después.

El golpe de unos nudillos contra la puerta de su habitación, la hicieron volver a pensar con racionalidad. Apretó las vendas empapadas de alcohol contra su pierna deteniendo el sagrado.

–¿Sí?– su voz sonaba estrangulada a causa del malestar.

–Lorraine... ¿estás despierta?

Era él.

Minutos después escuchó la puerta de su habitación abrirse y pasos dentro de ésta.

–Lorraine ¿estás bien?– El corazón le latía desbocado, a punto de salirsele del pecho.

–Largo de aquí.

–Tu madre y yo saldremos...

–Váyanse al demonio si quieren no me importa.

Más pasos dentro de la habitación, tacos aguja impactando contra el suelo.

–Te lo dije Vlad, no importa qué le digas de todas formas se quedará allí amurrada como una niña de diez años. No nos esperes despierta ¿sí? Y si sales deja cerrado ¿ok? Es más ni siquiera te molestes en regresar...

La risa de hiena de Carol inundó la habitación. Incluso con el pulso tamborileando sus oídos Lorraine la oyó y visualizó su expresión en su cabeza; la despreocupación personificada.

–¡Ay por favor! No me mires así solo es una broma– denotaba su madre al otro lado de la puerta.

Momentos después abandonaron la habitación, la casa.

La familiar sensación de abandono le arrancó a Lorraine una sonrisa triste.

En aquel su miserable y estrecho mundo no había esperanzas, no había espacio para las mismas.

Miro desalentada la pintura frente a sí. Era gris y opaca, como su existencia. Meditó el hecho de concluirla, mas, ¿qué objeto tenía? Era inútil. Ni siquiera servía para pulir sus habilidades, ya se lo había dicho su maestra una vez; con una simple pintura no llegaría a una academia de artes. Las habilidades estaban ahí, pero torpes y sin trabajar y ya sentía que era demasiado tarde; que por más que se esforzara no vería resultados. Llevaba años de desventaja, frente a jóvenes con años de experiencia y dedicación; los mismos que le arrebatarían la oportunidad de ingresar a una universidad.

Trazó una línea con esmero. A pesar de lo desalentador que parecía ser aquello, no se dejaría amedrentar, continuaría pintando con prolijidad, con pasión, o de otra manera se ahogaría en su propia miseria.

Observó, casi con alegría, como sus seguidores de la red social admiraban su trabajo. Tal vez, no era digna de una galería de arte, pero sí de halagos por parte de chicas que rondaban su edad, en una plataforma virtual, donde se mantenía en anonimato. Bajo el seudónimo de darkness, publicaba todo tipo de pinturas, dibujos e incluso poemas. Quizá no eran los mejores, ni los más creativos, no obstante, su pequeño grupo de admiradores, comentaban, ensalzaban y admiraban su obra.

Allí, era una persona influyente, con criterio, e incluso con sabiduría. La red social, le permitía dar columnas de opinión, de diversos temas, alzándose como una figura respetada.

Allí en la superficial web era alguien.

Dio un suspiro aletargado. La pintura terminada, ahora debía ser capturada en una fotografía. Frente al cuadro, escuchó la bisagra de la puerta rechinar.

Inclinada sobre esta Vladimir la observaba curioso.

–Hermoso cuadro– denotó acercándose.

Intentó calmar su corazón desbocado. Era lógico que lo que decía ese sujeto, no era más que, otro método tramposo para ganarse su empatía.

–No es necesario tu falso cumplido– escupió, mirándolo con todo el desprecio que guardaba su amargo corazón.

–No es ninguna zalamería Lorraine. Realmente me gusta tu pintura, me da la impresión de que quiere transmitir algo. Es más, me atrevería a afirmar que casi puedo oír los gritos desesperados, implorando por ayuda saliendo de él.

Lorraine no pudo evitar la expresión de asombro que se apoderó de sus facciones. Sus palabras desconcertantes, habían calado hondo en su interior, provocando que un sudor frío recorriera su columna vertebral. ¿Además de apreciar sus pinturas, ahora quería interpretarlas? Y de muy buena manera, con un ojo demasiado certero. O ¿tal vez su desesperación era demasiado evidente en los trazos, sobre el atril?

No. De sus cientos de seguidores, unos pocos, contados con los dedos de una mano, interpretaban con la exactitud, como lo hacía aquel hombre. Él seguía mirando impresionado, el cuadro recién concluido. Ella trataba de asimilar el torrente de emociones que se arremolinaba en su interior.

–Tú, en serio...

–¿Has pensado en dedicarte a esto Lorraine?– La muchacha lo miró con ojos más tristes de lo usual. Vladimir se arrepintió enseguida de haber formulado la pregunta.

Ella se limitó a sacudir la cabeza.

–Es solo un hobby– contestó, intentando restarle importancia. Ahora su semblante estaba bajo control, sin embargo, su cabeza seguía hecha un lío; fantaseando incluso con la posibilidad de mostrarle el resto de sus trabajos y pedirle su opinión.

Aquello ya era demasiado, debía alejarlo de inmediato.

–Sí, bueno, no son la gran cosa– su cambio de actitud desconcertó un poco a Vladimir. Le dio la espalda al cuadro y con paso firme se acercó a ella. Con su cara a solo centímetros, lograba sentir la calidez y el sabor de su respiración agitada.

–Lárgate.

Vladimir entrecerró los ojos, era él era el adulto responsable allí.

–Solo busco que me consideres, algo así como un amigo Lorraine, es hora de que nos acostumbremos el uno al otro– artimañas brotaban de sus labios, con total naturalidad.

–¿Qué? ¿Quieres que te empiece a aceptar?, que te diga padrastro... o ¿papá suena mejor para ti?– Su rostro se contrajo en una mueca de desencanto, al escuchar las ácidas palabras que escupía aquella muchacha de aspecto frágil. Realmente era muy desagradable, imaginar un escenario, donde ella lo llamara padrastro.

–Lorraine...

–Para mí siempre eres y serás un maldito intruso. Ahora lárgate quiero estar sola.– Exhaló un suspiro, dejando entrever su frustración.

Vladimir abandono la habitación. Lorraine no dejó de fruncir el ceño, hasta que desapareció de su vista. Una vez sola, se dejó caer al suelo y abrazó sus piernas.

Por su rostro se expandía una amplia sonrisa, que luego fue reemplazada por nerviosas y tímidas carcajadas.

*****HALT** IPA DUENDE GRIS!

Esa soleada mañana, con Carol dejándola en la puerta del instituto, incluso así, se saltó las clases.

A primera hora en la mañana le correspondía francés, haciendo inevitable confrontar su presencia.

Deseándole un buen día, Carol la vio bajarse del auto.

Lorraine despidió a su madre en la puerta del instituto con una sonrisa radiante.

Una vez atisbó el auto alejarse, aflojó su corbata y caminó en sentido contrario a los estudiantes del Nido de Águilas.

Debía escapar de allí. La atmósfera se volvía asfixiante, mientras sentía las miradas acusadoras agujoneando su nuca.

No quería volver a casa. Nunca había sido una opción. Por algún absurdo motivo él, podría estar allí, arruinando su propósito de conseguir un día armonioso.

A pesar de la distancia que había interpuesto entre ellos y sus infructuosos esfuerzos por distraer su mente con banalidades, había sido derrotada por sus invisibles demonios que día a día la acechaban. No sabía el porqué de su existencia, ni el motivo por el cual la torturaban, tal vez, era su propia mente que le jugaba una mala pasada y era tan fácil de evitar como convencerse de que todo estaba bien y que existían cosas realmente horribles de las que gracias a dios ella no era víctima, mas, sin querer victimizarse, ni provocarse daño a propósito, una inexplicable angustia apretaba su pecho.

Caminaba por las tiendas del distrito comercial, cuando sintió el calor ascender hasta su rostro.

Encargados de la tienda y clientes la miraban con sospecha a ella y al uniforme escolar que llevaba. Hablaban entre sí con susurros, mientras que, la encargada, detrás del mesón alzaba con disimulo el auricular del teléfono inalámbrico contactando a seguridad.

Lorraine escapó de la *botique* con los oídos zumbando, caminando a paso regular.

El aire le escaseaba, como si hubiese corrido una maratón. Cubrió su boca con una mano sudorosa, con la intención de apaciguar su respiración, la que se estaba convirtiendo en jadeos desesperados por aire.

Buscó con esmero los servicios. Una vez allí, no tuvo tiempo siquiera de ver reflejado su lamentable estado. Se encerró en un cubículo y se arrodilló, ante las arcadas que agitaban con violencia su cuerpo. Nada salía de sus labios azulados, a excepción de un fino hilo de saliva.

Continuó tosiendo, con una mano apoyada en la pared y la otra rodeando su estómago vacío. Rendida, bajó la tapa del inodoro se sentó sobre éste y escondió el rostro sudoroso entre sus manos, sintiendo lágrimas tibias descender de sus ojos irritados.

Los suaves sollozos, se volvieron a cada segundo más audibles, asemejándose a lamentos provenientes de las almas condenadas al sufrimiento eterno. Sin la capacidad de acallar su dolor, se llevó las manos hasta los labios, mientras intentaba controlar las sacudidas que recorrían su columna vertebral.

En ese sitio frío, solitario y feo, Lorraine supo que iba a morir y entonces su llanto melancólico, se transformó en uno desesperado por aferrarse a la vida.

Instantes después de asimilar la gravedad de sus circunstancias, sonó su celular. Sin dejar de llorar, con manos temblorosas cogió el móvil de su mochila.

–Ho...hola– su voz sonaba estrangulada. La persona al otro lado de la línea, aguantó la respiración preocupada.

– Lorraine?

La muchacha acaparaba aire entre jadeos, sintiendo que sus pulmones iban a colapsar en cualquier momento.

–Lorraine ¿dónde estás?

–Ayúdame por favor– seguido de su suplica, sonoros sollozos desgarraron su garganta.

–¡Dónde estás!– la interrogativa se convirtió en una severa orden.

Lorraine luchó por recuperar la compostura.

–En... los servicios... del distrito... comer...cial.

Abrazando su estómago, Lorraine se derrumbó también, apoyando su espalda en la pared.

En breves minutos, lo que delataba que había conducido a una velocidad que excedía con creces la permitida, Vladimir se internó en el distrito comercial en busca de la chica. Volvió a llamarla, parado frente a los servicios. Al tercer tono de marcado una voz trémula le respondió.

–¿Sí?

–Sal por favor.– Sonó autoritario, mas, el no saber en qué estado estaba la chica, lo inquietaba. Luego de minutos de espera que se volvió eterna, la figura encogida y pálida de la adolescente emergió de los servicios.

Aunque se había lavado el rostro, éste seguía delatando su llanto incesante, a través de sus irritados ojos y el cansancio que se acumulaba en su piel demacrada. Era una chica lamentable. La vitalidad que estaba presente en tal vigorosa edad, se esfumaba, reflejando en su lugar un alma desolada.

Podría haber sido una muchacha bonita, hermosa incluso, destacándose su belleza por donde pasara, no obstante, lo marchito de su espíritu se exteriorizaba hasta su ser, opacando todo rastro de belleza. La figura menuda, se acercó con movimientos torpes y lentos, sacando de quicio a cualquiera.

Con infinita paciencia, esperó hasta que puso un pie sobre la línea divisoria que separaba los servicios femeninos del resto del centro comercial. Entonces, cuando ambos zapatos escolares estuvieron fuera, sin premeditaciones, se entregó al impulso y envolvió a la chica en un abrazo. Su cuerpo se sentía pequeño contra el suyo.

Inclinó un poco la cabeza, para sentir la esencia de su cabello. Depositó un ligero beso en su coronilla y la estrechó un poco más contra su cuerpo. El de Lorraine se sentía frío a través de la ropa.

*****FIX YOU**

Era cálido y agradable. Como una tarde en casa, luego de un chaparrón a la intemperie. Envolvió sus brazos alrededor de su cintura unos momentos. Instantes después, lánguidos cayeron a sus costados, desprovistos de voluntad.

Antes de que sus piernas cedieran, él la tomó en brazos y cargándola como una princesa la llevó hasta el automóvil.

Era aquel caballero gallardo que espantaba las horribles criaturas que acechaban a la sensible princesa y la rescataba de su pozo de agonía. No obstante, no era él un caballero de brillante armadura, ni ella una hermosa princesa. Además, las princesas no se ahogaban en un pozo de agonía que ellas mismas habían creado.

Lorraine apoyó la cabeza en la ventana del auto. Vehículos y paredes de concreto pasaban a velocidad vertiginosa, frente a sus ojos cansados. Vencida por el sueño, no fue consciente de nada, hasta que llegó al departamento.

–¿Has comido algo?

La actitud distante de la chica volvía a hacerse presente, logrando que la atmósfera de la casa se cortara con cuchillo. Vladimir hizo caso omiso de sus ademanes bruscos y sus miradas asesinas.

Para él, aquellas no eran más que actitudes de una chica enfurruñada, concluyó la joven. Se limitó a negar con la cabeza, tal como había hecho cuando la había invitado a desayunar en un lujoso café en el centro de la ciudad.

Lorraine no conocía los desayunos entre semana. Para ella sólo existían durante los fines de semana y las salidas matutinas con sus amigas. Rutinario era llegar hasta la hora del almuerzo con el estómago vacío. No era saludable, lo sabía, pero era un avance importante comparado a la época oscura acontecida tiempo atrás.

Él, no lo entendería, por lo que no valía la pena contarle, ni darle una explicación respecto a su negativa, de comer algo temprano por la mañana. Observó desafiante como la expresión del intruso se descomponía, dejando entrever su desasosiego.

–Iré a mi habitación.

La complicidad que compartía con Carol en relación a aquello era incomparable. Congeniaban perfectamente. Ella no la obligaba a envenenar su organismo con sustancias innecesarias y no hacía preguntas estúpidas, al contrario de aquel intruso.

Fue hasta las escaleras, en dirección a su habitación, cuando un repentino mareo, le hizo trastabillar. No había subido ni medio escalón cuando agitó las manos en busca de la baranda. Nunca la encontró, sus ojos estaban demasiado nublados y sus movimientos eran manotazos al aire.

Vladimir la salvó de que azotara su cabeza contra el suelo y terminara con una dolorosa contusión.

Con extensas pausas entre una cucharada y otra, Lorraine engullía su desayuno. El pequeño incidente acontecido, había provocado que él la

obligase a comer, puesto que, había atribuido a su ayuno como la causa de su desmayo. No a su reciente ataque de angustia, ni al cansancio acumulado desde que él, había llegado a casa, sino a algo que hacía cinco días a la semana.

Fulminó con la mirada al atractivo individuo que bebía su café frente a ella, sentados ambos en la en la barra de la cocina.

Vladimir sonrió ligeramente al notar que la muchacha recobraba algo de color. Ella lo interpretó como un ademán de burla. Incapaz de tragar un bocado más, rompió el silencio.

– ¿Y Carol?– avergonzada desvió la mirada.

El sol se filtraba por la persiana color crema. Su pregunta había sonado como la de una niña desamparada que esperaba por su madre en la puerta del jardín infantil, viendo como las demás madres se iban con sus hijos. Recordar tal pasaje de su infancia le hizo morderse el labio, conteniendo una carcajada.

–Trabajando. Fue notificada de que no habías ido al instituto.

– ¿Te mandó a buscarme?

–Algo así.

Vladimir se encogió de hombros, mirándola de reojo. ¿Acaso no recordaba la cantidad de llamadas que le había hecho, antes de que pudiera articular palabra?

– ¿Y tú por qué no estás ahora en la prepa, haciendo clases?

–Pedí permiso.

¿Por qué había ido en su ayuda? ¿Cuál era su propósito? ¿Por qué la confundía de aquella manera? ¿Por qué su corazón latía desbocado cada vez que sus miradas se encontraban? ¿Por qué quería sentir la calidez de sus labios rociados de café? ¿Por qué se le antojaban tan encantadores e irresistibles?

*****PRIVATE DANCER**

Al amparo de la soledad, juntos, en la amplia habitación, la mujer posó el índice sobre sus labios, para acallarlos.

Con la excitación corriendo por sus venas se dispuso a su cometido, mas, fue detenida por un semblante vacilante.

–No aquí. No debemos, es peligroso.

Ella levantó la cabeza. De rodillas, con las manos descansando sobre sus muslos, sus labios carnosos esbozando una sonrisa pícara, se veía irresistible. No obstante, se obligó a hacer acopio de su fuerza de voluntad. Aquello era absurdamente arriesgado.

–Luce...–suspiró. Su escasa racionalidad, se desvaneció entre las manos diestras de aquella mujer.

Lorraine subió las escaleras hasta el tercer piso con un block de dibujo entre manos. A medida que avanzaba, los pasillos se hacían más y más desolados.

La actividad del Nido de Águilas, se concentraba en el primer piso, donde se encontraba el área administrativa y el segundo piso, donde estaban la

mayor parte de las aulas utilizadas regularmente. El tercer piso contaba con la escalera a la azotea del edificio, la sala de música, la conserjería y la sala de artes. Se dirigía a esta última.

Transcurría la hora de almuerzo, sin embargo, frente a la ausencia de sus amigas y la indisponibilidad de Carol, para compartir esa hora con ella, había decidido volcar su tiempo y energías en su hobby. El boceto guardado en el block, se balanceaba en sus manos. Dispondría de material suficiente para colorearlo y corregir errores, además allí la vista era inspiradora. El silencio y la soledad le daban un aire de misticidad que lo motivaban a uno a crear, a dejar volar la imaginación.

Llegó hasta el final del pasillo. A su derecha se erguía la puerta del salón. Unos pasos más atrás se había cruzado con parejas que abandonaban la azotea luego de un almuerzo romántico, Suspiró, ella en cambio se sumergiría en la soledad de cuatro paredes.

Apenas había cruzado el umbral de la puerta, cuando el block de dibujo resbaló de sus manos, con un ligero ruido; suficiente para alertar de su presencia. Las hojas, algunas en blanco, la mayoría con bocetos completos y otros sin terminar, se desperdigaron por el suelo.

Su mandíbula se abrió con sorpresa y repugnancia. La escena que tomaba lugar, no era otra que la más ruin de las traiciones.

La muchacha corrió como alma que lleva el diablo por los desolados pasillos del edificio, El horrible acontecimiento que acababa de presenciar no abandonaba sus pensamientos, provocando que se le revolviere el estómago, ocasionado así mismo una desagradable sensación de *deja vù*. Ya había sido testigo de algo parecido, no obstante, los protagonistas y los motivos de estos eran otros, no estaban envueltos en el aura de perfidia, como ellos.

Su madre no era una perversa mujerzuela.

Perdida como iba en sus pensamientos, corriendo a todo lo que daban sus piernas, no fue consciente del suelo que pisaban sus pies. La única tarea de estos era huir; que con la ligera brisa que fuera capaz de crear con su velocidad, se refrescara su cara y se llevara los malos recuerdos. No disminuyó la velocidad, pese a los gritos de advertencia de la inspectora de pasillo, que la increpaba con su voz ronca, su cara larga y severa y sus puños crispados.

No redujo su acalorada marcha ni siquiera cuando llegó a las escaleras. Algo de lo cual se arrepintió, cuando a causa de su prisa desmedida y sus ojos vidriosos, dio un paso en falso hacia el vacío.

Su rostro reflejaba la satisfacción que lo invadía en ese momento.

Las dudas que había tenido hace escasos momentos, se habían disipado todas, gracias aquella mujer. No había espacio para incertidumbre. Jadeos silenciosos se escapaban de sus labios.

En sus manos era vulnerable, incapaz de razonar con claridad. Mientras ella seguía abocada en su tarea, él escucho un sonido extraño proveniente de la entrada. Le iba a ordenar que cesara, mas, sus manos actuaron por cuenta propia y comenzaron a empujar la cabeza de Marian para que

abarcara más y más de sí dentro de ella. Estaba desquiciado, preso de los placeres terrenales. Era indudablemente buena, diestra en su tarea. Suprimió un gemido que quería escapar de sus labios. Una decisión sabia. Puesto que, en ese preciso instante, una chica de pasos ligeros llegó a presenciar la escena. La menos indicada para descubrirlo. Aquella que podía destruir su vida profesional y amorosa.

Vladimir se atavió a toda prisa, mas, no tanta como con la que Lorraine abandonó el aula.

La siguió sin levantar sospechas. Quería gritar su nombre, pero temía que su voz sonara ahogada por el pánico. Apresuró su marcha, debía detenerla a toda costa. No obstante, la chica no se detuvo ni siquiera ante los gritos amenazantes de la inspectora.

Parecía poseída por la locura. Tal vez era la enajenación de haber visto al novio de su madre siendo complacido por su maestra de inglés de indecorosa forma.

Lo delataría, estaba seguro; todas sus expectativas futuras se derrumbaron, por un pequeño error, por un impulso banal. Derrotado comenzó a aminorar el paso, sería un buen perdedor.

No obstante, segundos después, corrió a toda velocidad al ver como Lorraine daba un paso en falso, rodando por las escalinatas, golpeando su pequeño y frágil cuerpo, deteniendo su dolorosa marcha con el fin de los escalones.

*****I WILL**

Despertó cegada por la excesiva luminosidad que reflejaba la habitación de inmaculado blanco. Parpadeo varias veces intentando que sus ojos se acostumbraran a la penetrante luz.

–Lorraine querida– denotó frente a sí Carol, agitando las manos, desempañando a la perfección su rol de madre preocupada. A los pies de la cama una mujer, que concluyó debía ser una enfermera, a juzgar por su traje azul claro y su rostro amable, tomaba notas en lo que debía ser su ficha médica.

–¡Auch!– musitó al sentir un tirón en el brazo. Hizo una mueca de disgusto. Tenía una intravenosa, conectada a un suero.

–Señora, necesita descansar– señaló la enfermera refiriéndose a Lorraine. Carol deshizo el abrazo en que la tenía envuelta.

–Ah lo siento, es que estaba tan preocupada, creí que mi pequeña...– se llevó las manos a los ojos lacrimosos, enjuagando una lágrima invisible. La enfermera le dio unas cuantas indicaciones y la invitó a hablar con el médico. Carol asintió a cada palabra, fingiendo atención.

–Querida iré con el doctor, vuelvo enseguida– terminó la frase con una amplia sonrisa.

Lorraine palideció. Se percató de que llevaba una bata esterilizada de hospital, nada más que eso. Había sido despojada de su falda, incluso de su ropa interior.

Sus permanentes y feas cicatrices habían sido vistas por alguien más. Alguien que podía decirle a Carol de su existencia. Iba a impedir que su madre se enterase de su secreto, empleando alguna absurda excusa, sin embargo, no había planificado su coartada con suficiente rapidez. La

enfermera y Carol habían abandonado la sala, dejándola a solas en esta con un visitante indeseado, cuya presencia no había reparado hasta ese instante.

–Fuera de aquí– exclamó Lorraine, demasiado alto. Vladimir incorporado a los pies de la cama la miraba expectante.

–Lorraine, no estoy aquí con intenciones de discutir, tenemos que hablar acerca de lo que ocurrió esta tarde.– Sus palabras, provocaron que se le revolviera el estómago y su rostro se deformara en una mueca de desagrado.

–No hay nada de qué hablar, Carol sabrá toda la verdad hoy, ahora mismo de ser posible. La engañaste y mi madre merece saberlo– él se quedó en silencio, sin saber cómo contestar. Apretó el puente de su nariz entre los dedos pulgar e índice, parecía resignado.

–Ya te puedes ir, para tu desgracia estoy perfectamente y te voy a delatar con Carol, te irás de mi casa y con un poco de suerte del instituto, no serás más que un mal recuerdo– la chica sonrió mordaz, sin embargo, su forzada alegría no se reflejaba en sus ojos, que seguían transmitiendo esa aura de tristeza que jamás la abandonaba.

La había traicionado, le había mentado; a su madre, la que había hecho lo mismo, en su propia casa, y que probablemente continuaba en las mismas andanzas.

Recordó cuando sin el propósito de husmear, había tomado su celular, el que había vibrado develando un mensaje de parte de su jefe, el señor Luzik. La invitaba a rememorar la maravillosa tarde que habían tenido en su oficina, adjuntó a eso una imagen que la hizo desviar la mirada. Con ojos lacrimosos Lorraine se convencía, que su madre hacía esos “sacrificios” con motivos válidos, como conservar su nivel de vida a pesar de la presencia de un intruso.

En conclusión, aquello era *su* responsabilidad, del mismo que en esos momentos la escrutaba en silencio.

Segundos después, Carol entró traqueteando sus zapatos de tacón.

–¡Amor! Lorrie ¡querida! El doctor me ha dicho que no es necesario que te quedes más aquí, ¡te ha dado el alta! No ha sido nada grave, ¡qué alivio!– colgándose del cuello de Vladimir siguió con su monólogo. –Amor, ¿podrías llevar a Lorraine a casa? Tengo trabajo por terminar– el mensaje de hace días atrás la citaba para esa tarde-noche.

–Prefiero irme en taxi– la respuesta fue mecánica y lacónica.

–Como quieras querida– Lorraine soltó un bufido.

–Mam... Carol necesito hablar contigo algo urgente. En privado– miró con el rabillo del ojo a Vladimir, atenta a su reacción. Su expresión seguía inalterable ante la inminente amenaza.

–Lorrie, voy atrasada, lo que tengas que decirme que sea en la cena, ¿sí?– Besó fugazmente a Vladimir e hizo un ademán con la mano, para despedirse de Lorraine.

La chica se quedó con las palabras atascadas en su garganta. La situación era irónicamente absurda, al punto de arrancarle una sonrisa.

Lorraine tenía prisa por desenmascarar la infidelidad de su novio, mientras ella huía presurosa al encuentro con su amante.

*****JIGOLO HAR MEGIDDO**

Un acontecimiento malo, podía ser siempre peor, se recordó Lorraine al verse involucrada en aquella engorrosa situación.

El viaje en auto estuvo envuelto en un incómodo silencio, atenuado por las canciones que salían de la radio, demasiado animadas para el contexto.

Llegar a casa fue un alivio, pero también el peso de la responsabilidad que tenía sobre sus hombros. Lo inevitable sucedió, casi como un presagio.

Lorraine hizo frente a la situación con estoicidad.

–Lorraine...– aferrando su muñeca, él la miraba impaciente.

La chica sacudió su mano para zafarse, quería ir a su habitación y ordenar sus ideas, meditar como le diría aquello a su madre. Sin embargo, Vladimir se conservó impávido.

–Lorraine tenemos que hablar– la arrastró desde la entrada hasta la sala de estar, casi a trompicones, sin dejar de sostener su muñeca. La joven sentía su corazón acelerarse a medida que sus dedos oprimían con más fuerza su mano. Con brusquedad la lanzó al sofá, sin dejar de mirarla con intensidad.

–No me interesa lo que quieras decir, guárdate tus explicaciones para Carol– terminó la frase con una sonrisa triunfante. Finalmente sacaría a ese tipo de su casa y las cosas volverían a ser como antes.

–Lorraine todo tiene una explicación razonable, no es necesario que...

–¿Explicación razonable? ¿De qué mierda me estás hablando? ¿Qué maldita explicación puede tener lo que tú y la zorra esa, estaban haciendo? Cualquiera sea tu maldita excusa no me interesa, te puedes ir al demonio– interrumpió Lorraine.

Se incorporó enérgica con la intención de irse a su habitación, mas, sus frágiles hombros fueron asidos con brusquedad y nuevamente fue lanzada al sofá, con más violencia que la vez anterior. Su boca se abrió con sorpresa.

–Lorraine, ¿no te das cuenta de que provocarás un mal totalmente innecesario? Carol no se merece pasar un mal rato, a causa de tu imprudencia.

–¿Mi imprudencia? No seas descarado Vladimir, eres tu el maldito imbécil que se le ocurrió la brillante idea de... hacer esas cosas en el instituto– Vladimir la escrutó en silencio, los ademanes de la chica, iban a arrancarle una sonrisa fuera de lugar. Ella se incorporó pausadamente.

–Solo te pido que cierres la maldita boca Lorraine.

–Pues mal por ti, Carol se va a enterar– sentenció clavándole la mirada.

Los dedos fríos de Vladimir se hundieron férreamente en los brazos de Lorraine, quien iba a exclamar una protesta, no obstante, antes de que pudiera articular palabra, su boca fue silenciada de improvisto. Los labios suaves y cálidos de Vladimir, estaban sobre los suyos.

Ella ensancho los ojos con sorpresa al sentir su contacto. Su expresión de asombro permaneció incluso cuando él se separó unos centímetros.

Sus bocas volvieron a encontrarse y Lorraine no fue capaz de razonar.

Cerró los ojos y se entregó al momento. Dejó que la Dopamina y la Oxitocina inundaran su cuerpo.

Su mano viajó hasta su nuca, aferrando su cabello, mientras que la otra hacía círculos en su espalda. Sus labios expertos abriéndose paso, sus lenguas enredándose. Cerró los ojos con fuerza. No sabía qué cara estaría haciendo en ese momento, ni si él podía verla, tampoco sabía qué hacer con sus manos, las que caían lánguidamente a su costado.

Mas, nada de eso le importó.

Sus niveles siempre bajos de serotonina estaban teniendo un alza importante, como nunca en sus 17 años. Un shock eléctrico recorrió su columna haciéndole reaccionar. Ella no estaba destinada a tener ese tipo de experiencia, su vida no estaba predispuesta para conocer la felicidad. Se separaron al unísono. Los labios de Vladimir se torcieron en una sonrisa artera.

–Bien, si quieres contarle a tu madre sobre lo que pasó en el instituto, también tendrás que contarle sobre esto.– Sus ojos que hace tan solo un instante le transmitían paz y seguridad, ahora la inquirían de forma socarrona.

Lorraine parpadeó frenéticamente en un intento por disipar sus incipientes lágrimas y el nudo que se apretaba en su garganta.

Mentiroso, monstruo, demonio, y otros tantos sustantivos acudían a su cabeza. Era una estúpida, que se había dejado manejar por hormonas y posibilidades inverosímiles. Apretó la mandíbula con fuerza.

–¿Me estás chantajeando?– a pesar de sus esfuerzos, su voz salió temblorosa y se quebró al final. Cerró los puños a sus costados, con la sensación de impotencia invadiendo cada fibra de su ser.

Esta vez no fue un leve roce.

Los labios de Vladimir se amoldaron a los suyos con urgencia, casi con violencia. Sus manos antes de que pudieran apartarlo fueron aprisionadas por las de él. Recostada en el sofá, pudo observar la figura dominante de Vladimir que se erguía sobre sí.

Apenas fue liberada de su afianche, lo separó de un empujón, no obstante, aquello no fue suficiente para alejarlo. Cuando lo hubo conseguido, ya era demasiado tarde.

Él había dejado sus marcas y cicatrices expuestas. Lorraine se encogió abrazándose las rodillas

Vladimir se incorporó, quedando frente a ella, él frunciendo el ceño con ojos inquisidores.

–Lorraine qué...– sus preguntas fueron acalladas por un beso desesperado. Las manos de la chica se aferraron a su cara, jalando los cabellos de su nuca,. Vladimir la apartó con brusquedad, no sin pesar. La chica tenía los ojos anegados en lágrimas. Él dio un suspiro, reordenando sus ideas.

–Lorraine.

–Ni tú, ni yo hemos visto nada, ¿de acuerdo? Solo olvídale y yo olvidare lo que vi– apresurada enjuaga sus mejillas y corrió hasta su habitación con el corazón latiéndole desbocado.

Instantes más tarde, el sonido de unos nudillos golpeando su puerta, la desconcertó.

–Lorraine por favor abre, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir–

la chica abrió la puerta con ímpetu, seguidamente tomó a Vladimir por el cuello de su abrigo.

–No vuelvas a decir una estupidez como esa, menos si está Carol en casa, ¿ok? No sé por quien me tomas, pero te equivocas, no soy ninguna loca suicida.

–Pero te cortas.

–Eso a ti no te incumbe, y aunque así fuera no es tu maldito problema, ¿estamos?

–Lorraine solo quiero lo mejor para ti.

–Lo mejor sería que te fueras de mi casa, pero ya que no lo vas a hacer, por lo menos déjame en paz, maldita sea.

Vladimir tomó las manos de la chica.

Estaban frías.

Sus dedos enlazados, se fueron separando, paulatinamente.

Lorraine volvió a encerrarse, con expresión impávida y los ojos cargados de tristeza.

*****YO PERDÍ**

La cena y los días posteriores a ese fueron realmente incómodos.

Lorraine cargaba con el peso de un secreto que le quedaba grande y el cual asumía como una traición no revelárselo a su madre, sin embargo, la acechaba el chantaje de aquel sujeto.

Podría culparlo de esa engorrosa situación, mas, temía que Carol se pusiera de parte de él, lo cual era altamente probable.

Abatida continuó guardando silencio, dejando que su madre viviera en su feliz mentira y que aquel monstruo embustero siguiera en su casa.

Asimismo existía la eventualidad de que Carol, cegada por su incondicional amor hacia el intruso, perdonara su perfidia y todo continuara como hasta ahora; con él viviendo en la casa y ella entregada por completo a él.

Era la opción que hasta el momento más le desagradaba y la más verosímil, teniendo en cuenta lo enamorada que estaba Carol; como una adolescente patética, tal y como se había sentido ella hace unos días.

Patética y utilizada.

Ante sí, se replegaba la posibilidad de que Carol no le creyera en absoluto y le brindara total e incondicional apoyo a él. Opuesto sería su escenario.

La castigarían y sermonearían, además de tratarla de mentirosa.

Era ese suceso el que le venía a la mente cada vez que se planteaba confesarle *aquello* a su madre. Carol estaba embelesada por aquel sujeto y ni siquiera los diecisiete años de confianza que había construido serían suficientes para enfrentarse ante tal amenaza.

Fueron días amargos, en los que lloró desconsoladamente en su habitación, día y noche, cigarrillo tras cigarrillo. Por su incompetencia, por su debilidad, por su estupidez. Cada tarde se sentía un poco más agotada que la anterior, no solo mentalmente, también físicamente.

La chica que veía cada mañana reflejada en el espejo estaba un poco más acabada, más pálida, más ojerosa, más roída. Estaba hundiéndose en su propia miseria y nadie parecía notarlo. Ni ayudarlo.

Nadie podía hacer nada por ella, ni siquiera ella misma.

Cigarro en mano vio el crepúsculo caer, desde su balcón. A sus espaldas risas animadas. Frente a sí, los brillantes colores en el cielo arremolinándose, creando una hermosa armonía; pudo identificar el naranja y el violeta inundándolo todo, opacando las nubes, ocultando el sol. En su interior, un dolor agudo en el pecho, le recordaba lo vacío de su existencia.

Miró breves instantes la mano que sostenía su cigarrillo.

Recientes, pero ligeras marcas teñían sus muñecas, una tras otra, dejándola seca; liberándola.

Parte II: Duende Gris

*****A LITTLE PIECE OF HEAVEN**

Jueves por la tarde. Habían pasado alrededor de tres semanas desde su accidente. El interés por el mismo se había esfumado tan rápido como se había esparcido la noticia. Las clases habían culminado, sin mayores novedades.

Su ánimo, siempre ensombrecido, se volvió entusiasta, al verle esperándola en la puerta del instituto. Su amplia sonrisa, le arrancó a ella una, algo forzada. Lo saludó nerviosa, con un cordial beso en la mejilla. El efímero contacto hizo que su cara se encendiera al instante, a pesar de que no era la primera vez que lo saludaba así.

–Eres adorable– comentó él, al percatarse de su sonrojo, mientras caminaban por las iluminadas y despejadas calles.

Se dirigían a un pequeño centro comercial a unas cuadras de distancia del instituto.

–No es cierto– puso sus manos en las mejillas, con la intención de que la frialdad de sus palmas, redujera el calor que desprendía su cara.

–Lo eres, tienes una cara realmente bonita, como de chica inocente.– El muchacho con uniforme idéntico al de ella, sonrió con galantería y un brillo particular en los ojos. Segundas intenciones que esperaba llevar a cabo en el futuro próximo se escondían tras estos.

Lorraine sonrió, mirando con detención el rostro atractivo que caminaba a su lado.

Gabriel, era un guapo chico de su mismo año de preparatoria, pero de diferente clase. Esporádicas veces había tenido breves charlas con él de temas puntuales, referentes a las clases y permanentemente lo veía en los alrededores del instituto, como era natural. No hace mucho él se había acercado, con una torpe excusa, para lograr un primer contacto.

Una charla trivial, que derivó en una primera salida y en una segunda.

Esta era la tercera y Lorraine estaba emocionada. O de eso quería convencerse. Estaba más bien ansiosa. Gabriel, había demostrado ser un chico amable, caballero y paciente, mas, no sabía que tanto sería capaz de tolerar.

Ya lo había rechazado una vez.

La primera cita había declinado su ofrecimiento de ir a dejarla hasta su casa, a lo que él un poco decepcionado había accedido.

No obstante, el segundo desaire, era el más desastroso y del que Lorraine aún se avergonzaba.

El joven, había querido despedirse con un beso. A centímetros de lograr su cometido, Lorraine corrió la cara. Su rostro reflejaba decepción y un deje de enojo.

No lo culpaba.

Había sido una tarde realmente agradable y era lógico que aquel muchacho guapo, de modales educados, quisiera culminar su velada con algo especial.

Ella iba a acceder. Se había preparado mentalmente para cuando sus labios, hicieran contacto, sin embargo, en el último momento, su cuerpo, se había revelado contra su mente.

No quería seguir haciendo lo que los demás esperaban de ella. Quería comenzar a vivir para sí misma y permitirse hacer lo que realmente quería.

Y no quería besar a ese chico, aunque se sintiera en deuda con él. Tal vez, no volvería a llamarla. Tal vez, perdería la oportunidad de por fin tener novio, quizás el despecho lo llevaría a inventar barbaridades que se rumorearían en el instituto, menoscabando su reputación. No pensó en las consecuencias hasta días después. En el momento de rechazarlo, solo fueron su decisión y ella, nada más.

Con sus manos casi rozándose, Lorraine lo observaba con curiosidad. La había llamado, a pesar de demostrarle en una primera instancia, que no perseguían el mismo fin, con las citas. No obstante, eran gratos los momentos que pasaba a su lado. Además servían como un medio para escapar de su rutina y de las horas muertas que pasaba en casa. Era un motivo para llegar más tarde y tener que soportar menos horas a su madre y al intruso.

Lo estaba utilizando frívolamente para su beneficio. Aquella revelación abatió notoriamente su ánimo.

–¿Qué tomarás?– preguntó él, sacándola de sus cavilaciones.

Estaban sentados frente a frente, en una cafetería de colores brillantes y alegres.

La camarera de rizos rubios y labios rojos como el mobiliario, la miraba con cara de pocos amigos, esperando impaciente su respuesta.

–Un latte macchiato descafeinado.– La mujer de dedos regordetes anotó la orden con rapidez.

–Un café americano... y dos muffin de arándano.

–En seguida.

Lorraine apoyó los codos en la mesa, abandonándose a sus pensamientos.

–Te gustan los arándanos supongo– comentó el joven, al tiempo que acercaba sus dedos a la mano de Lorraine.

–Sí, son deliciosos.

Alcanzó finalmente su mano y la acercó a sus labios. La respiración de Lorraine se volvió irregular.

Gabriel era un muchacho realmente bueno. Amable, respetuoso, aplicado en los estudios, apasionado por la equitación y los deportes en general.

Un muchacho por el que cualquier chica estaría loca; encantada de ser su novia. En el instituto, un número no menor de muchachas de diferentes

clases y edades lo pretendían. Sin embargo, últimamente las ignoraba, pues su atención iba dirigida solo a una persona. Con delicadeza, él empezó a repartir efímeros besos, en el dorso de su mano.

Ella observaba la escena como un espectador.

La camarera llegó con sus pedidos en el preciso momento, en el que Lorraine iba a cometer una grosería. Aliviada, posó las manos sobre su café.

–Creí que los jueves tenías práctica– procuró desviar la atención en algo que lo mantuviera interesado.

–Sí, pero decidí postergarla. No podía perderme tu invitación.

El sentimiento de culpa se apoderó de cada fibra de su ser. Aquella tarde el intruso salía un cuarto de hora más tarde que ella y ante la indisponibilidad de sus amigas y la poca disposición de pasarse la tarde sola, lo había invitado. Lo estaba utilizando y él había cancelado sus planes, pensando que quería verlo.

–Eres muy linda Lorraine.

Sacudió la cabeza ahuyentando aquellos pensamientos. Le había dejado en claro el primer día, que ella no buscaba más que un amigo en él y que si las cosas tomaban otro rumbo, lo harían, pero de forma natural. Ambas partes tenían conocimiento de ello, por lo tanto, ninguna debía salir lastimada.

–Sí, lo eres. Y por eso es que me gustas... mucho.

Lorraine casi escupe el café, apenas escuchó su declaración, mas, se quedó inmóvil, con el vaso a centímetros de su boca. Con ojos ensanchados por la sorpresa, se quedó mirando a Gabriel.

El joven no abandonó su expresión relajada, ni su sonrisa, aún cuando Lorraine, puso el café sobre la mesa con exagerada lentitud, ni cuando ella exhaló un suspiro.

Apoyó la cabeza en una mano, en un intento por ordenar sus pensamientos.

–Gabriel...– Aquello no iba a ser fácil, ni siquiera sabía cómo empezar. ¿Qué pretendía diciéndole eso?

–Lorraine, llevamos tiempo saliendo.

Sí. Poco más de tres semanas, intermitentemente. Días que no habían sido suficientes para que llegara a sentir algo más que simpatía por aquel muchacho.

–Gabriel...

–Solo quería que lo supieras. Me gustas, eres una chica guapa, inteligente, con una hermosa sonrisa y... auténtica.

Lorraine no pudo evitar reír ante eso último. Una carcajada breve y amarga.

–Es en serio preciosa.

El rostro de Gabriel estaba a escasos centímetros del suyo. La sonrisa irónica de Lorraine era estimulante. Lentamente fue acercando sus labios a los de ella. Su aliento cosquilleaba en su cara.

Dejó escapar un suspiro casi imperceptible, antes que los labios de Gabriel

hicieran contacto con los suyos. Fue un beso breve, pero suficiente para dejar al muchacho contento y a Lorraine absorta en sus pensamientos. Cuando terminaron lo que habían ordenado, el chico pagó y abandonaron la cafetería tomados de la mano.

Caminaron largo rato por el centro comercial. La estructura se torcía en pasillos que daban la forma de un caracol, haciendo gracioso su recorrido. Mientras recorrían tiendas y charlaban trivialidades, Gabriel a intervalos besaba su cara, provocando que se estremeciera ante su contacto y el cosquilleo que le provocaba.

Salieron del recinto, para aprovechar los últimos rayos de sol otoñales. Las hojas desperdigadas por el suelo, entre copas de árboles frondosos y medio abatidos, formaban una postal romántica y acogedora. Tomados de la mano, recorrieron el parque casi desierto.

Lorraine se detuvo y apoyó su espalda en uno de los anchos troncos que rodeaban la plazuela. Observó por encima del hombro del chico frente a sí. Enfiladas, se alzaban las casas de la gente pudiente, con las que soñaba mezclarse Carol. Ya le había informado que cuando comenzara la universidad, compraría una casa, para empezar una nueva y feliz vida. Como la que siempre había soñado. Incluso le había comentado cuáles eran sus barrios preferidos. Aquel donde se encontraba encabezaba la lista.

Parpadeo frenéticamente impidiendo asomaran sus lágrimas.

Gabriel tomó ambos lados de su cara y comenzó a besarla. Con menos delicadeza y más pasión.

Lorraine le respondió de forma torpe, automática. Nuevamente las expectativas estaban presentes; quería sentir algo con aquel contacto. Algo especial. El pulso palpitándole en los oídos, el torrente de adrenalina viajando por sus venas, el corazón apretado ante la expectación. Sin embargo, en lugar de eso, había nada. Sus niveles de serotonina y dopamina, estaban como siempre. El beso de aquel muchacho apuesto, no despertaba nada en su interior.

Lo apartó, con brusquedad. Sus manos estaban bajando de su cintura hasta sus caderas y a la altura de ésta estaba sintiendo algo desconocido, pero propio de la situación.

–Lorraine... lo siento– el muchacho parecía realmente apenado.

–Vamos a casa– invitó ella con una sonrisa coqueta.

–¡Claro!– Entusiasmado entrelazó sus dedos con los de ella.

Lorraine apoyó la cabeza en su hombro.

–Deberíamos inmortalizar este momento nena.

Se alejaban del parque con paso lento. Paulatinamente las luces de los faroles se iban encendiendo, dejando en evidencia lo tarde que era.

Ella apartó su mano de la de él y se alejó un poco.

> Susurró una voz ronca en su cabeza.

Su máscara de perpetua alegría, fue reemplazada por una mueca de auténtico desagrado.

–¿Lorrie?

Lorrie. >> La voz tomaba forma, una sonrisa cargada de lascivia la acompañaba.

–No me gustan las fotos– apretó el paso dejándolo atrás. Rodeó sus brazos para protegerse del incipiente frío.

–Oh vamos, no seas aburrida.

Lorrie, no seas tonta. >> El rostro de un hombre enmarcaban un par de ojos de cazador, al acecho de su presa.

–No.

Gabriel la tomó por el hombro, volteándola con brusquedad. Ella a modo de respuesta lo empujó, provocando que retrocediera varios pasos.

–¡Qué demonios te pasa! ¡Es solo una foto!

La voz del joven destilaba ira y desprecio.

Lorraine caminó en su dirección con manos alzadas y temblorosas. Sus ojos acuosos lo miraban en tono de disculpa.

–Ven aquí, solo es una foto.

Lorraine se acercó temerosa a su brazo extendido, el cual él posó despreocupadamente sobre su hombro.

Los faroles, los escoltaban con su luz, proyectando sombras.

Gabriel con una mano sostenía el móvil, mientras que con la otra abrazaba a Lorraine.

Ella sonrió a la cámara con su habitual máscara de naturalidad.

***** UNDISCLOSED DESIRES**

Voces amortiguadas, murmurando trivialidades, risas disimuladas, miradas de desaprobación, pidiendo silencio.

Lorraine hojeó el libro de trigonometría buscando nada en particular.

A su lado, sus amigas cuchicheaban acerca de sus planes para el fin de semana. En parte, era un alivio no ser el tema de la preparatoria. Gabriel era un muchacho muy popular y no quería a su grupito de admiradoras acosándola por comenzar a salir con él.

En el salón atiborrado de jóvenes, con la maestra dándole la espalda, resolviendo un complicado ejemplo que según ella entraría en el examen, Lorraine experimentó el alivio de saberse con una preocupación menos. La tristeza y la decepción, lograron, sin embargo, nublar su incipiente buen humor.

Él no la reconocía como su novia. Sus cariñosos gestos eran limitados, a la soledad e intimidad de una habitación, a veces a lugares públicos, sin embargo, si los sorprendía alguien conocido, ambos lo negarían. La emoción de lo clandestino, se opacaba ante la melancolía del anonimato. Abstraída, comenzó a trazar rayas en la parte posterior de su block de notas. Hubiera preferido que su relación hubiera tomado un rumbo diferente, algo más *normal*. No obstante, se conformaba, con que él reparaba en su existencia y no era tan invisible como se sentía. El mundo constantemente reconocía su presencia para recalcarle que no encajaba allí, que todo era mejor si prescindía de él y asimismo, él de ella.

Las rayas dibujadas al azar, ahora ocupaban toda la superficie e iban tomando forma. Continuó trazando líneas, incluso cuando la profesora había dado comienzo a su cátedra. Ni siquiera notó cuando la inspectora interrumpió la explicación para dar un recado.

–Clark.

Remarcaba trazos ya hechos, que se volvían más oscuros con cada pasada.

–¡Clark!

Lorraine se detuvo el lápiz, llevándoselo a los labios. Comenzó a mordisquearlo, al notar lo desprolijo de sus dibujos.

– ¡Lorraine Clark!

Una mano empujó su espalda trayéndola de vuelta al salón. A su lado, Anna la miraba con expresión alarmada. La aludida se incorporó.

–¿Sí?

–Acompaña a la inspectora Jones.

Pisando los talones de la mujer de mediana edad y rostro severo, Lorraine recorrió los silenciosos pasillos del Nido de Águilas. Disimuló su sorpresa en el salón, cuando requirieron de su presencia y tras los pasos de la señora Jones, intentaba aplacar su desasosiego. Sus pies la encaminaban peligrosamente al sitio más indeseado del edificio. Finalmente, detuvieron su marcha frente a una puerta cuya placa indicaba al responsable de sus pesadillas. La inspectora tronó los nudillos contra la puerta

–Adelante.

Lorraine puso los ojos en blanco, cruzándose de brazos. Los ojos pequeños e inquisitivos de la señora Jones la miraron furiosos.

–Entre Clark.

La mujer de cabello castaño chocolate cuidadosamente peinado en un apretado moño, se estaba poniendo de los nervios, aquella chica irritante, se movía con exagerada lentitud. Le supuso un verdadero alivio cuando finalmente se cerró la puerta tras de ella y desapareció de su campo visual.

Su presencia imponente, teñía la habitación de una pesada atmósfera. Reclinado sobre el sillón proyectaba una actitud desinteresada, solo le hacía falta poner las manos tras su cabeza, para personificar la despreocupación hecha ser humano.

Lorraine dio un respingo; mientras antes acabara ese absurdo encuentro, mejor. No es que tuviera gran afán por volver a sus aburridas actividades escolares, no obstante, prefería el tedio de su rutina, a la interrupción de aquel intruso.

–¿Qué quieres?

Vladimir alzó una ceja e hizo un ademán para que tomara asiento. Hizo caso omiso y siguió de brazos cruzados frente a su escritorio.

–Charlar contigo.

–¿Y para eso tenías que sacarme de clases?

La indignación era palpable en su voz, Vladimir no pudo evitar esbozar una media sonrisa, Lorraine entornó los ojos.

–Disculpe señorita Clark, no creí que las clases de matemáticas fueran tan imprescindibles...–No lo eran por supuesto, los temas académicos habían dejado de importarle a Lorraine hace mucho tiempo. –Pero, me fue imposible, encontrar un momento más adecuado para hablar con usted.

–Podrías haberlo hecho en casa, así te ahorrarías esta molestia.

–No me atrevería a hacerlo ante la presencia de tu madre.

Esas palabras lograron que a la chica se le acelerara el pulso bajo la piel. Resonantes en su cabeza, se repetían como el estribillo de una canción.

–¿Qué quieres?

Vladimir se incorporó. Caminó por la estrecha habitación, manteniendo cierta distancia de Lorraine, quien se aclaraba la garganta, evitando que su voz la traicionara, delatando su nerviosismo.

–¿Con quién estuviste ayer por la tarde?

–¿Para preguntarme eso me sacaste de clases?

–Como tu maestro puedo darme ciertas libertades.– La distancia entre ambos se iba acortando.

–Vete al demonio, ¿Quién mierda te crees? No te debo ninguna explicación. Ni a ti ni a nadie.

Antes que su mano alcanzara el pomo de la puerta, una más grande lo hizo por ella y la obligó a voltearse; plantándole cara, los ojos fríos de su mentor la escrutaban. La mano que le había impedido alcanzar la manilla, ahora descansaba por sobre su cabeza, coartándole el escape y disminuyendo la distancia que entre sus cuerpos. Automáticamente la respiración de la chica se hizo más difusa y acelerada.

Vladimir se distrajo unos instantes, cuando en un intento por evitar hiperventilar, Lorraine se mordió el labio.

–Ayer pasaste todo el día fuera de casa y no fuiste con el doctor.– Pasó el pulgar a lo largo de su mejilla, llegando hasta su mentón. –Dime, ¿fue por un muchacho?

Iba a pronunciar una automática mentira a modo de respuesta, sin embargo, al mirar los ojos amables de ese sujeto, meditó la posibilidad de hablar con sinceridad.

De un momento a otro, la expresión del intruso se había suavizado, pareciendo incluso más joven. Cuando los irregulares latidos de su corazón, volvieron a la normalidad, decidió dar una respuesta.

–Sí– denotó en un susurro.

Entre los dedos índice y pulgar, Vladimir sostenía el mentón de la chica. Al escuchar aquel monosílabo a modo de respuesta, quiso apretarle la barbilla y atrapar sus labios en un beso violento.

Sus labios, su cuerpo, su alma, le pertenecían. Toda ella era suyo. Quería dejarle eso en claro, allí, en ese preciso instante. Dejar huellas imborrables en su cuerpo y memoria que le recordaran constantemente que le pertenecía a él y a ningún otro.

Con ojos entrecerrados, retiró con lentitud los dedos de su rostro.

Numerosas posibilidades se enredaban en su cabeza, haciendo que su corazón se consumiera de ira. Era tan imperiosa la necesidad que quemaba su alma y los vestigios de su racionalidad. Agachándose apoyó su frente con la de ella y segundos después se separó bruscamente.

Apoyado en el escritorio interpuso distancia para observarla. A pesar de las capas y capas de maquillaje, la chica no lograba esconder su tristeza, la que se reflejaba en sus ojos, de pestañas encrespadas y untadas de rímel.

Lorraine quiso darle los detalles de su velada; dejarle en claro que nada había pasado, no obstante, cuando iba a abrir la boca para deshacerse en explicaciones, Vladimir se le adelantó.

–No deberías haberme mentado– mascullaba palabras al azar para distraer su mente del escenario en el que se encontraba. El escritorio se le hacía especialmente incomodo en ese instante, pero propicio para la fantasía que se desarrollaba en su mente. –¿Quién es el afortunado?– tal vez, el tener un nombre y una cara, haría más fácil de aceptar la realidad.

La muchachita estaba creciendo, superando etapas y descubriendo las bondades de la juventud. Frunció el ceño. Impulsos eléctricos recorrían su cuerpo, aumentando su temperatura. Aflojó el nudo de su corbata, la sala se estaba volviendo asfixiante.

–No importa.

Sin su cercanía, sin él invadiendo su espacio vital, se le hacía más fácil ordenar las ideas. Asimismo, volvía a reinar el frío en su corazón y como consecuencia en cada una de sus acciones. Debía interponer distancia. Ahora salía con un chico de su edad, que le prestaba apoyo, encaminaba sus decisiones. No podía seguir aferrándose desesperada a él.

–A mí me importa.

La máscara de perpetua indiferencia había desaparecido. Sin embargo, Lorraine no supo identificar lo que transmitía aquel rostro cincelado en mármol. Lo observó concentrada, como si fuera algo inerte, incapaz de advertir su mirada inquisitiva, que iba buscando imperfecciones en su perfecto semblante.

–Dime quien es. Dime al menos su nombre.

La oportunidad de escapar había caducado.

Nuevamente tenía entre sus manos el rostro de la chica de ojos tristes. Con voz suave había murmurado las palabras, a pesar del abrazante deseo que ardía en su interior.

La quería a ella, lo quería todo y más de lo que estaba permitido. Lorraine se acercó sigilosamente, alerta a cada movimiento. Vladimir inmóvil como gárgola parisina la observaba, preparado para que sus anhelos fueran destrozados con vehemencia y sin un ápice de clemencia.

–No hay nadie.– Rápida y atropelladamente, brotaron las palabras de su boca.

Cuando hubo terminado, centró la atención en sus manos. No le debía explicaciones a nadie, menos a él que era un intruso. ¿Qué acaba de hacer? ¿Acaso se había dejado cautivar por una cara bonita?

Alzó el rostro para enmendar su error. Los ojos de un depredador acechando a su presa le devolvieron la mirada.

Dejando de lado todo sentido común, posó una mano en su nuca y la otra en la cintura de la chica, que lo miraba con ojos ensanchados de sorpresa. Lorraine había entreabierto los labios para replicar, cuando él los atrapó en un ávido beso.

Un intenso debate acontecía en su interior. A modo de reacción su pulso se aceleraba con cada segundo que pasaba y su racionalidad bailaba con

los labios expertos y cálidos de aquel sujeto, que la apegaba a su cuerpo. Con los párpados cerrados, bajo el hechizo de aquella escena, no supo cómo reaccionar. Su habitual y automática resistencia estaba ausente, destrozada como su voluntad, dejando paso a sus auténticos deseos. La campana anunciando el receso de media mañana, inundó hasta el más recóndito rincón del Nido de Águilas, rompiendo el ambiente silencioso y compenetrado de aquella sala.

Con una mano en su pecho, estableció distancia.

–Vladimir...

Su nombre era una caricia en sus labios. ¿Cuándo lo había llamado, aquella muchacha de boca insolente y ojos tristes? Nunca. Y aquello solo podía significar una cosa.

Volvió a besarla, con la necesidad que se extendía por cada célula de su ser; que anhelaba de su piel, de sus labios. La besó con la codicia de su alma consumida, que ansiaba su alma pura y marchita.

Se separó de ella para ver su rostro, las mejillas encendidas, los labios húmedos, los ojos despojados de esa tristeza tan suya, tan disimulada, tan perpetua, ahora extinguida, dejando cabida a algo que rozaba la felicidad.

Su pecho subía y bajaba hiperventilado. Sobre él, con delicadeza y parsimonia se posó una mano, con la intención de sentir los agitados latidos de su corazón. Vladimir esbozó una sonrisa. Allí, donde debía haber un corazón, estaba encerrado un pajarillo agitando sus alas, en busca de libertad.

Lorraine se inclinó y aspiró el maravilloso aroma que expelía el cuerpo de ese hombre, el mismo que le hacía perder la cabeza. Tomó el cuello de su camisa y esta vez fue ella quien tuvo el control y quien buscó con desespero sus labios. Echó su cuerpo sobre él, obligándolo a recostarse sobre el escritorio. Papeles, lapiceras, agendas y –toda clase de cosas que uno, deja sobre la mesa– impactaron contra el suelo con un ruido sordo. Incluso un portátil corrió peligro de terminar hecho añicos.

Vladimir la observaba con ojos llenos de asombro. Sus importantes archivos, desperdigados en el suelo. La chica que vivía para encararle su odio, ahora estaba sobre él, con los dedos enredados en su cabello, la boca entreabierta explorando las profundidades de la suya. Aquello era peligroso. Alguien podía llegar sin avisar y ver aquella escena.

Atento a cada ruido, tomó por los hombros a aquella chica, con la intención de alejarla. No obstante, sus manos pasaron de su cabello a su cuello, bajando hasta su pecho, descubriendo los botones de su camisa. Ese era un juego al que ambos podían jugar, pensó Vladimir, esbozando una sonrisa torcida.

Las manos, que querían alejarla, ahora iban hasta la piel expuesta de su cintura, subiendo por su vientre, encaminándose hasta su pecho. A centímetros de su objetivo, Lorraine culminó su beso.

–Lorraine...

La chica se mordía el labio, ansiosa. Intentó besarlo, mas él apartó la cara.

–Lorraine...

Un par de ojos lacrimosos le devolvieron la mirada. Con lentos movimientos la chica se alejó de él, sentándose en una de las poltronas, frente al escritorio.

–Lorraine...

–No te gusto. No tengo un cuerpo bonito, lo sé.

Vladimir se frotó el mentón. Sin querer había lastimado a aquella frágil criatura.

–No digas tonterías.

Con la mirada fija en sus manos, ella guardó silencio. Sus dientes oprimían con tal fuerza su labio, que parecía lo perforaría en cualquier momento.

Él sujetó su mentón, obligándole a sostener su mirada, sin embargo, ella la desvió hacia la persiana que cubría la ventana, luchando contra las lágrimas.

–Lorraine eres hermosa.

La batalla estuvo perdida, desde antes que su voz ronca retumbara en sus oídos. Silenciosas se derramaban por sus mejillas.

–Eres una muchacha guapa, joven... maravillosa.

Su pulgar, trazaba círculos en su labio inferior. Recelosa y expectante, volvió a mirarlo.

–Pero soy tu profesor y estas en mi oficina.

Todo el encanto se esfumó, con la frialdad de su expresión.

–No recordaste eso mientras me besabas– denotó Lorraine, incorporándose y dándole la espalda, para acomodarse la blusa.

Vladimir dio un resoplido.

–Volvió la cordura a mi espíritu– susurró él, en su oído, provocando un agradable cosquilleo, que la hizo contorsionarse.

–Eres un maldito cretino– una sonrisa se escondía tras sus palabras.

Alisó los pliegues de su falda. Él hizo lo mismo con su camisa.

–Y usted es muy buena rehuyendo las conversaciones importantes Clark. Lorraine, giró sobre sus talones, quedando nuevamente frente a él. Con dedos expertos, atavió su corbata.

–Quedó muy presentable maestro Meller.

Vladimir atrapó sus manos y besó sus nudillos, llegó hasta sus muñecas, encontrándolas para su sorpresa, inmaculadas.

La chica enarcó las cejas.

–Es mejor que me vaya, ya casi termina el receso.

Su voz volvía a ser lacónica y sus maneras distantes. Con la mano sobre el pomo de la puerta, dispuesta a salir, se detuvo, cuando una voz grave y autoritaria, demandó su atención.

–No vuelvas a hacerte daño Lorraine.

La chica puso los ojos en blanco. Inspiró, volteó a verlo y le dedicó una falsa sonrisa. Su "demostración de cariño" o lo que sea que haya sido lo acontecido en esa sala, no era suficiente, para hacerla seguir sus órdenes o para solucionar el desastre que era su vida. Tan solo había sido un momento de distracción, un interludio pacífico que precede a una guerra; en su caso, una batalla constante, de la que no estaba segura podría salir victoriosa.

Vladimir la vio alejarse con la certeza de que haría caso omiso a su petición.

*****FÜHRE MICH**

–¿Qué tal la prepa nena?

Lorraine estuvo a punto de escupir la comida, ante la inocente pregunta de su madre.

–Lo de siempre– respondió automáticamente, encogiéndose de hombros. Sentado en la cabecera de la mesa, Vladimir, siguió bebiendo vino, sin siquiera mirarla. Imperturbable, disfrutaba de la cena, en compañía de Carol y Lorraine.

–Oh nena, debes aprovecharlos, ison los últimos! Pronto serás una chica universitaria.

La piel de las mejillas de la muchacha se estiró en una sonrisa cordial. Carol parecía querer recordarle que pronto se iría de casa, para por fin dejarla en paz, apagando de forma instantánea su ánimo.

–Amor, deberíamos aprovechar nosotros también, que es viernes por la noche, ¿no crees?

La comida se detuvo en la garganta de Lorraine. Vladimir se limitó a ofrecerle un vaso de agua, que le entregó sin establecer contacto visual.

–Nena ¿estás mejor? No se me da eso de picar pequeño los vegetales.–

Lorraine sacudió la cabeza. Recuerdos de aquella tarde, con otros de su madre y su novio se entremezclaban en su mente. El peso de la culpa y el remordimiento, calaban hondo en su estomago. No podía tragar un bocado más.

–Mamá, me gustaría hablar contigo... cuando termines de cenar– anunció antes de incorporarse.

Vladimir la fulminó con la mirada. Sospechaba lo que se traía entre manos esa imprudente chica. Y no estimaría en esfuerzos para detenerla.

–Claro nena.– Carol hizo una mueca de desagrado que no pasó desapercibida para ninguno de los presentes. La palabra madre y sus homónimos, siendo proclamados, por su casi adulta primogénita, la hacían sentir vieja, acabada, en el crepúsculo de la vida y no en la plenitud de sus 30, ad portas de un nuevo comienzo.

La silenciosa cena, fue interrumpida por el timbre de los textos que recibía el móvil de Carol.

–Lorrie, querida, alcánzame el móvil.

La chica al pie de las escaleras, retrocedió su marcha y obedeció. Sus dedos se cerraron fríos alrededor del aparato cuando vio las notificaciones entrantes, en la pantalla encendida.

Lo inconcebible, no era el matiz de los mensajes recibidos, sino el remitente.

–¡Oh dios! ¡Lo olvidé por completo!– la mujer tecleaba una rápida respuesta, al tiempo que se incorporaba.

–Amor, itengo una reunión importantísima!

Carol se deshacía en pucheros, ante la mirada dura de Vladimir.

–¿Un viernes por la noche?

Abrió la boca con sorpresa. Aquello podía ser una situación muy incómoda, con resultados nefastos, sino la sabía controlar, no obstante, ella no era ninguna novata.

–Oh amor, sabes lo absorbente que puede ser mi trabajo, ¿no estarás celoso?

–No.

–Te lo compensaré amor.

Vladimir masculló algo ininteligible, antes de lanzar la servilleta contra el plato a medio terminar e incorporarse.

–Nena, vamos a charlar en mi habitación.

La sencilla frase encendió luces de alerta en Vladimir.

–No nos vayas a interrumpir amor.– Dubitativo, se sentó en el sofá con las manos en el rostro.

¿Debía esperar despreocupadamente allí o comenzar a hacer las maletas?

–Lorrie...

Aquello era realmente incómodo, no sabía exactamente como comenzar.

–Fotos... ¿Es en serio? Como una mocosa de 15...

Carol la fulminó con la mirada. Ese carácter definitivamente lo había heredado de ella. Era su viva imagen a esa misma edad. Ese carácter del cual estaba orgullosa, ahora no hacía más que ofenderla.

–No me faltes el respeto Lorraine.

–Solo te estoy diciendo la verdad, eres una mujer madura, que supuestamente quiere construir una familia y en cambio, le mandas fotos a tu jefe, poniéndole los cuernos al “amor de tu vida” – enfatizó con comillas en el aire.

–No entiendes nada Lorraine.

Carol se llevó las manos al cabello, tirando a intervalos de él.

Enfurrñada, la chica se cruzó de brazos. Sentada sobre la cama, fijó la vista en la pared frente a sí.

Ignorándola, su madre se perdió en el cuarto de baño. Toda la situación era absurda. Sus ansías por contarle lo acontecido aquella tarde, se habían extinguido por completo. La efímera valentía, la había abandonado paulatinamente, luego de descubrir los mensajes, dejando a su paso una sensación de desazón.

Minutos después, Carol salió del cuarto de baño, envuelta en una toalla.

Se atavió un vestido negro de tirantes delgados y zapatos de tacón.

–Nena, estos son pequeños sacrificios que tengo que hacer por... Bueno...

Por mantener mi trabajo y por unas cuantas eh... comisiones. No es fácil llevar una casa.– Declaró por encima del ruido del secador de pelo.

Lorraine la observaba en silencio, las piernas abrazadas, el mentón sobre las rodillas.

Carol no recibió más respuesta que su silencio, lo cual era un alivio. El silencio otorgaba.

–Creo que debería llevar un conjunto... o tal vez no, así me compra uno bonito.

La risa infantil de Carol llenó la silenciosa sala. Lorraine seguía mirándola seria.

–Nena, ¡ya! Quita esa cara de funeral, me desanimas. Entiende, esto es solo un medio, para llegar a un fin. Además si nadie se entera, nadie sufre.– Su rostro había abandonado todo rastro de despreocupación, dando paso a la severidad.

La muchacha se limitó a encogerse de hombros.

–No dirás nada querida.

–No te delataré, no te preocupes.

El rostro de Carol se iluminó con una amplia sonrisa.

–Busca mi abrigo color crema. ¡Rápido!– la muchacha obedeció a regañadientes.

–Adolfo es un poco impaciente y odia la impuntualidad– consultó su reloj de pulsera, ansiosa. –Oh voy bien. No me castigaré.

Lorraine ensanchó los ojos con sorpresa.

–Te... ¿golpea?

Habían límites intolerables y uno de ellos era la violencia. No existían motivos suficientes para detenerla en caso de que su madre, sufriera algún tipo de abuso. Denunciaría al responsable, fuese quien fuese.

–Ay por favor, ¡quita esa cara de espanto!

Lorraine sacudió la cabeza.

–Ay por dios, nena, creí que ya tenías novio. No han llegado a... ¿cómo se dice? ¿Tercera base?

La chica puso los ojos en blanco, ensombreciéndose su ánimo paulatinamente.

–Nena, búscate un novio ya... Estás bastante crecidita ¿No?

Suficiente. La chica abandonó la habitación, dando un estruendoso portazo.

Dirigíase a su alcoba, cuando en el pie de las escaleras vio el semblante acechante, que la escrutaba con aire impetuoso. Le prestó atención durante un breve instante, para luego ignorarlo, sin dar las explicaciones, que seguramente estaba esperando.

*****LICHTGESTALT**

–Amor, no tienes que esperarme en casa. Puedes salir... ¿con tus colegas, tal vez? ¡Aprovecha!

Vladimir asintió, fingiendo una sonrisa. Era como si le propusiera irse de putas, mientras ella hacía lo mismo.

Carol interpretó su expresión, como una buena señal y abandonó la estancia, no sin antes despedirse con un apasionado beso, no muy correspondido.

–Llegaré lo antes posible amor– gélido silencio fue la respuesta que obtuvo. Con aire despreocupado la mujer fue al encuentro con su amante. Con paso cansino, el joven hombre subió las escaleras.

Todos los escenarios y preocupaciones, no habían sido más que un derroche de energía.

La criatura frágil y contestadora, había actuado, una vez más con sabiduría.

Cogería su abrigo y seguiría el consejo de Carol. El fin de semana recién comenzaba y no desperdiciaría un viernes, quedándose en casa.

Comenzaría en un *after office* y allí esperaría a ver que le tenía preparada la noche.

No obstante, desgarradores gritos, lo hicieron cambiar de rumbo y penetrar con prisas y sin previo aviso en la habitación de la chica. Estaba vacía.

Sin embargo, desde la puerta que separaba la alcoba del cuarto de baño, se escuchaban los extraños alaridos.

Se acercó con pasos silenciosos. Irrumpió en el pequeño cuarto, sin siquiera tocar la puerta.

Sentada en el suelo, con la espalda contra la pared y golpeando su cabeza contra la misma, la encontró. Estaba hecha una pena.

Sus ojos ensanchados de sorpresa le devolvieron la mirada. Comenzaba a encogerse y a ocultar su piel expuesta, cuando Vladimir decidió cargarla en brazos. Lorraine, no tuvo siquiera tiempo de protestar.

Sin mucha delicadeza, la tumbó sobre la cama. Sentada, mirando sus manos, siguió extendiendo el silencio entre ellos. Vladimir pasó una mano por su cabello, intentando reunir serenidad.

–Dame eso– espetó con tono seco, extendiendo la mano.

Como un chiquillo pillado en falta, con mano temblorosa y sin levantar la cabeza, Lorraine obedeció.

El pequeño objeto, empapado, se sintió frío y pesado en su mano. El leve roce de los dedos de la chica, logró manchar de escarlata su palma.

Frunció el ceño, a la espera de una explicación.

La muchacha se limitó a tironear sus *hot pants*, en un inútil intento por ocultar lo evidente. Vladimir apretó el pequeño utensilio plateado, en su palma, luego lo dejó sobre el tocador y fue hasta el baño.

Lorraine miraba sus muslos cubiertos de sangre, cicatrices y cortes recién hechos los adornaban. Esperó que abundantes lágrimas, nuevamente llenaran sus ojos y surcaran sus mejillas. Pero tenía los ojos secos, como la sangre que se iba acumulando en sus piernas.

Él regresó con alcohol y apósitos entre sus manos. Ella iba a arrebatárselos, pero fue más rápido. Con aplomo y en silencio, frotó los vendajes empapados en etanol, contra sus piernas. El rostro de la chica se contorsionó en una mueca, al sentir la sustancia escocer contra su piel, incluso emitió quejas, que fueron completamente ignoradas.

–¡Ya basta!– musitó cuando estuvieron libres de todo rastro y sin embargo, él seguía en su afanosa tarea.

–Es lo que yo digo Lorraine, basta de esto– Vladimir se incorporó y señaló sus muslos.

Ella abrazó sus piernas y lo fulminó con la mirada. Ese no era su asunto. No era asunto de nadie. Era su cuerpo y podía hacer con él, lo que

quisiera. Nadie podía intervenir. Ni con sus palabras insulsas, ni sus acciones de buen samaritano. Nadie.

–Lárgate.

Las palabras sonaban ahogadas; no tenía suficiente fuerza.

La habían mermado todos a su alrededor. Con sus palabras hirientes, sus secretos oscuros, sus acciones horribles. La habían convertido en una persona horrible también, sin siquiera darle oportunidad de ser alguien digno de humanidad. Estaba corrompida, rota y descompuesta desde que tenía memoria. Años atrás lo había sobrellevado; no había conocido todo lo feo que aquel mundo podía ofrecerle. Pero ahora sí. Estaba enterada de lo sombrío que podía tornarse todo, a causa de las decisiones que tomaba y los impulsos por los que se dejaba llevar.

Como consecuencia, no le quedaba más remedio que matar lentamente a ese repulsivo monstruo; o por lo menos hacerle tanto daño como fuera posible; para un día reunir el valor suficiente y sumergirlo definitivamente en la absoluta oscuridad. Ahogarlo con sus propias manos, para no sufrir por él nunca más y así de una vez por todas, tener el merecido descanso que anhelaba. No obstante, se oponían.

O más bien, una persona se oponía.

El intruso, no hacía más que arruinar sus intentos de acabar con su miseria; boicoteando sus planes, cuestionando sus métodos, divulgando su secreta existencia, escondiéndose tras falsas pretensiones.

Exhaló un suspiro. Con expresión apática reiteró su solicitud.

–Fuera.

Sus mejillas fueron atrapadas por sus manos grandes y cálidas. El contacto con su fría piel era abrazante.

–He dicho que te largues.

–No te dejaré sola Lorriane.

–¿Temes que me mate... o algo así? Descuida no lo haré.

Vladimir soltó un bufido, cabreado.

–No te dejaré, *porque quiero estar contigo*, niña tonta.

Lorraine puso cara de ofendida, simulando el desconcierto y la fascinación, que le producían las palabras que endulzaban sus oídos.

¿Por qué se tomaba tantas molestias? ¿Por qué quería agradarle a *ella* precisamente?

Por una vez, quería simplemente confiar y lanzarse al abismo de la incertidumbre. No se podía lastimar aún más, lo que ya estaba devastado, así que no tenía nada que perder, a diferencia de él, que podía pasar del cielo al infierno, si ella se lo proponía.

Puso los brazos alrededor de su cuello, acercando su rostro, contemplando su boca. Quería sentirse amada una vez más.

–Lorraine...

–Eres muy guapo.

–Lorraine...

–Tienes unos ojos muy bonitos.

–Lorraine.

–¿Qué? ¿Me dirás que estoy loca?– antes de que se percatara, las palabras salieron disparatadas de su boca.

Apartó los brazos de su cuello y bajó la cabeza. ¡Por dios! Debía dar clases de cómo arruinar una atmósfera, una cita, una vida. Y de cómo ser una maldita paria. Su respiración ahora estaba hiperventilada, por la vergüenza que la invadía. Espero él fuera lo suficientemente perceptivo y la dejara sola. En cambio se sentó a su lado en la cama.

–¡Lárgate! ¿No ves que he hecho una tontería? ¡Estoy avergonzada!
¡Quiero estar sola!

Vladimir se limitó a poner una mano en su hombro y llevar su cabeza hasta su regazo.

Lorraine encogió las piernas hasta adoptar una posición fetal.

Guardaron silencio, mientras Vladimir acariciaba su cabello.

–Seguro piensas que estoy chiflada. Incluso para ser una adolescente soy rarísima– soltó una carcajada breve y amarga.

Vladimir siguió acariciando su cabello, tironeándolo a intervalos.

–Eres todo un enigma Lorraine.– Sí que sabía adornar las cosas.

–No te pregunté si pensabas eso de mí.

–Tú tampoco respondes muchas de mis preguntas.– Volteó para ver su rostro. Sus ojos glaciales la envolvieron y entonces se arrepintió de haber mirado.

–Eres un maldito entrometido.

–Y tú una adolescente extraña y respondona.

Lorraine rió. Una carcajada auténtica resonó en su diafragma, estirando la piel de sus mejillas en una sonrisa.

–Bien... empieza por algo simple ¿ok?

–Todo lo que te involucra es complicado Lorraine– la chica frunció el ceño. Él pasó los dedos por las arrugas de su frente.

–Quiero ayudarte Lorraine.

–No necesito ayuda.

–Claro que sí. Pero no la mía precisamente.

Su mirada estaba concentrada, en nada en particular, mientras acariciaba su cabello.

Lorraine aprovechó para mirar sin disimulo su rostro. La curva de su mandíbula, el puente de su nariz, sus labios fruncidos en un rictus serio.

De improvisto sus ojos volvieron su atención, tomándola por sorpresa.

Enarcó las cejas al notar como lo observaba con interés.

–Deberías visitar un especialista Lorraine.

–Lo pensaré.

–*No quiero perderte.*– Su voz tenía un matiz suplicante.

Lorraine, que había entrecerrado los ojos, los abrió desmesuradamente, sin poder disimular su sorpresa. Su expresión siempre cauta, se perdía en lo infinito de sus pensamientos.

Acercó sigilosamente la mano hasta su rostro. Necesitaba sentir que aquello era real.

Su mano fue atrapada a centímetros de su objetivo. Interrumpiéndola le besó los nudillos. Todo aquello era absurdo, pero agradable. Inmoral, pero cautivante. El intruso era lo más parecido a un superhéroe que había conocido en toda su vida. Tenía métodos poco convencionales, una expresión estoica siempre que la miraba, pero siempre llegaba en el

momento preciso para salvarla. *De sí misma*. Pero la salvaba al fin y al cabo y eso era lo que contaba. ¿O no? Entre divagaciones, en el regazo de aquel hombre, que denominaba un intruso, se entregó a los brazos de Morfeo.

Cuando Vladimir se aseguró de que la chica estaba profundamente dormida, con cuidado la acomodó sobre el lecho.

Antes de marcharse, observó su rostro sereno y juvenil, sentado en la banca de su tocador.

Sus pestañas oscuras, cubrían parte de sus amoratadas ojeras; sus labios entreabiertos, estaban desprovistos de color.

Vladimir frunció el ceño.

Una adolescente sana no debía lucir así ¿Se debería aquello a la pérdida de sangre?

La muchacha gimió y se volteó dejando un brazo y una pierna al descubierto, a la completa intemperie. Dio un bufido. Su esfuerzo por arrojarla, había resultado infructuoso. Iba a volver a cobijarla cuando se detuvo a ver la pequeña cicatriz en su extremidad, allí donde se había hecho daño, con la intención de evadirse. Rozó con la yema de los dedos la herida. La chica emitió un quejido y se volteó nuevamente. De pie frente a ella, se inclinó y acarició su cabello. El olor que este expelía le resultaba tranquilizador. Depositó un beso en su coronilla, antes de abandonar la habitación sigilosamente.

Afuera también procuro no emitir ruido. Se dirigió a la habitación que compartía con su Carol y cogió un abrigo.

*****BULIMIC BEAST**

Desanimada bajó de la báscula, apretando entre sus dedos índice y pulgar la piel y grasa sobrante de su estómago.

Hace una semana había comenzado una estricta dieta y no había bajado más que un par de libras, muy lejos de su peso meta. Resignada dio un suspiro. Se alejó de la balanza unos pasos y miró con atención su escuálido reflejo en el espejo.

Pasó por alto las descoloridas mejillas, el cabello opaco y las prominentes ojeras, para concentrarse en la cintura que consideraba amorfa y sus muslos regordetes. Bajo las cicatrices apenas visibles, se escondía la grasa que no podía eliminar, impidiéndole tener unas piernas arqueadas y hermosas.

Inquieta, cogió el celular de encima de la mesita de noche y comenzó a teclear, en busca de nuevas tácticas que le permitieran conseguir su objetivo de manera eficaz.

Mientras realizaba su búsqueda, la pantalla del móvil, le indicó que tenía nuevos mensajes.

Era él.

Al ver su nombre en el panel de notificaciones sus mejillas se estiraron en una sonrisa y el pulso comenzó a acelerarse bajo su piel.

Aquel fin de semana, irían por primera vez a una fiesta juntos desde que estaban saliendo. Lorraine contestó enseguida, con dedos torpes y temblorosos.

Los minutos pasaron y la angustia se incrementó con ellos. Pasó de morder su labio inferior con intensidad, a pellizcar la comisura de su boca. Cuando sintió aquel característico sabor metálico, se incorporó y volvió nuevamente su atención al espejo. Ahora, además de tener unos asquerosos muslos de cerdo, su cara estaba arruinada.

Buscó en su neceser bálsamo labial, que aplacara lo lastimado. Se dejó caer sobre la impoluta alfombra, mientras pasaba repetidamente el cosmético por sus labios.

Era lógico, que no respondiera sus mensajes. Tal vez, solo había accedido a salir con ella por lástima. No era atractiva, ni hermosa y estaba muy lejos de serlo, no con un cuerpo tan lleno de fallas.

Su ex novia, estaba a la altura de una *top model*, mientras ella apenas y podía disimular sus lonjas. Realmente era absurdo pensar, que él estaría siquiera remotamente interesado en ella.

Su estómago rugió y alargó la mano para alcanzar el móvil. Según su contador de calorías, ya había alcanzado su límite y no podía permitirse nada más.

Frente suyo se replegaba tentador, el mueble donde guardaba los alimentos prohibidos en el departamento. Carol, seguía una estricta dieta, libre de azúcares refinadas, de manera que Lorraine en secreto, se había hecho con un pequeño botín de golosinas, que guardaba celosamente en su habitación.

Alentada por la tristeza que perforaba su corazón, asaltó el closet en busca de monosacáridos. Con lentitud abrió una barra de chocolate. Derrotada ante el dolor que provocaba su rechazo, se decidió por tirar todos los esfuerzos que había hecho durante las últimas semanas, pues no habían dado los resultados que esperaba, y de todas maneras, no había logrado retenerlo a su lado. Seguro, él había conocido a una chica más bonita, de piernas largas y delgadas, de cintura fina y caderas estrechas. Una mujer que proyectaba seguridad, en sus labios carmesí y sus ademanes elegantes.

Devoró con avidez, la barra de chocolate, masticando apenas los trozos de almendras, embarrándose los dedos en su voracidad.

El móvil en el suelo, notificó un mensaje entrante. Lorraine alcanzó el aparato, untándolo y abrió los ojos desmesuradamente ante la sencilla frase que iluminaba la pantalla.

Se quedó inmóvil un instante que fue eterno, atesorando cada letra de aquella superflua frase, dicha por compromiso. Significaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer. En un corto periodo de tiempo, Gabriel se había convertido en su pilar fundamental.

Sus días eran un cielo encapotado y gris, que él con su luz había despejado, espantando todo aquello que le hacía daño. Estaba tan inmersa en su idílico mundo, que se sentía poderosa e invencible. Escupió los restos de chocolate, que no había alcanzado a tragar y miró con desagrado sus manos embarradas de la sustancia pegajosa. Limpió sus labios, pero solo consiguió manchar más su cara. Estaba hecha un desastre y su estómago dolía a causa del atracón y la culpa.

Corrió con desespero hasta la habitación continua y con los dedos llegando hasta su garganta, se deshizo de todo el dulce veneno que no había alcanzado a digerir.

Fue una sesión intensa y agotadora.

Largos minutos se inclinó frente al retrete, escupiendo todas aquellas calorías que contaminaban su cuerpo, engordándolo.

A intervalos, con la mano cerrada en un puño, golpeaba su estómago con el fin de acelerar el proceso y expiar la culpa que se arremolinaba en su interior.

Enjuago las lágrimas de sus ojos acuosos y con movimientos cansinos se acercó hasta el lavabo. Aclaró su rostro, macilento y con el ceño fruncido, pasó los dedos por las ojeras cada día más marcadas.

Con pulso irregular cepilló sus dientes.

Tal vez, si disminuía en cien calorías la dieta que seguía, lograría compensar aquel indecoroso desliz y asimismo reducir la grasa que se acumulaba en sus caderas.

*****YETOSAI**

La perpetua tristeza de su rostro, aquella noche estaba oculta bajo una gruesa capa de maquillaje. Sus ojeras disimuladas y sus pestañas cubiertas de máscara de pestañas, disfrazaban la melancolía en sus ojos. Sus mejillas finalmente cobraban un color saludable, al estar espolvoreadas con rubor.

Lorraine miró largo rato su reflejo en el espejo del tocador, mientras sacudía la brocha por su cara, con el objetivo de eliminar el brillo de ciertas zonas.

No era especialmente bonita, ni aparentaba serlo, aun con capas y capas de maquillaje sobre su rostro. Sin embargo, se veía decente.

¿Sería aquello suficiente para ser presentada como la digna novia de Gabriel?

La brocha se detuvo cerca de sus pómulos y descendió hasta la mesa, con dramática lentitud.

La efímera emoción por salir a bailar con su novio, se había esfumado, dando paso a la ansiedad que le provocaba, pensar en todos los escenarios posibles a los que se podía enfrentar.

Sin un orden predeterminado, desfilaban circunstancias, que danzaban entre lo fatalista y lo meramente absurdo.

Absorta ante todas aquellas posibilidades que la aterraban, pensó en no asistir. Inventar una excusa burda y quedarse en casa, atormentada por

la culpa y el miedo de que muchachas hermosas le coquetearan o que incluso, se encontrara de casualidad con su ex.

Envalentonada por la esporádica tranquilidad, que le daba tener todo bajo control, se decidió a no evadir el compromiso y enfrentarlo.

Esquiva, pero presente se replegaba ante sí la utopía donde ambos pasaban una agradable velada juntos y ella no cometía ningún error que arruinara su perfecta noche.

La música ensordecedora, alegraba el ambiente del recinto. Jóvenes adultos y menores de edad, con identidades falsas –al igual que ella– llenaban la pista de baile. Luces de todos colores dificultaban la vista, siendo mayormente visibles, las siluetas moviéndose al ritmo de la pegajosa canción que había dispuesto el DJ.

Lorraine tragó saliva. Sentado a su lado, su novio, estaba rodeado de amigos que ella acababa de conocer. Charlaban animadamente, temas que no eran de su interés y de los cuales no tenía mayor conocimiento. Volvió a coger la cerveza de encima de la mesa, la retuvo unos momentos en sus manos y la nuevamente la dejó en su sitio, como ya había hecho repetidas veces.

–¿Tu chica no bebe?– preguntó un joven de pelo cobrizo, cuyo nombre no recordaba, pero creía haber visto en los corredores del instituto.

–¿Ah? Claro que sí, no es ninguna mojigata ¿Cierta Lorrie?– la aludida no atinó a nada más que sonreír, incómoda. La verdad no era una buena bebedora y en momentos como ese prefería una gaseosa.

–Hombre, le has pedido una cerveza, tráele algo de chicas.– Gabriel palmeó su frente, lanzó una carcajada y se perdió en la multitud, en busca de un margarita.

Antes de que comenzara a hiperventilar, Gabriel llegó con su bebida. Tenía buen aspecto, por lo menos. Todos en la mesa la miraban expectantes. No quería decepcionar, ni dejar a Gabriel como un mentiroso, de manera que, casi sin percatarse, se bebió todo el contenido de la copa de un trago. Los presentes en la mesa vociferaron emocionados y pidieron otra ronda. Lorraine forzó una sonrisa vacilante.

–¿Lo han visto? ¡Esa es mi chica!– canturreó Gabriel, para luego besarla con desenfado.

Posterior al acto, ella aprovechó para acurrucarse contra su pecho. Una a una, las parejas que los acompañaban, fueron dejándolos solos, bajando hasta la pista de baile o saliendo para fumar un cigarrillo. Lorraine quería imitar a éstos últimos, mas, antes de que pudiera proponérselo siquiera, Gabriel ya la estaba besando, entreabriendo la boca con apetencia.

–Gabriel...

Su mano subía peligrosamente por debajo de su falda. Él la miró, con los varios tragos de la previa, haciendo efecto en su raciocinio.

–Oh ¿vamos a bailar sí?– Lorraine sacudió la cabeza negando, no obstante, obedeció de todos modos.

Instalada en la pista de baile, bailó y bebió hasta que su vista se tornó borrosa y los zapatos de tacón lastimaron sus pies. Tal fue la incomodidad que terminó quitándoselos.

–Te amo– gritó al oído del muchacho, que se balanceaba al compás de la música, con las manos en su cintura.

–¿Qué?– respondió él elevando su voz varios decibeles. Lorraine, puso las manos tras su cuello y lo obligó a inclinarse, hasta casi quedar a su altura.

–Que te amo, tonto– Gabriel asintió y apuntó al fondo del recinto.

–Los baños están al fondo a la derecha. Ven te acompaño.– Lorraine sacudió la cabeza y se dejó guiar, entre trompicones ambos.

Oh dios, oh dios. El grito ahogado, se atascaba en su garganta. A unos metros de distancia, sentado en la barra, su novio, charlaba animadamente con una muchacha de rostro hermoso y piernas eternas. Oh dios. Oh dios.

La angustia crecía en su pecho, con cada paso. Con el corazón en un puño, se acercó tímidamente, intentando mantener una expresión neutral y no de profunda tristeza

–Hola...– disminuida, su voz apenas afloró.

–Oh Kate, ella es Lorraine, una amiga.– Gabriel no soltó su copa, ni despegó los ojos de la muchacha de ojos felinos.

La aludida la miró lánguidamente, de pies a cabeza, deteniéndose brevemente en su cara. No se molestó en disimular su mueca de disgusto al reparar en la máscara en que lo había convertido con su exceso de maquillaje. Arrugó la nariz con desagrado, a la vez que ponía un mechón de cabello detrás de su oreja. –Hola. Katherine. Gusto en conocerte.

Fueron largos instantes de muda súplica, en los que Lorraine rogaba por que se la tragara la tierra. Quería huir, desaparecer, mas no quería arruinar la velada, ni tampoco regresar a casa sola. Era una encrucijada absurda y angustiada, que hacía que su respiración se volviera más y más agitada. Las luces brillantes y el murmullo incesante, se le antojaron enervantes. Antes de comenzar a hiperventilar, decidió interrumpir la conversación de la que había sido marginada.

–¿Gabriel?

Él echó un vistazo en su dirección, asimilando recién su presencia. Reparó en los ojos vidriosos de la chica y puso los ojos en blanco.

–¿Qué?– su voz pastosa y el ceño fruncido que exhibía, hicieron que tragara saliva.

–¿Podemos hablar?

Afuera las luces incandescentes que alumbraban el letrero de la discoteca, se reflejaban en la vereda. Lorraine frotaba sus brazos en busca de calor. La luna menguante, amenazaba con hacer esa noche más oscura de lo que se estaba tornando.

–Me trajiste acá afuera, a cagarme de frío, ¿solo porque querías decirme que quieres irte?

La animada música proveniente del recinto fue la única respuesta sonora, acompañada de un breve asentimiento. No iba explicarle los celos punzantes que se clavaban como espinas en su pecho, ni las sospechas de que él aun no la olvidaba, ni la sensación de asfixia que sentía allí adentro. No lo entendería.

–Oh Lorraine ¿es en serio?– Nuevamente una muda respuesta, fue lo que obtuvo. –Vete al demonio Lorraine.

Cabreado, volvió al recinto, dándole la espalda, convirtiéndola en una estatua cuya máscara de felicidad, aquella que se había esforzado en colorear, se desteñía entre lágrimas.

–¡Nena! Vaya que tarde llegas Lorrie– saludó Carol, abriendo la puerta del apartamento. Lorraine le dedicó una sonrisa cansada.

–Tal parece que se extendió su cita con el doctor.

En el sofá, Vladimir escupía palabras cargadas de ironía. El ápice de enfado en su expresión, de un instante a otro, fue reemplazado por la preocupación.

–Amor, sabes que la cita no fue solo con el doctor... ¿cierto Lorrie?

La muchacha siguió repartiendo sonrisas falsas, a cada frase que era pronunciada. El nudo de su garganta era una bomba de tiempo; llevaba aplacándolo demasiado. Ni siquiera en el taxi, había tenido valor para llorar.

–Nena ¿no vas a cenar?

–Ya cené.

Vladimir despegó la vista de la revista que tenía entre manos y la miró de reojo. Aquella voz ronca, aumentó exponencialmente su preocupación.

***MUSCLE MUSEUM

El instituto suponía un respiro, o lo hubiera sido, de no ser por un suceso que perturbó su cotidianeidad.

–¡Quién mierda te crees que eres!– Lorraine cerró la puerta furibunda, tras de sí.

Vladimir levantó la vista de su libro, impasible. En la oficina alumbrada débilmente por los escasos rayos de sol otoñal, la chica se erguía colérica, con el mismo semblante amenazante de un gatito. Vladimir suprimió una sonrisa.

–Te recuerdo Lorraine que aquí, soy tu maestro, más respeto por favor– le recordó él, con tranquilidad desesperante.

–Te dije que no te metieras en mis asuntos.

–No sé a qué te refieres Clark– se sacó los lentes, mirándola directamente a los ojos. Conocía el motivo de su cólera, mas, no lograba entenderla. El impulso de rodearla con sus brazos, palpitaba en su interior, cada vez que miraba sus ojos tristes.

–¿Con que no sabes ah? Pues gracias a ti me sacaron de clase para ir a una charla con psicólogo. ¿Estás conforme?– al no ver reacción por parte de Vladimir, Lorraine siguió hablando. –Ahora quedé como una loca frente a toda la clase.

–¿Eso es lo que realmente te importa?– denotó Vladimir con desprecio. Lorraine golpeó el escritorio con la palma.

–No es solo eso, es, todo, es... son mis asuntos, no te metas en mi vida. No más.

Vladimir rodeó el escritorio quedando frente a ella. Volvió a mirar sus ojos tristes y la envolvió en un abrazo cálido. Entre tanto, posó su barbilla sobre su nuca y comenzó a acariciar su cabello. Ella con brazos lánguidos a su costado, se limitó a escuchar los latidos de su corazón.

Eran erráticos, como los suyos.

Quería empapar su impoluta camisa. Caer de rodillas en el suelo, golpear su pecho con puños furiosos, arañar su rostro vacío de expresión. Saltar por la ventana, dejarse caer, confiar. No obstante, se limitó a poner las manos en su pecho y alejarlo. Antes de salir de la dependencia, echó un breve vistazo a su cara.

Parecía esbozar una ligera sonrisa torcida.

*****EN REMOLINOS**

Habían pasado semanas, desde que no salía con sus amigas al centro comercial. Más específicamente, semanas desde que no salía a ninguna parte con sus amigas. Las mismas exactas semanas, que llevaba saliendo con Gabriel.

Lorraine, lo asimiló como una mera coincidencia. Caminaron por el amplio hall de la estancia, buscando nada en particular, mientras comentaban el último examen de francés. Lorraine, asentía a intervalos, captando la mitad de la información, pues su concentración estaba en el móvil en sus manos.

Según el servicio de mensajería, Gabriel se había desconectado hace media hora, no obstante, su último mensaje, lo había recibido hace 90 minutos, pues según él, habían adelantado su práctica de polo.

–¡Lorraine!– Julia la observaba con el entrecejo fruncido, Anna se limitó a rodar los ojos. –Alch, ya suelta ese teléfono por favor– La aludida asintió y mandó un último mensaje.

Aquella tarde estaría completamente dedicada a sus amigas.

Las tres señoritas, con el uniforme del Nido de Águilas, charlaban animadamente, en la terraza de la cafetería de una conocida cadena. Los rayos de sol, apenas calentaban su espalda y una ligera brisa despeinaba sus cabellos.

Lorraine inhaló el aroma de su café americano, mientras miraba con un deje de envidia los latte macchiato de sus compañeras.

–Wow este *cinnamon roll*, está buenísimo– dijo Anna a la vez que se servía otro bocado del pastelito de 408 calorías.

Lorraine se limitó a sonreír, ignorando como se retorció su estómago. Bebió un sorbo de su bebida, para que no le sonara la tripa y continuó alargando la charla trivial con la que se entretenían sus amigas.

Pasaron por diversos temas, hasta detenerse en uno particularmente incómodo. Comentaron la efectiva dieta de Julia, que tan maravillosos resultados le estaba dando y a continuación preguntaron por la suya. Entre sonrisas forzadas y bocados a su pastelito que terminaban en una servilleta o en fondo de su taza de café, compartió sus métodos para mantenerse saludable. Sonaba tan convincente y segura de si misma, que

hasta ella se creía la sarta de mentiras que salían con naturalidad de su boca.

Las muchachas sonrieron complacidas y cambiaron de tema. Ahora el foco de atención era la relación de ensueño que tenía con Gabriel, alias su príncipe azul. Lorraine, no escatimó en adjetivos y virtudes para ensalzar lo buen muchacho que era.

Casi rozaba la perfección. No existía alguien más caballero, atento y cariñoso que él. Su único defecto era su negativa de conocer a su madre. Ella, lo defendía, tal vez se debía a su timidez y la figura imponente y autoritaria que representaba Carol.

Omitió pequeños detalles de su relación.

Cosas irrelevantes para ella.

Como la vez que en un arrebato de furia la había dejado sola en el parque que habían visitado durante la tarde-noche un fin de semana.

O la vez que discutiendo, le había gritado que estaba loca, porque había revisado su celular. Asumía que había sido su error. El dispositivo había sonado notificando un mensaje entrante y movida por la curiosidad revisó el contenido del mismo. Eran *nudes*, que le enviaba su mejor amigo. La discusión se había desatado, concluyendo con su llanto, mientras él la echaba de su habitación y de su casa a empujones.

Lorraine bebió un sorbo de su amargo café, para deshacer el nudo en su garganta. Recordar aquellos eventos que se esforzaba por olvidar, ensombrecían un poco su ánimo.

Julianne y Annastasia, se alegraron desde el fondo de su corazón por la buena racha en el amor, que ostentaba su amiga. A veces, medio en broma, medio en serio, solía quejarse de que le acechaba la mala suerte en varios aspectos de su vida.

Lorraine aparentaba reaccionar favorablemente, ante las frases sin significancia con las que sus amigas intentaban subirle el ánimo.

Alegres continuaron charlando hasta que el crepúsculo pintó el cielo de rosa y amarillo.

PRONTO SU MÓVIL COMENZÓ A SONAR

*****CAMELIA**

Subió hasta llegar al departamento 218. Buscó en sus bolsillos la llave.

Adentro solo se encontraba Lorraine, bebiendo café en la encimera de la cocina.

Frente a ella cruzando el umbral de la puerta, hacia acto de presencia Vladimir. Como un cuervo acechándola, con su perpetua presencia, abriendo la boca solo para pronunciar palabras de pesadilla, recordándole que no saldría de su vida nunca más.

Bebió con rapidez su café y tiró descuidadamente la taza al lavaplatos. No soportaba un segundo más su cínica presencia. Se dirigía a las escaleras cuando su muñeca fue atrapada por la mano de él.

–Sigues yendo a terapia, o ¿en vez de eso te escapas con tu novio?

La mancha de sudor en su pecho, era casi invisible sobre su camiseta negra, que ocultaba su esculpido pecho, sus brazos descubiertos, dejando ver sus tonificados bíceps. No los había sentido musculosos rodeándola,

sino cálidos y acogedores. Lorraine frunció el ceño, con su habitual máscara de desagrado.

–Eso no te incumbe, ni te importa– intentó zafar su muñeca, pero Vladimir aplicó más presión.

–Me importa tu salud Lorraine, y no quiero que descuides algo tan importante, por un amorío pasajero.

Lorraine se mordió el labio, fulminando la cara de póker del intruso.

– ¿Me vas a dar una lección de vida? ¿De romance? ¿Tú? Por favor no me hagas reír.

Aquel ataque pilló a Vladimir desprevenido. La chica aprovechó para arrancar la presa de entre sus dedos. Su cara de consternación, digna de ser retratada, le arrancó una sonrisa de triunfo. Casi con entusiasmo subió las escaleras rumbo a su habitación.

Su móvil llevaba varias vibraciones intermitentes lo cual solo podía significar una cosa. El panel de notificaciones tenía varios mensajes.

Todos de él.

*****LONELY DAY**

Carol apenas había preparado la cena. Suspiraba entre tanto separaba la pasta del plato.

Lorraine evidentemente emocionada ante la ausencia del intruso comía en silencio. No obstante, la presión del melancólico ambiente a causa del abatido ánimo de su madre, pudo más.

–¿Sucede algo?– preguntó mientras su semblante se apagaba.

Luego de un suspiro que duró una eternidad, Carol le sostuvo la mirada.

Los ojos lacrimosos de aquella mujer hicieron que se le apretara el corazón. Bebió refresco, con la intención de deshacer el nudo en su garganta.

Escucho sin poner mayor atención las quejas y lamentos de Carol. Su decaído ánimo no le permitía más que asentir y pronunciar monólogos cuando la situación lo ameritaba. Rápidamente perdió el apetito y las ganas de seguir sentada allí.

Necesitaba la soledad de su habitación.

Allí, quiso continuar con uno de los tantos cuadros que tenía inconclusos.

Trazó unas cuantas líneas al azar, para darle forma, no obstante, le parecieron flojas, vacías.

Frotó sus entumecidas manos, mientras observaba el retrato frente a sí.

Siguió intentándolo, sin resultado. La actividad se estaba volviendo tediosa. Tal vez debería dedicarse a otra cosa, como colorear aquellos trabajos listos, pensó.

Mas, aquel parecía ser uno de esos días. Esos días donde no tenía ni fuerzas ni ánimos para dedicarse a lo único que despertaba un remoto interés en ella.

*****CLOSER**

Era viernes, a la medianoche.

Un pequeño grupo de jóvenes se congregaban en la improvisada pista de baile, rodeados de las mesas con tragos y comidillo. Con latas de cerveza y cocteles sofisticados en alto, sacudían el cuerpo al ritmo de las últimas canciones de moda.

Sobre el sofá, arrinconado cerca del ventanal, Gabriel y Lorraine, estaban acurrucados, en una atmósfera de cómplice silencio. A intervalos, la muchacha trazaba círculos con su índice, sobre su camisa azul claro. Alzando la voz para hacerse escuchar, por sobre el ruido de la música, Lorraine, comenzó a hablar, recibiendo cabeceos por respuesta de parte de su compañero. Cuando ella desvió la conversación hasta un tema nihilista, Gabriel aburrido como estaba, comenzó a besarla para acallarla. Era una chica bonita, cuando cerraba la boca y no dejaba entrever ese lado tan desesperanzado suyo.

Ella respondió envalentonada por los varios grados de alcohol que corrían por sus venas. Él interpretó su intensidad, como que estaba dispuesta a *algo más*, y tomándola de la mano, se dirigieron hasta un lugar más apartado del departamento.

Lorraine se dirigió a trompicones hasta el cuarto de lavandería, sin saber con exactitud, a donde iba y con quien estaba.

Cerró la puerta con seguro y encendió las luces.

Tambaleándose, la chica cruzó los pies en una mala maniobra y casi cae al suelo, de no ser por sus rápidos reflejos que la sostuvieron a tiempo.

La tomó por la cintura y la sentó situó sobre la secadora, quedando ella unos centímetros por sobre su cabeza altura. Sus zapatos de tacón cayeron de sus pies ante el movimiento.

La habitación de un impoluto blanco, estaba perfectamente ordenada. Una canasta de ropa sucia se interponía entre la lavadora gris y la secadora blanca sobre la cual, la chica apenas sostenía la cabeza.

Gabriel besó sus labios, para deslizarse hasta su cuello y detenerse en sus senos. Bajó la cremallera de su vestido oscuro, y los dejó al descubierto. Eran proporcionales a sus palmas. Pudo sentir el calor que desprendía su piel, su suavidad, su sabor.

La chica, entre movimientos torpes y balbuceos ininteligibles, intentaba comunicarle algo, mas él estaba ensimismado en capturar cada detalle de su torso desnudo.

Adentró una mano hasta la calidez de su entrepierna. Entonces los incoherentes titubeos, cobraron forma de débil súplica. –Gabri...el... no– denotó ella, con un suspiro. Con solo posar sus manos, sobre sus piernas, estas le dieron la bienvenida, abriéndose gentilmente.

–Gabriel...No... Aquí no...– murmuró la chica. Era levemente consciente de lo que acontecía y el rumbo que estaba tomando aquello.

Él hizo caso omiso, interpretando sus lamentos, como incentivos. Ella *quería* aquello.

Sin más preámbulos, tomó el control de la situación, reduciendo a Lorraine a una muñeca desprovista de voluntad.

Desde el salón, la música penetraba cada rincón del departamento, llenándolo del espíritu fiestero de un viernes pasada la medianoche.

Él llevó la mano hasta su boca para acallar sus gemidos, ante la mirada perdida de la muchacha.

Lágrimas cálidas surcaban su cara carente de emoción, mientras detrás del pitido en sus oídos, se filtraban los jadeos de Gabriel y la melodía de una canción. Pudo identificar "Closer" de Nine Inch Nails, a la vez que un cuerpo extraño exploraba su interior.

Ya era demasiado tarde para lamentarse o siquiera emitir una queja. Sin fuerzas, dejó caer su cabeza, sobre el hombro de su novio, mientras sentía sus estocadas firmes contra su intimidad.

La extraña sensación, no duró mucho. Pronto su miembro dejó de estar erecto, vaciando su contenido en sus zapatitos de tacón.

Gabriel acomodó su ropa, mientras Lorraine se derrumbaba sobre si misma, como una muñeca de trapo, desprovista de vida y de emoción.

Entonces lo supo...

Era un objeto inanimado.

Una muñeca de trapo, que solo servía para satisfacer necesidades ajenas.

*****LAS NIÑAS QUIEREN VERSE BIEN...*****

Consultó la hora en su reloj, y se reclinó sobre el capó del vehículo, encendiendo un cigarrillo. Era una noche sin luna; cubierta por las nubes, se ocultaba en el cielo carente de estrellas.

A pesar del clima frío, ella asomó por la entrada del edificio descalza y con un corto vestido negro, nada más.

Presuroso fue en su encuentro. La chica dio unos pasos y se dobló sobre su propio cuerpo. Él apartó los cabellos de su rostro, para que no fueran salpicados por el vómito. –Lo siento– murmuró, cuando hubo vaciado su estómago. –Da igual– le respondió él, encogiéndose de hombros. Su primera borrachera, había sido algo parecido.

Se quitó la chaqueta y en un acto de cliché caballerosidad la cubrió con ella. Una mueca de disgusto torció su gesto al rozar su piel fría y notar lo prominente de los huesos de su clavícula y hombros.

Lorraine avanzó con dificultad hasta el vehículo, pero con algo más de lucidez. Él a su lado custodiaba sus pasos.

Quería que la abrazara, que le transmitiera su calor y le dijera que lo que había acontecido hace instantes atrás era un mal sueño, una broma de mal gusto que le había jugado su sub-conciente.

En aquello que era único e irrepetible, no lograba concebir ni un ápice de aprecio, ni de calidez; aún tenía la sensación de frío de la secadora contra su culo.

Las cosas nunca salían como esperaba. ¿Era producto de sus malas decisiones? ¿O acaso la mala suerte la acechaba? Habían muchas cosas que estaban fuera de su control. Su vida era parte de ellas. Era un velero que se dejaba arrastrar por la corriente, sin encontrar tierra firme en la que varar.

–¿Y tus zapatos?– preguntó Vladimir con la vista al frente, concentrado en la ruta.

La muchacha, ante una consulta tan trivial, no atinó a nada más, que esconder el rostro entre sus manos y echarse a llorar.

Esa mañana tuvo una discusión con su madre, por algo tan trivial como el oponerse a asistir al instituto.

Su aspecto y su ánimo eran lamentables. Los ojos hinchados y enrojecidos, delataban que no había dormido bien la noche anterior. Sin embargo, para Carol aquello era irrelevante.

–Tienes que ir al instituto, es tu deber.

Lorraine rodó los ojos, poniéndolos en blanco. A veces se cuestionaba si su madre disfrutaba haciéndola miserable. Tal vez era su forma de vengarse, por motivos inexistentes, claro.

–Carol, por favor... no me siento bien– esperaba que su infalible mueca de malestar, volviera a funcionar. Ahora fue Carol la que puso los ojos en blanco.

–Nena, las resacas no son excusas para no ir a clase.– Derrotada Lorraine suspiró.

Resaca. Tal vez se le podía denominar resaca, al agotamiento que le había provocado llorar, hasta el borde de la deshidratación. La resaca por alcohol, tenía síntomas similares.

A aquello podría llamársele resaca por sobredosis de realidad. De horrible y decepcionante realidad.

Dirigió sus pasos hasta las escaleras.

Su madre seguía bebiendo su café en la encimera de la cocina. Al cruzarse con Vladimir agachó la cabeza para que el no fuera capaz de ver el amasijo de tristeza que era su cara en ese momento.

Ni siquiera su té de lavanda y miel, le había confortado la noche anterior.

*****ROSA PASTEL**

Fueron largos días en casa. Encerrada en su habitación, saliendo exclusivamente para cubrir sus necesidades básicas. Apenas comía, hasta que al 3er día, no comió más. Involuntariamente comenzó un ayuno, que culminó con un atracón que la hizo vomitar de manera instintiva. Su cuerpo, no fue capaz de tolerar, tal cantidad de comida en tan pocos minutos. Entonces retomó el ayuno y continuó con su insana práctica, hasta que agotó todas sus fuerzas.

Ahora limitaba sus movimientos desde la habitación hasta el cuarto de baño.

Encorvada, sobre la cama, abrazando sus piernas, observó el desastre que era su habitación. Las cortinas corridas, apenas dejaban ver el cielo encapotado de nubes grises.

Con el rostro oculto entre sus manos, dejó que las lágrimas barrieran su cara y el corazón se le oprimiera de angustia. Las pesadillas la acechaban, confundiéndose con recuerdos, que no le dejaban conciliar el sueño.

En lugar de Gabriel, era otro el que recorría con sus manos su cuerpo desnudo; un hombre de mediana edad, que tenía un sorprendente parecido con uno de los ex-novios de Carol. Ambos compartían la misma sonrisa, cargada de lascivia.

Cada noche, quería explotar en llanto, maldecir su suerte, su inconsecuencia.

Mas, de nada servía lamentarse. Era el momento de razonar, con la cabeza fría, sopesar sus posibilidades.

Evitar la decadencia que se avecinaba.

***SHADOWSIDE

El sonido acusador del mensaje entrante, llenó la sala sumergida en silencio. Lorraine estiró la mano y alcanzó el aparato, para luego lanzarlo con furia lejos de sí.

El móvil siguió sonando, avisando nuevas notificaciones.

La muchacha apretó las manos en puños, clavando con fuerza las uñas en sus palmas.

Hace unas horas, Anna anunciaba su admisión a la escuela de derecho, en la prestigiosa universidad, donde generación, tras generación su apellido se había destacado, ganándose el respeto de los académicos y alumnos antiguos y recién ingresados.

Julia no se dejaba opacar. Al darse por enterada de la novedad, inmediatamente presumió de sus logros. Cinco de las universidades más reconocidas del país la habían llamado para comunicarle, que sería un honor tenerla entre sus alumnos.

Fotos de cartas de admisión con letra cursiva, enmarcando la palabra aceptada y una elegante firma avalaban la veracidad de las mismas.

Lorraine tecleaba emoticones y frases de felicitaciones, en la justa medida. Ni demasiado alegres, ni demasiado opacas. El teatro de "*buena amiga*" comenzaba y era menester no dejar nada al azar. El camuflaje que le daban las RR.SS era el idóneo, no podía darse el lujo de desaprovecharlos. Se deshacía en felicidad por sus amigas en la pantalla del móvil, mientras que tras de ésta, tecleaba con dientes apretados y lágrimas en los ojos.

Era una persona horrible, vil, envidiosa. Una muchacha fea.

Pasó con brusquedad las manos por sus mejillas, con la intención de arrastrar no tan solo el llanto que se desbordaba, sino también la animosidad que se arremolinaba en su pecho. No era una mala persona, no era una mala amiga, no quería serlo, pero eso no bastaba. Por más que lo deseara, por más que lo intentara con todas sus fuerzas, la genuina alegría por los logros de sus amigas no llegaba. Tan solo había resquemor porque ellas habían conseguido lo que ella no. Y ahora parecían enrostrárselo, glorificando su triunfo por sobre su fracaso.

Fracaso.

En cualquier minuto, a solas, se hacía presente el sentimiento de fracaso, como un axioma.

Su móvil vibró. Movida por la curiosidad, verificó el panel de notificaciones. Su grupo de amigas inquiría el por qué, de su ausencia en el chat grupal, además de preguntar, cómo estaba. Cómo estaba, ni ella misma lo sabía. Bueno, sí. Se sentía hundida, amargada, desesperanzada, al borde de la desesperación, del colapso. Tiró el móvil a un lado, estrellándolo casi, contra la pared. Más tarde respondería sus mensajes, con una falsa disculpa, y caritas de chat sonrientes. Todo se caía a pedazos en su interior, todo en lo que creía, era una mentira, todo lo que hacía estaba mal, y aun así esa no era la peor parte.

Tal vez estaba equivocada. Tal vez solo querían compartir su alegría. Mas, cada palabra era una espina que se clavaba donde la herida seguía a carne viva.

No pudo seguir el hilo de su conversación banal y presuntuosa. Sus ganas de destruir el teléfono inteligente con el pie, eran más grandes, de manera que optó por la opción más razonable y se alejó del ruidoso aparato.

Sola, en la habitación de paredes rojo oscuro, rodeada de unos pocos muebles, clavó la vista en un cuadro terminado que descansaba sobre la muralla.

Quizás, sería saludable desquitar su ira en él. Después de todo, se reducía a pintura desperdiciada, en un pedazo de tela inútil.

En eso se convertían todos sus intentos de crear algo con esmero.

Fracasos que resultaban ser pérdidas de tiempo, de dinero. Todos sus esfuerzos desembocaban en nada. ¿No se esforzaba lo suficiente? ¿Debía dedicarse más, hasta rozar la perfección? Tal vez. Eso era lo correcto. Sonreír, alegrarse desde el corazón, perseverar. Eso hacían las buenas personas. Eso suponía, pues su entorno, no le permitía aseverar con certeza si era así como se comportaban los seres humanos dotados de moral. Posiblemente, en el Nido de Águilas, había personas con una moral elevada, mas carecían de un corazón bondadoso, amable siquiera. Aquella institución realmente no era más que un nido de cuervos.

Entrecerró los ojos, con párpados adoloridos. Pronto su cabeza comenzaría a martillar. Quizás, era un aviso de que algo no funcionaba bien en ella, la manifestación de demonios que se apoderaban de sus órganos, dejándola como la sombra de un muerto en vida. Quería desterrarlos, arrancarlos de su piel, no obstante, se escabullían entre su epidermis, llegando hasta su carne, corroyendo sus huesos.

Luego de una larga pausa el móvil guardado en los bolsillos de su suéter, volvió a sonar. Impulsada por morbosa curiosidad, observó el aparato. Una fotografía de Anna y sus padres llenaba la pantalla. Orgullosos y sonrientes, abrazaban a su hija, en una improvisada *selfie*, en un reconocido restaurante de la ciudad. Al pie de la foto, una breve descripción que Lorraine no fue capaz de leer. Algo así como "celebrando la buena noticia" alcanzó a visualizar, antes de deshacerse del *smartphone*, como si de un explosivo se tratase. Había leído un breve artículo, de dudosa fuente, acerca de la envidia y las redes sociales. Que el ver como presumían de sus triunfos, nos hacía vulnerables a tal desazón.

Lorraine restregó sus ojos, para luego apoyar sus palmas en el suelo e incorporarse. Ojalá pudiera escudarse en aquello, mas, eso sería engañarse a sí misma. Sólo consigo lograba sincerarse dejando al descubierto su lado feo.

Arrastró los pies hasta su habitación, con la intención de deshacerse de sus cadenas. Pronto encontraría el valor para liberarse por completo de ellas para siempre.

Por los pasillos desolados, paredes desnudas la flanqueaban. Recordó las murallas de la casa de Anna. Su *hogar*, estaba repleto de fotografías familiares, por aquí y por allá. En medio de la amplia sala, un piano de

cola. Luego de la cena, el amoroso padre, tocaba piezas clásicas a pedido de la encantadora madre.

Anna gozaba de una familia hermosa y convencional. Bien constituida, cariñosa. Como la que ella soñó alguna vez. Como la que quería y nunca tendría. Soltó una carcajada alegre, que se perdió entre el sonido de sus zapatos contra el suelo. Estaba cavilando como una niña berrinchuda, con problemas de primer mundo. Envidiando a su amiga porque ella tenía metas y logros, mientras que ella no. Codiciando su familia perfecta, mientras ella no tenía ni siquiera la atención de su madre.

No la necesitaba, de cualquier forma.

Ni a ella.

Ni a nadie.

*****AL VACÍO**

Durante una semana, que pareció eterna, no respondió sus llamadas, ni sus mensajes, ni hizo acto de presencia en la preparatoria. Cuando por fin se vieron, no hicieron más que discutir.

Gabriel, desató su ira, golpeando la pared con sus puños, provocando que Lorraine temblara de miedo. Ella le recriminó aquella actitud, que calificó de absurda, mientras él la acusaba de estar interesada en otra persona, pues no encontraba otra razón, para que no hubiera atendido sus intentos de comunicarse con ella. Lo había estado evadiendo, después de que se habían conectado como uno solo, a nivel físico y espiritual.

Lo que Gabriel desconocía, es que Lorraine estaba avergonzada.

No sabía cómo afrontar el hecho de que había perdido la virginidad en tan vergonzosas circunstancias, así como, el rechazo que le provocaba.

Después de que su fantasía de que ese memorable momento, tendría toques de misticidad y ternura, fuera destrozada, constantes pesadillas la acechaban. Más específicamente, una se hacía presente robándole el sueño y la tranquilidad. En lugar de su novio, era el ex-novio de su madre, aquel hombre anterior a Vladimir, el que a la fuerza, intentaba desflorarla.

Gabriel se sentó al borde de la cama y se masajeó las sienes. De sus nudillos, brotaba un fino hilillo de sangre. Lorraine, lo imitó, en un sutil ademán. Apoyó su cabeza, sobre su hombro y acarició su fornido brazo. Estuvieron largo rato en silencio, en el que ordenó sus ideas, con el fin de darle una explicación coherente, a aquello, que ni siquiera ella misma terminaba de desentrañar.

El dispositivo móvil sobre la mesita de noche, sonó indicando un nuevo mensaje entrante. Deshaciendo su abrazo, Gabriel se incorporó para alcanzarlo. Lorraine continuó en su sitio, observando sus movimientos.

–Voy a salir– denotó Gabriel, cogiendo su chaqueta de encima de la silla del escritorio.

–Saldrás con ella...

No era una pregunta.

Él puso los ojos en blanco y frotó sus nudillos con una prenda que encontró en el suelo.

–No sé de que hablas Lorraine.

–De Katherine, es tan obvio que sigues enamorado de ella...– Quería que negara sus palabras. Los momentos que antecedieron su respuesta fueron una tortura lenta, que la empujaba al borde de la agonía, rozando la locura.

–Me estás cansando Lorraine, tú y tus celos enfermizos. Lo había arruinado. Un escalofrío recorrió su espina. Sus manos temblorosas se cubrieron de sudor y el corazón le comenzó a latir desbocado.

–Gabriel...

Se incorporó, temerosa de que sus piernas fallaran bajo el peso de sus errores. No quería perder lo único preciado que tenía.

–Lo siento...

Había repetido tantas veces esa frase a lo largo de su –breve– pero intensa relación, que ya carecía de sentido. Mas, no encontraba otra forma de disculparse y demostrarle lo mucho que le apenaba su rechazo, la inseguridad que le provocaba esa chica. Era una amenaza que se manifestaba de muchas maneras. Una sombra de la que no podía huir.

–Aah, Lorraine...– suspiró Gabriel.

Se situó frente a ella y levantó su mentón. En sus ojos vidriosos, se reflejaba la sonrisa socarrona de él.

–Qué tal si...– le propuso una reconciliación, en la que ella de rodillas, daba su mejor esfuerzo, para lograr su perdón, mientras él se entregaba al deleite.

La chica, no se lo pensó mucho ¿Qué otras opciones tenía?

Obediente, se puso a disposición de aquel que minutos antes había concretado una cita con su ex–novia, en un motel en las afueras de la ciudad.

Amparada por la oscuridad de la medianoche, exploró sus superficies de placer, en la soledad de su habitación.

El recuerdo de aquella tarde seguía fresco en su memoria, mas, Lorraine no suspiraba el nombre de su novio.

Era otro el dueño de las fantasías que hacían que su cuerpo se sumergiera en un breve y placentero espasmo.

Interrumpió su acelerada carrera por alcanzar la satisfacción. Silenciosa observó como su pequeño espectáculo se derrumbaba. Allí solos su conciencia y ella, se permitió un efímero lapso de sinceridad para consigo. Abrazó su cuerpo desnudo y llevó las piernas hasta su pecho, fantaseando con que eran *sus* brazos protectores y cálidos los que la envolvían, mientras *él* susurraba dulces mentiras a su oído.

*****DENTRO DE MÍ**

Luego de una inusual noche de viernes, sobrevino una apagada mañana de sábado.

–¿A qué hora se fue Vladimir?

–No lo sé y sabes que no me importa.

Carol entornó los ojos. Lorraine la ignoró. Una parte de ella quería olvidar todo lo ocurrido aquella semana, incluyendo su tarde-noche de viernes. La

otra, quería atesorar esa noche como ninguna, o al menos los fragmentos agradables.

Carol apoyaba los codos en la mesa, mientras se masajeaba la sien. La desesperación estaba escrita en su rostro y amenazaba con apoderarse de su cuerpo y su alma. Las cosas no estaban saliendo como las planeaba. Probablemente Vladimir sospechaba de sus reuniones; era el peor escenario posible, el que ponía en riesgo todo lo que más quería. El segundo escenario y el más probable, era que se hubiera ido de parranda o reunido con una mujer. La misma que estaba causando su actitud fría. Le dio un sorbo a su café con leche, mirando con desconfianza a la muchacha sentada a su lado.

–¿Y... qué tal tu viernes nena? ¿Saliste con tu novio?– Lorraine sacudió la cabeza.

–¡Cómo que no! Nena ¡aprovecha la juventud! ¿No te invitó a ningún lado el hombre?

–No existe tal cosa como un novio Carol.

–¿Ah no?

–No.

–¡Vaya! Oh nena, puedes tenerme confianza. Dime, ¿ya lo hicieron? ¿O estoy a tiempo aún de llevarte al ginecólogo? Puedo sacar hora con el mío.

–No es necesario.

–Ah. Entonces se están cuidando supongo.

La muchacha puso los ojos en blanco, al tiempo que se le escapaba un suspiro. En momentos como ese, extrañaba la presencia del intruso. Él mantendría ocupada a su atolondrada y habladora madre. Como si de un milagro se tratase, escuchó el golpeteo de unos nudillos contra la puerta. Carol salió disparada a abrir. Era él. Envolvió los brazos alrededor de su cuello e irguió la cabeza para atrapar sus labios en un beso.

–Debemos hablar– su voz grave y su rostro carente de emociones, helaron su corazón, menguando el entusiasmo producido por su llegada.

–Como quieras amor.

Tomados de la mano, se encaminaron hasta la habitación que compartían. Lorraine, imitó a su madre y dejó a medio terminar su café. Salió al balcón y encendió un cigarrillo.

Era la mañana perfecta para uno.

*****DON'T LEAVE NOW**

Con el estómago abultado y las manos cubiertas de restos de comida, lentamente se acomodó sobre la alfombra de la habitación, hasta quedar en posición fetal.

Aquella tarde de viernes habían discutido como tantos otros días.

La diferencia radicaba en que encerrados en la habitación de Gabriel, él había gritado vulgaridades, que realmente hirieron su autoestima y su orgullo como mujer.

Con una sonrisa burlona, que mutaba en débiles carcajadas, le recriminó que no sabía ni siquiera darle placer como era debido. Que era una mocosa inmadura. Que todo lo solucionaba con lloriqueos.

Entonces, la tristeza se convirtió en ira y todos los insultos fueron regresados –o eso me gustaría decir.–

–¡Vete al demonio Gabriel!– tibias lágrimas se desbordaban por su rostro. El aludido, despegó la vista de su móvil con sorpresa. Él, había dado la discusión por concluida y estaba esperando que ella se fuera.

–¿Qué mierda te pasa Lorraine?

–¡Váyanse al demonio, tú y esa estúpida!

Otra vez la misma cantaleta. Gabriel se restregó los ojos, se incorporó y tomándola de los antebrazos comenzó a sacudirla.

–¡Estás loca! ¡Deja de repetir estupideces Lorraine!

Lorraine lo miraba con ojos desmesuradamente abiertos. Sus palabras vacías de significado, no habían sido del todo procesadas por su cerebro. Su cabeza estaba llena de sus ojos inyectados de sangre y cólera, así como de la sensación de sus dedos clavados en su carne.

Lentamente, la chispa en su mirada se apagó, dejando bajo la piel de la chica los rescoldos de su furia. La soltó y sentándose nuevamente en el borde de la cama, centró su atención en el dispositivo móvil.

Ella aturdida y en silencio, recogió sus cosas y abandonó la habitación.

Le dolía la cabeza –y el estómago–. Durante lo que quedaba de viernes, se había dedicado a rememorar cada momento, cada detalle de lo que había acontecido en la casa de Gabriel, hilando situaciones con escenarios diferentes, repasando el peso de sus acciones.

La certeza de que lo había arruinado la angustiaba, mas la incertidumbre de que tal vez había cometido un error irreparable, la aterraba.

Rodeada de envolturas de golosinas y latas de gaseosa, pasó horas, cuestionándose si todo había terminado o estaban atascados en un punto muerto sin retorno.

*****THE LIGTH SHE BRINGS**

Con los ojos hinchados y adoloridos, Lorraine revisó su móvil.

No habían notificaciones, de mensajes, ni de llamadas. Había llegado a su fin.

Intentó dar un suspiro para aliviar la su pecho acongojado, no obstante, solo logró un jadeo desesperado en busca de aire. Continuó con su llantina silenciosa, abrazando sus piernas y apoyando la cabeza en sus rodillas.

Trozos de papel *tissue*, manchados con sangre desperdigados por el suelo y una botella de alcohol medio vaciada, eran su única compañía.

Los recientes cortes en sus piernas, estaban rodeados con restos de sangre seca. Con ojos lacrimosos las limpió. Repitió la acción con el pequeño objeto corto punzante. Ahora estaba brillante y esterilizado.

Se acercó al espejo, con la blusa descansando a sus pies. En los brazos marcas imperceptibles. Una que otra que destacaba, tal vez, la presión de sus pulgares. Dio un suspiro.

Aquella tarde, había sido un desastre, como todo en su vida últimamente.

La luz de esperanza, que le indicaba que las cosas estaban mejorando –en algo– había resultado ser solo un espejismo; como si en medio de un desierto el oasis que había creído encontrar, no fuera más que amarga

arena. Debía seguir vagando en la oscuridad, con luces que no eran más que terroríficos rayos; caminando agotada hasta desfallecer. Las palabras pronunciadas por el muchacho, para atormentarla, resonaban en su cabeza.

El recuerdo de su tortuoso encuentro, tomaba lugar.

Finalmente había confirmado aquello que tanto temía. Gabriel la engañaba. Nunca había superado a Katherine.

Ella no era más que un pasatiempo, del que ya se había cansado. Aquella tarde, reunidos en su habitación, con los últimos rayos de sol de la temporada, filtrándose por la ventana, la descartó, como si fuera un objeto desechable, cuya vida útil había terminado.

Lorraine, comenzaba a mostrar el lado feo de su personalidad, aquel que tanto se esforzaba en ocultar, pero afloraba, ante la importancia que adquiriría su noviazgo para ella.

Quería que él la conociera, con las virtudes que se esforzaba por resaltar y los infinitos defectos que la hacían humana... y rota.

Porque se sentía incompleta y fuera de lugar. Defectuosa, pues, no lograba disfrutar de aquello que la hacía feliz; como aquella relación.

Tanto se había preocupado de que funcionara, de que fuera todo perfecto, de que Gabriel tuviera solo ojos para ella, que lo había arruinado.

Tal vez, no era su destino estar en pareja. Tal vez, no era el momento.

Pero lo necesitaba. Como una vía de escape, como un precedente de que ella también podía ser normal y continuar con su vida, a pesar de *aquello* que tanto su mente se esforzaba por retener en los oscuros recovecos, donde habitaban los malos recuerdos que alguna vez fueron reprimidos.

¿Cuándo su vida se había vuelto tan miserable?

¿Había tenido un minuto de paz, un rastro de felicidad?

Estaba tan sumida en lo amargo que le resultaba todo, que no podía recordar un momento bello, algo que le recordara que alguna vez fue capaz de sentir alegría. Su vida hace mucho tiempo era un túnel profundo y oscuro del cual no tenía escapatoria.

Parte III: Irreparable

*****HOW TO DISSAPPEAR COMPLETELY**

Ya no sería una molestia para nadie, se convenció a sí misma, infundiéndose valor.

Con manos temblorosas tomó el frío y puntiagudo adminículo. Miró su piel expuesta, vulnerable y sintió el impulso de cerrar los ojos, tal vez, así fuera menos perceptible. Sacudió la cabeza. Eso era absurdo. Como lo que estaba ad portas de ejecutar. Con lágrimas en los ojos y los dientes perforando su labio inferior, Lorraine dejó que la hoja afilada penetrara en su carne.

Esa tarde se retiró más temprano excusándose con un trámite inexistente. Por la mañana revisó su expediente buscando algo fuera de lo común, sin éxito. Durante la hora de almuerzo, estaba revisando exámenes en su oficina, cuando recibió sus constantes llamadas. Una tras otra, breves e inútiles, pues no se atrevía a pronunciar palabra para revelar el motivo de

su repetitiva acción. Iba a decirle que dejara de molestarle –a eso de la doceava– cuando entre jadeos, escuchó su voz amortajada.

–¿Qué?– denotó él, al tiempo que aferraba el aparato móvil con fuerza.

–Ayúdame– la tímida súplica, era ahora un desesperado grito de socorro. Entre desgarrados sollozos, logró articular. –Por favor...

Apenas había dejado las llaves sobre el arrimo de la entrada cuando escuchó un sonoro lamento. Subió a grandes zancadas la escalera, hasta encontrarse con la desagradable escena.

Lorraine, en su habitación, sostenía un cuchillo con una mano, mientras que de la otra escurría sangre a borbotones.

–Que mierda acabas de hacer por Dios– se lamentó Vladimir, mientras buscaba algo con que detener la hemorragia.

La muchacha, gimoteaba aterrada, ante la cantidad de sangre que escapaba de su brazo. Ante tan patética situación, su miedo, se entrelazaba con la vergüenza de verse expuesta en tal engorrosas circunstancias. Los sollozos ahogados, atrapados en su garganta, le impedían respirar, provocando que su zozobra aumentara.

Vladimir comenzó a presionar su lacerado brazo con una toalla.

Los lamentos de Lorraine se volvían más sonoros.

Él posó una mano en su cabeza.

–Calma, estarás bien– ella intentó guardar silencio, fracasando.

–¿Puedes caminar?

Un débil cabeceo fue su respuesta.

El miedo a la muerte se hizo más palpable cuando su vista se tornó borrosa y sus piernas comenzaron a flaquear. Sus manos estaban frías.

No obstante, él no las apartaba de entre las suyas, cálidas pero temblorosas.

*****LAST FLOWERS TO THE HOSPITAL**

Llegó con su pequeño y lánguido cuerpo entre sus brazos.

Los colores habían huido de su cara y labios. El improvisado torniquete no parecía haber cumplido su cometido.

Vladimir dejó a Lorraine en urgencias, sin la certeza de que sus esfuerzos habían sido suficientes.

Estuvo largo rato, a la espera de novedades, sintiendo como si una pequeña parte de su alma lo hubiera abandonado.

En una estéril camilla de la immaculada sala, su rostro volvía a estar saludable, sus labios se teñían de carmesí y su pecho subía y bajaba con regularidad.

Vladimir apretó su pequeña mano llevándosela hasta la mejilla. El saberla viva era un alivio que nunca se imaginó experimentar. Volvió a observarla para alejar los malos pensamientos. Ella estaba allí, a su lado y jamás volvería a apartarse, no hasta que hubiera tenido una vida larga y plena. Suspiró, con el nudo aún apretando su garganta, aquel que no lo había abandonado desde que vio su delgado brazo cubierto de sangre. Con manos temblorosas rozó los vendajes que ahora lo cubrían.

Lorraine se removió, articulando un gemido. Sus ojos se abrieron de golpe, indagándolo con sorpresa.

Apenas abrió la boca, sus preguntas quedaron atrapadas en su faringe. Cruzando el umbral de la puerta, entre sonoros lamentos, se acercaba Carol, agitando los brazos.

–Lorrie, querida, ¡Lorrie! ¡Pero qué cosa tan horrorosa has hecho!– Con gráciles movimientos, se recostó sobre la camilla, abrazando la figura descolorida y de aspecto frágil. –Querida...– avergonzada y sorprendida, por la actitud que había tomado Carol, simplemente atinó a acariciar su cabello con trémulas manos.

Su madre, se separó de ella al apenas sentir su tacto, como si fuera impulsada por una corriente eléctrica.

Vladimir intentó alejarse de la conmovedora escena lenta y silenciosamente, con el propósito de darles más espacio e intimidad. Mas, de su cuello colgaron los brazos de Carol y en su mejilla chocaron sus labios, como muestra de agradecimiento.

–Querido, ¿qué habría sido de mi pequeña Lorrie, sin ti?

Su semblante fue celosamente monitoreado por Carol, quien al no notar nada que lo delatara, se permitió un pequeño relajo.

–Vamos a dejar un momento sola a Lorraine querido, ¿sí? Necesito un café para sacar todo este estrés.

Tomó la mano del objeto de su deseo y lo arrastró a la salida, limitándose él a apretar la mano de su mujer, mientras daba una rápida mirada a la chica que asaltaba sus pensamientos.

–¿Sabes cuántas reuniones tuve que suspender hoy, por la estupidez que hiciste?

Con las manos en las caderas y los ojos colmados de cólera, Carol descargaba su ira. Sentada frente a sí, con el semblante pálido y rostro inexpresivo, la responsable de su frustración.

–Reuniones con tu amante, querrás decir.

Un sonido sordo y breve inundó la sala. Lorraine llevó de inmediato la mano a su mejilla golpeada, mientras luchaba con las lágrimas que se amontonaban en sus ojos.

–No vuelvas a decir una estupidez como esa, sino quieres...

–Qué, ¿me vas a amenazar? ¿Con qué?– Su mejilla comenzaba a enrojecer, tanto como el rostro furioso de Carol.

–No te atrevas a decirle una palabra de aquello a Vladimir, sino haré de tu vida un maldito infierno mocosa de mierda.

–Ya lo es madre querida.

Guiada por un impulso cargado de ira, se abalanzó contra la chica, tomándola por los cabellos y arrastrándola por el suelo. La muchacha se limitó a protegerse la cara, de los desatinados, pero poderosos manotazos que iban directo a su cabeza.

Fueron eternos minutos de solitaria lucha. Aullidos implorando por que cesara, los cuales fueron respondidos con más violencia.

Carol concluyó al momento que sus manos encontraron sangre, donde antes había carne. Solo así fue consciente de su propio daño.

Con los brazos rodeando sus rodillas Lorraine se dejó irrumpir por la

sensación de *dejà vu*. La escena recién acontecida, la había vivido antes. Por diferentes motivos, pero con un factor en común. Intentó recordarlo, sin éxito. Vagos pasajes surcaban su memoria; la sala, su madre llorando, gritando, ella gritando aún más fuerte, mientras escupía palabras que herían a Carol. Carol arremetiendo con un despiadado ataque. La puerta principal, se abrió con un chirrido. –¡Amor!– seguido por aquella exclamación, el sonido de unos pies corriendo en dirección a la entrada. Carol sollozó instantánea y sonoramente en el hombro, de su amado. Lorraine a sus espaldas, sin cambiar de posición, limpiaba con el dorso de su mano, las lágrimas que aún tenía en el rostro. –¿Qué diablos pasó?– arrodillado al lado de Lorraine, Vladimir observaba preocupado. –Amor, te juro que intenté detenerla, pero ¡estaba completamente loca, arañándose la cara, los brazos! Gritando cosas horribles... ¡parecía que estuviera poseída! Fue un ataque de histeria espeluznante Vladimir, yo... ya no sé qué hacer– más superficiales lamentos. Carol se dejó caer en el sofá afligida, mirando a Vladimir, pues clamaba por su consuelo. Él se incorporó, luego de observar los brazos y algo del rostro de Lorraine. Cuando ella dejó de sentir, la calidez de su tacto, se incorporó y subió corriendo hasta su habitación. Los antes invisibles recuerdos la estaban acechando, tomando forma y color.

*****STIRB NICHT VOR MIR**

Se ausentó varios días en el instituto. Carol se lo permitió, pues ella era responsable del aquello. Los rasguños, a pesar de ser superficiales, destacaban en su faz. Lorraine volvió a acomodarse en el lecho. Mirando la pared, sin nada que hacer, nada en lo que pensar, decidió que debía terminar con todo. Intentarlo nuevamente. Estaba cansada. No habría tiempo para arrepentimientos, nadie le ayudaría esta vez. No habrían segundas oportunidades. Mas, le haría un favor al mundo. A Carol, al cretino, a Christian, a sus amigas. Dejaría de ser una carga. Quería dejar de serlo y sus métodos eran limitados. Aquel era el camino corto. Doloroso, pero fácil. Un último esfuerzo, solo una vez más. La puerta de su habitación se abrió abruptamente. En el umbral, con expresión molesta, se erguía Vladimir. La muchacha, se encogió un poco más, sintiendo que un nudo apretaba su estómago. –Se supone que a esta hora estarías en el psicólogo– inquirió con voz ronca. Ella se debatía entre darle la espalda o seguir aguantando su mirada intimidante. –Nunca dije que iría– Él apretó el puente de su nariz, con los dedos índice y pulgar, reuniendo paciencia. –Lorraine, ¿quieres recuperarte? –No tengo nada de lo que recuperarme, no estoy enferma. La única cura era que él se fuera de la casa y de su vida.

–Lorraine, estuviste a punto de suicidarte.

La chica fue incapaz de seguir sosteniéndole la mirada, desvió la vista hacia la alfombra carmesí, cubierta de polutas de polvo.

–Y luego de eso tuviste un ataque de histeria, ¿crees que eso es normal?

Lorraine luchó por contener su respiración agitada y las ganas de llorar.

Vladimir se puso en cuclillas frente a sí. Tomó sus frías manos entre las suyas, apretándolas ligeramente.

–Solo quiero ayudarte– parecía sincero. Preocupado. Amable.

Casi podía palpar el impulso de confiar en él. La chica se llevó las manos a la cara, sus hombros comenzaron a sacudirse de forma involuntaria, traicionándola.

Sus músculos se relajaron cuando unos cálidos brazos la rodearon, ofreciéndole amparo.

*****LO QUE PUDO SER**

Ese día como nunca se sintió humana. Supo que la vida tenía un propósito y no todo era dolor. Que habían días buenos y malos, no solo días malos, nefastos y otros menos malos.

Ese día, concibió la idea de que tal vez, la vida le deparaba algo. No obstante, el haberse revelado con aquel que consideraba su enemigo, la inquietaba. Se había mostrado vulnerable, –más aún– de lo que ya era evidente. Se sabía arrepentida, mas, al recordar la calidez de su abrazo y la indulgencia en sus palabras, el arrepentimiento desaparecía, dando paso a un torrente de sentimientos en cuya existencia no había reparado. Aquella noche, durante la cena, sus ojos estuvieron menos melancólicos que de costumbre.

Lorraine no estaba familiarizada especialmente con aquello que denominaban amor. No estuvo presente en su vida ni en forma fraternal, ni menos en forma romántica. Lo idealizaba como en las películas, libros y series.

Sin embargo, aquel dueño de sus pensamientos y suspiros, no era el muchacho apuesto y popular de preparatoria. Ni siquiera era de preparatoria. Tampoco era el chico rebelde sin causa, unos años mayor. La persona por la cual su corazón latía frenético, era la menos indicada. Era un imposible. Un amor obligado a ser platónico, dado lo prohibido e inmoral, que era su mera existencia.

Sacudió las cenizas de su cigarrillo, dejando que cayeran al vacío, desde el balcón. Una bocanada más de nicotina, para ir acortando su vida y terminar más rápido con su dolor.

Una semana, dejó Lorraine, para que sus heridas cicatrizaran, mismos siete días, de los cuales cinco se ausentó del instituto.

Siete días en los que incesantemente Vladimir, insistió, en que visitara un especialista. No se rindió ante las rotundas negativas de la chica. Fue día a día con diferentes opciones de médicos. Reservó horas a las que ella no asistió. Ni convencional, ni alternativa, la chica no dio su brazo a torcer. No obstante, abrió una pequeña brecha en su ser, que le permitió tarde tras tarde, conocerla un poco más. Breves charlas, antes de que hiciera acto de presencia Carol, que le dejaron ver la naturaleza simple y acabada de la chica. Efímeros instantes en los que intentó ampliar sus horizontes.

Ella lo observaba con menos rencor y sus ojos noche tras noche parecían menos tristes, su cara menos pálida.

*****ÁNGEL DE LOS PERDEDORES**

Es difícil ir tras los sueños, pensó Lorraine con la carta de la academia colgando de su mano.

La decepción, profunda, taladraba su corazón. Estaba preparada para el rechazo, mas, aquello se sentía como el más grande de los fracasos. No era lo suficientemente buena, en lo único que destacaba. No tenía talento. No servía para lo único que la motivaba a continuar, lo que la impulsaba a seguir respirando. Incesantes, las lágrimas resbalaban por su cara. Abrazó sus rodillas. En silencio rodeada de oscuridad, sucumbió a la desesperación.

Esa tarde Vladimir llegó algo más temprano del instituto. Carol no estaba en casa, tenía una muy importante reunión de negocios que se extendería hasta pasada la hora de la cena y Lorraine se suponía estaba en casa de sus amigas. Se suponía. La encontró sentada en el suelo de la habitación donde pintaba sus cuadros, con los brazos colgando a los costados y la mirada perdida. Sintió su corazón detenerse por un instante eterno. Exhaló un suspiro cuando la muchacha de ojos tristes, ahora rojos e hinchados, hizo un ademán de desprecio.

–¿Vienes a burlarte de mi miseria? Si no es así, lárgate. De cualquier forma, fuera– su voz era firme a pesar de lo lamentable que se veía. Él hizo caso omiso. Se acercó y en el entretanto recogió una carta.

Primeramente, distinguió el sello de una importante institución. Un rápido vistazo y lo comprendió todo.

–No te metas en mis asuntos, ¡lárgate!

Ahora su voz era más pastosa, ahogada, las lágrimas la traicionaban, fluyendo imparables. De rodillas el abrazó a la frágil y triste figura. Ella no tuvo fuerzas para oponerse a la calidez que ofrecía aquella acción.

Imperturbables a pesar del paso inexorable del tiempo, estuvieron un largo instante, abrazados en silencio, interrumpido periódicamente por los sollozos ahogados de la muchacha.

El calor que le proporcionaban su abrazo, era reconfortante, no obstante, muy a su pesar decidió separarse de él y su revitalizante apoyo. Puso las manos en su pecho con aquella intención, mas los brazos a su alrededor la aprisionaron con más fuerza.

–Lorraine, no voy a hacerte daño– Ella sacudió la cabeza. Él la apegó un poco más. Rendida escondió el rostro en su hombro y envolvió los brazos alrededor de su cintura. Absorbió el aroma embriagador que expelía su piel como si de una droga se tratase.

A media luz, con el crepúsculo a sus espaldas pasaron los segundos, los minutos. Su linterna fue menguando, hasta que finalmente desapareció. Él tímidamente acarició su cabello, intentando tranquilizarla.

Lorraine suprimió el impulso de alejarlo, que era lo que demandaba su lado racional, mas no lo que realmente deseaba. El alejarlo implicaría soledad, causando consigo, más tristeza, más dolor. Recostados contra la

pared, ella apretó su hombro. Y lo miró. Y ambos se miraron. Un instante que podría haber sido eterno.

Vladimir acomodó un mechón de cabello tras su oreja. El toque de sus dedos produjo un cosquilleo. Esbozó una media sonrisa. Cálida su mano descansaba en su mejilla. La fue acercando lentamente; monitoreando sus acciones. Ante el menor atisbo de oposición, cesaría aquello que tenía planeado. No hubo reacción negativa, ni siquiera cuando sus labios se encontraron en un leve roce.

Lento, sin prisas, ignorando el tiempo-espacio, sintiéndose el uno al otro, sus corazones agitados, la respiración entrecortada, las manos inquietas. El torrente de hormonas en Lorraine subía y subía, hasta llegar a su límite. Lorraine abrió los ojos. La escena que se erguía ante sus ojos era onírica. Y como si de un sueño se tratase, cerró los ojos para no despertar jamás.

Vladimir –un poco a su pesar–, se separó de la chica. Sus besos, en un principio, tímidos e inocentes iban subiendo paulatinamente de tono, lo que había provocado reacciones indeseadas. Era preciso mantener cierto decoro frente a ella.

–Lorraine...

Las mejillas de la muchacha se estaban tiñendo de carmesí, Vladimir rió para sus adentros. Sus ojos hinchados y rojos, estaban menos tristes, o de eso quería convencerse.

–Carol no puede enterarse.– La angustia era palpable en su voz. Vladimir pasó el pulgar por sus labios húmedos.

–Será nuestro secreto.

En un impulso inexplicable, lo empujó con todas sus fuerzas. Confundido por aquel abrupto rechazo, se limitó a observar sus erráticos movimientos. La chica, retrocedió hasta apoyar la espalda contra la pared. Sus manos no cesaron de temblar, hasta que estuvieron en su cabeza. Sus ojos vidriosos le devolvieron la mirada, al tiempo que tironeaba de su cabello. Parecía iba a derrumbarse en cualquier momento.

–¿Lorraine?...

–¡Déjame sola!– su grito desgarrador inundó el apartamento. Vladimir dio un paso adelante, produciendo efectos aún más contraproducentes.

–¡Fuera!

La observó un breve instante. Volvía a abrazar sus piernas, con la espalda pegada a la pared.

–Fuera, maldita sea... Carol está por llegar.

El desconsuelo, era ahora reemplazado por el desprecio. Vladimir exhaló un sonoro suspiro y abandonó la habitación. Lorraine limpió las lágrimas de su rostro y palpó el bolsillo de su pantalón. Brillante y fría asomaba la hoja de afeitar. Descubrió sus piernas. Los cortes de aquel día seguían a carne viva, mas, eso no era impedimento para añadir unos cuantos más. Con manos temblorosas y ojos empañados volvió a penetrar su piel.

*****KARMA POLICE**

Aquella tarde, Lorraine entró a la estancia esperando encontrarla en silencio. Su pronóstico había sido acertado, a excepción de la sonora llantina que tenía su madre. Vladimir tomó su chaqueta de encima de una

de las sillas del comedor y pasó a su lado raudo, dejándola a solas con la criatura devastada que era Carol en ese momento.

–Huye, ¡es lo que mejor sabes hacer!– gritaba con voz ahogada Carol. Sus palabras no lo alcanzaron. La mujer se apretó el pecho, derrumbándose sobre el sofá. Lorraine reprimió una sonrisa. Eso solo significaban buenas noticias para ella. Se acercó a su madre, con la intención de consolarla, sin saber cómo proceder, su sola presencia no la reconfortaría.

–Tiene a otra– sollozó la mujer, apretando su mano. Lorraine frunció el ceño. ¿Seguía en esa aventura con la miss? Miserable.

–Pero no permitiré que ninguna zorra me lo arrebate.

Su mirada penetrante se posó en su primogénita. La chica acarició su cabeza intentando tranquilizarla. Carol apretó los puños y ocultó el desagrado que le provocaba su sola cercanía. Toda clase de insultos surcaron su cabeza. Secándose las lágrimas, se incorporó y buscó el móvil. Un rápido mensaje y ya tenía planes para aquella noche. Lorraine la imitó y se dirigió a la cocina.

–Lorrie querida, tú... me dirías si supieras quién es esa maldita suripanta, ¿cierto?

Tomó sus manos, apretando con fuerza, enterrando las uñas en su carne. Tal vez, las recientes peleas la tenían nerviosa.

–Si tengo la certeza, claro que sí–. Escogió con cuidado sus palabras. No había indicios en la preparatoria de una sospechosa cercanía entre Vladimir y Luce. No obstante, no tenía de quien más sospechar y Carol no era ninguna paranoica.

–Gracias querida, sé que puedo confiar en ti.

–Claro.

La presión en su mano se hizo mayor, haciéndole esbozar una mueca de dolor. Carol soltó sus manos con lentitud, sin dejar de mirarla a los ojos.

–¿Sucedo algo?– Lorraine no fue capaz de seguir ocultando su extrañeza frente a la manera de actuar de Carol.

–Nada nena, nada...

Lorraine le sonrió sin ganas, suprimiendo la bilis que subía por su garganta.

*****BAD ROMANCE**

Era un odioso lunes por la mañana.

Su vista somnolienta se perdía entre las letras del periódico que intentaba leer. La sección de cultura, a diferencia de otros días, se le hacía especialmente aburrida.

Ni siquiera el amargo café que bebía lograba quitar la somnolencia que hacía pesados sus párpados. Dobló el periódico por la mitad y lo arrojó sobre la mesa.

El paisaje gris afuera, aumentaba sus ganas de quedarse en casa. Ser un adulto responsable, se volvía difícil a veces. Apuró su café al escuchar pasos presurosos bajando la escalera.

Carol se había ido temprano por la mañana a una reunión extraordinaria,

por lo cual estaba libre de su vigilancia paternal y su constante insistencia de que dejara de faltar al instituto.

No quería encontrarse con él. En su mérito por ser un estudiante modelo, y guardar las apariencias, jamás faltaba a clases y no quería topárselo. Prefería ausentarse; arriesgar repetir. Permitir que continuara influyendo en sus decisiones, afectando el curso de su vida, optaba por aquello, antes de verlo una vez más.

No estaba actuando con sensatez; se comportaba como una muchacha inmadura. Sin embargo, ya se había resignado, a que todo continuara tomando el natural rumbo del absurdo. Era una postura ilógica, no obstante, hace mucho su suerte iba cuesta abajo, de modo que no era un gran cambio.

Tal vez exageraba, pero se sentía despechada y vulnerable. Destruída también. E infinitamente triste, pero cansada de llorar y de pensar. Estaba cansada. Quería un escape, una revancha.

Dejar de percibirse desgraciada y condenada a la perpetua melancolía. Anhelaba sentirse amada, como en sus fantasías, las mismas que le sacaban un suspiro y un cosquilleo en el corazón.

Quería ser la mujer de un buen amante, aunque nuevamente redujera su estatus al de un objeto de usar y tirar. Escuchar palabras dulces, aunque fueran una mentira.

Quería volver a ser una muñeca de trapo, mas *su* muñeca de trapo.

Rauda se dirigió hasta la sala rogando porque aún siguiera allí.

Iba a entregarse a sus impulsos y perturbar su paz, así como él había perturbado la suya.

Solos, en la amplia e iluminada sala de estar, interpusieron la mayor distancia que el sofá les permitió.

Vladimir le concedió unos minutos de su acotada agenda.

La muchacha estaba inusualmente animada esa mañana. Su melena desordenada se conjugaba bien con el brillo felino en sus ojos. Sus ademanes, se habían vuelto elegantes y calculados, como si objetivo fuera seducirlo. Vladimir rió en su fuero interno ante esa posibilidad.

Mientras bebía su café desvió la mirada hasta el periódico y no a la piel que dejaba expuesta su revelador pijama.

–¿Te irás entonces?¿Terminarás con Carol?

La muchacha lo sacó de sus cavilaciones, retomando la conversación que él había iniciado.

En un imprudente acto de sinceridad, le había revelado sus futuros planes, para con su madre. Suponía que con aquello, alivianaría la carga que le suponía su presencia allí.

–Exacto.

Sondeó a la chica en busca de algún signo que se asemejara a la alegría, sin éxito.

–Ah.

Vladimir frunció el ceño. ¿Qué pasaba por la cabeza de esa chica?

Lorraine, no experimentó el alivio que suponía, conllevarían esas palabras. En poco tiempo, había cambiado la percepción que tenía del intruso.

–¿Y por qué?

Él la ignoró. No era menester entrar en detalles.

Lorraine lo miró con expresión confundida. De improviso, se vio presa de la confusión y la angustia. Dejándose embelesar, por aquel sujeto había traicionado sus principios y se precipitaba a las puertas del infierno.

Se incorporó y avanzó hasta su posición guiada por el deseo. Sin mediar palabras, lo tomó por el cuello de la camisa y atrapó sus labios en un beso desesperado. Vladimir exploró los confines de su boca, con las manos descansando en su cintura. Ella enredaba las manos en su cabello, tirando a intervalos de él. Pasados varios minutos, la recostó sobre el sofá, a la vez que ella enredaba las manos en su cabello., tirando de él a intervalos. Él cesó su beso para dar una ojeada a su expresión encantadora. Sus labios húmedos, dejaban escapar su respiración jadeante.

Con un movimiento audaz, la recostó sobre el sofá. Ella se mordió el labio y entrelazó las piernas, a su espalda. Luego de una breve y silenciosa pausa, volvió a besarlo, con gentil violencia.

Pupilo y maestro se dejaron llevar por la pasión como dos amantes.

Hicieron el amor como posesos. Libres de todo prejuicio y sentido común. Sus posiciones, estándares y parentescos, se convirtieron en etiquetas que desaparecieron en el calor del momento y el deseo por compenetrarse.

En la amplia e iluminada sala de estar, no se escuchó más que sus respiraciones agitadas y sus gemidos de excitación.

En aquel acto impuro, de la más absoluta traición, no hubieron tales racionios, solo estuvo presente la euforia de saber que sus deseos ocultos eran concretados, en un acto que carecía de amor, o de cualquier otro sentimiento. No existía más motivación que liberar tensión en un acto carnal, que saciaba la más primitiva de las necesidades humanas.

De espaldas sobre la alfombra, con él, mirándole furtivamente, rodó sobre su costado y alcanzó su arrugada camisa blanca. Jadeando por aire, la apegó a su cuerpo desnudo y aspiró su olor.

Aquella, era la prueba irrefutable de que todo había sido real y no otra de las tantas fantasías que llevaban tiempo anidándose en su cabeza.

Él rodeó con su brazo su cintura y apoyó el mentón sobre su hombro, provocando que su aliento cosquilleara en su oreja. Estaban empapados en sudor y su intimidad estaba algo resentida, sin embargo, estaba feliz.

Absurda y mordazmente feliz.

Sus brazos fornidos la abrazaban, transmitiéndole su calor y sus manos grandes y cálidas habían recorrido su piel expuesta, hasta casi rozar lo intangible.

Le había mostrado su lado oscuro y así como la debilidad que escondía y no había huido.

Había desnudado su alma, antes que su cuerpo y él no había reparado en lo deslucida que estaba. Era a él al que necesitaba. A él y a sus hipocresías que la hacían sentir humana.

–Lorraine...

Eran algo más de las cinco de la tarde. Afuera una fina lluvia salpicaba las ventanas. Ella lo ignoró, prestándole atención a un genérico programa de televisión, mientras sorbía su café.

–Lorraine...

–Deberías olvidarlo, yo ya lo hice– seguía fingiendo interés en la televisión, incluso cuando él se sentó a su lado en el sofá.

Automáticamente se incorporó. Demasiado rápido para su desgracia. De un momento a otro la habitación comenzó a dar vueltas.

–Estoy bien– musitó al sentir calor de una mano en su espalda. –Estoy... De improvisto las luces se apagaron, sumergiéndola en la penumbra.

–Querido es solo un desmayo, no es nada grave, no es como si estuviera embarazada, ¿te imaginas?– una sonora carcajada retumbó en sus oídos.

–Si ni siquiera tiene novio, ¿qué raro no? Con lo bonita que es...– silencio. Penetrante silencio. Dicen que el silencio otorga, sin embargo, aquel era como una estocada en el orgullo, para Carol.

–Creo que está despertando– una voz ronca, demandante, hizo mella en sus oídos.

–Dejémosla descansar, debe ser el estrés del instituto. Tu sabes los exámenes y todo eso, ¡ah! Pero con la noticia que le tengo de seguro se pone de buen humor.

Lorraine apretó los ojos con fuerza. Rogó porque sus oídos no la hubiesen engañado y Carol si tuviera buenas noticias para ella.

*****TRY**

Apoyó la cabeza contra el vidrio del vehículo, centrando su atención en el verdoso camino y no en las lágrimas que se escapaban de sus ojos, recordándole aquello.

Las que Carol, había prometido serían alentadoras noticias, no fueron más que una amarga decepción, que le recordaban cuan prescindible era para el mundo, o más bien para su pequeño orbe. Ante la inesperada decisión que había tomado su madre, se desarrolló un escenario que jamás habría imaginado.

Al dar por enteradas a sus amigas, de que Carol pretendía internarla en una academia en otra ciudad, se mostraron sorprendidas, algo apenadas, pero sobretodo resignadas, e incluso indiferentes.

–Te echaremos de menos– musitó lánguidamente Julia, sin siquiera mirarla, concentrada en su móvil.

–Es una pena, pero tu madre sabe lo que hace ¿no? Podremos hablar por redes sociales todos los días–denotó Anna con una sonrisa forzada.

No hubo más comentarios, respecto al tema. Lorraine aguantaba las ganas de gritar que aquello era completamente injusto, que era una decisión egoísta, que quería quedarse allí, junto a sus amigas, en su casa. Replicar que ya tenía su vida hecha allí.

Mas, cayó en la cuenta que no tenía su vida resuelta ni allí, ni en ningún lugar. Solo estaba de paso, como todos en este vasto universo; que el tiempo pasaba inexorable; que al mundo no le importaban las decisiones que tomara cada uno, él seguiría su trance, infinito, imperturbable, a pesar de todo, a pesar de ella.

Las discusiones con Carol fueron inmediatas. No demoró en acusarla de deshacerse de ella, pues se había vuelto un mero estorbo, acusaciones de las que su madre se defendió.

–¡No todo se trata de ti Lorrie! ¿Cómo puedes decirle algo tan cruel a tu propia madre?– Agitó las manos alrededor de su cara, al tiempo que afloraban sus lágrimas. –Solo quiero lo mejor para ti. Es un excelente instituto, de prestigio, con chicas de bien. Harás muchas amistades. Lorraine destilaba odio, con los brazos cruzados sobre su pecho. Clavó las uñas en la palma de sus manos, como si con esto pudiera contener las ganas de llorar.

–Solo quieres que yo esté lejos para formar una nueva familia con este tipo, ¿cierto mamá?

Fugaz, casi imperceptible, la sombra de la ira cruzó el rostro consternado de Carol. Pudo sentir la bilis en la garganta al escuchar la palabra mamá. No era capaz de procesar tanto cinismo, de aquella criatura que hacía llamarse su hija.

–Ya basta Lorraine, ¡ya basta!– se dejó caer en el sofá, con las manos cubriendo su rostro y las lágrimas empapando sus mejillas. A su lado Vladimir observaba dubitativo. Había manifestado su intención de dejarlas hablando a solas, no obstante, Carol había insistido en que se quedara a presenciar aquel burdo dramatismo.

Miraba a Lorraine con lástima y dirigía su atención a su novia con parsimonia. Era su deber estar a su lado y apoyarla, mas, hace un tiempo aquello se había vuelto una molestia.

–Eres increíble Carol– denotó la chica con desprecio.

Los exagerados sollozos, se hicieron aún más audibles.

Carol era realmente muy histriónica. En privado había gritado a todo pulmón palabras que agujerearon en el interior de Lorraine, hiriéndola cual puñal.

No era más que un error, que había llegado a arruinar la relación que tenía con Christian. Un traspie que la perseguía todos los días de su vida. La había obligado a postergarse y que ahora le impedía ser feliz junto al hombre que amaba. Un error que ya era demasiado tarde de remendar... Lorraine cerró los ojos con fuerza. Con disimulo apartó las lágrimas de su cara, Carol iniciaba su verborrea, mientras manejaba camino al departamento.

Ella, derrotada, se limitó a exhalar un suspiro de resignación.

*****DO WHAT U WANT**

Furtivos y clandestinos, sus encuentros se fueron repitiendo. Sin palabras melosas de por medio. Ni robados versos de un poeta romántico de antaño. Ambos se reunían con el objetivo de saciar una necesidad básica, en cualquier ser humano, sin tener que disfrazar aquello, como algo profundo que justificaba su maldad. En un mutuo y mudo acuerdo, acordaron no etiquetarlo, y calificar como impulsos aquello que se susurraban con tanta pasión en la intimidad. Allí, en el amparo de la soledad, que les ofrecía sus lugares de encuentro, se murmuraban dulces mentiras, aquellas que los amantes en su plenitud, decían cuando estaban

al límite de la satisfacción. Pero no eran más que eso, palabras dichas al azar que carecían de significado.

Ella necesitaba un buen amante que borrara los recuerdos de su pasado y él un cuerpo femenino que despertara su deseo por lo prohibido.

–¿Cómo se supone que convenza a Carol?

–No lo sé, solo ocupa tu galantería.

Vladimir se reclinó en el lecho pasando su mano de dedos largos y delgados por su boca. Este ademán distrajo a Lorraine durante unos instantes. Recostada junto a él, abrazando su cintura, con la luz del crepúsculo otoñal filtrándose por las cortinas entre abiertas de la habitación, sentía su corazón desbocado. Un leve sonrojo cubrió sus mejillas al pensar en la posibilidad de que él pudiera oírlo, tal era el sonido incesante que producía.

–Tal parece que en realidad tienes novio, de otra forma no habrías acudido a mí Lorraine– la chica se lo observó impasible

–¿O me equivoco?

Vladimir frunció el ceño. Su silencio lo inquietaba en demasía.

–¿Es un chico el motivo por el cual no te quieres ir?– las ansias podían más que su esfuerzo por mantener el semblante desinteresado y su cara de póker. Ahora los roles se habían invertido.

–Eso no importa, ¿convencerás a Carol o no?

–Quiero saber tus motivos Lorraine, hasta una semana, te veías bastante resignada a la idea, sin embargo, ahora pareces desesperada.

Hasta hace una semana, no tenía los días contados, ni le habían preparado una despedida. El cambio de instituto y como consecuencia de ciudad, se habían vuelto inminentes. Apenas lo estaba asimilando y ya solo quedaban unos pocos días. Ya no volvería de las vacaciones a ver a sus amigas, ni volvería a su casa, ni estaría su madre esperándola en ella. A pesar de sus constantes peleas la quería y siempre le haría falta.

–No importa ¿sí? Límitate a contestar.

–Lo mismo digo Lorraine, sí o no, es sencillo.

–Es irrelevante.

–No para mí– exaltado se incorporó. Lorraine lo imitó. Deteniéndose frente a él denotó: –Gracias por nada–. Envuelta en una sábana, se dirigió hasta la puerta. Tomándola por la muñeca Vladimir la detuvo.

–Contesta Lorraine.

Estaba a escasa, peligrosa distancia, sus narices casi se tocaban.

–Vete al demonio– su aliento cosquilleo en el rostro de Vladimir.

Corrompido por su cálido aroma, se entregó a sus impulsos. Sus labios se amoldaban perfectos. Lorraine respondió a su beso, por un breve instante cerró los ojos y enredó los dedos en su cabello. La mano en su espalda mandaba impulsos eléctricos a todo su cuerpo. Su lado racional le precisó abrir los ojos.

–Lo siento Lorraine– parecía sincero, incluso avergonzado. Lorraine sacudió la cabeza. También se había dejado llevar, permitiéndose controlar por sus emociones. Lo que quería versus como debía comportarse. Miró furtivamente a Vladimir. Pasaba nervioso las manos por

su cabello. Se detuvo en sus labios. Rosados, húmedos aún. Tomó ambos lados de su cara y se entregó en un apasionado beso.

–Lorraine...– la aludida sacudió la cabeza.

Vladimir la miraba inquisidor. ¿Intentaba leer sus pensamientos? La sola posibilidad de que supiera que había imaginado la estremecía.

–Solo quería reiterar que esto quede entre nosotros, agradecería que no se lo mencionaras a tu madre.

–No hace falta una petición tan absurda–. Acortó la distancia que los separaba. Tomando sus manos, mirándola a los ojos, murmuró: –En verdad lo siento Lorraine– sus manos cálidas, apretaban las suyas siempre frías, que se sentían pequeñas y frágiles. La chica desvió la mirada al tiempo que parpadeaba de forma frenética. –Te creo– un incómodo e intenso escozor penetraba sus ojos. No quería que aquella calidez la abandonara, mas, era inevitable.

No había punto de comparación alguna. No solo por lo diferente que la hacían sentir, sino por lo opuesto de las circunstancias. Mientras que, con Gabriel, se había resignado a que aquello sucediera, puesto que, se sentía en deuda con él, por el compromiso que tenían, a Vladimir quería entregarle su cuerpo y que hiciera con él lo que deseara.

*****HAPINESS IS A WARM GUN**

¿Podía ser algo peor?

Hacía frío afuera, mas eso no era impedimento para que Lorraine saliera a fumarse el quinto cigarrillo de la tarde.

–Deberías dejar ese hábito– denotó una voz apagada a su lado.

La chica miró a su lado con profundo desprecio. Una figura de aspecto demacrado, sostenía un cigarro y un encendedor en alto. El sujeto dio una calada y se perdió en sus pensamientos mirando hacia el horizonte. Sus manos estaban apoyadas flojamente sobre el barandal, Lorraine sintió el impulso de tocar el dorso de éstas, un leve roce para darle calidez a las suyas siempre frías. Mas, se abstuvo y cerró con fuerza las manos en un puño, con ira contenida, cargada de tristeza.

–Siento haberlo arruinado...

Su disculpa fue apenas un susurro. No estaba acostumbrado a hacer tal cosa, menos con sinceridad.

Lorraine arrugó el rostro en una mueca de disgusto. Dio una honda calada a su cigarrillo e inclinándose expelió el humo sobre él. Vladimir esbozó una sonrisa triste. Era una sombra de lo que solía ser. Su espíritu se iba apagando gradualmente desde que había recibido la noticia de que iba a ser padre.

El golpe más duro fue cuando vio las manchas claras en la pantalla del monitor. Manchas que según la especialista correspondían a su primogénito. La alegría desbordante de Carol, no logró contagiarlo, ni sacarlo del shock. Era una responsabilidad muy grande, hacerse cargo de una criatura, cuidar de ella, educarla, procurar que creciera en el seno de una familia tradicional y cariñosa. Una responsabilidad que ni estaba

dentro de sus planes actualmente, ni quería asumir. Sin embargo, aquello no era algo de lo que pudiera simplemente desentenderse.

Lorraine extendió el silencio entre ellos, sosteniéndole la mirada un instante más. Vladimir sintió su corazón latir un poco más despacio, al notar los ojos tristes de la muchacha, inundados de vacío, de profunda resignación, a la espera de nada. El brillo que acompañaba su frecuente melancolía, se había apagado, dejando a la vista su alma marchita.

–Solo hazme un favor y no hables...acerca...de eso.

Vladimir se limitó a asentir.

Lorraine continuó fumando, con la vista fija en los rascacielos que se alzaban queriendo alcanzar el cielo encapotado. Aquellos, que hasta hace poco atesoraba como un recuerdo precioso, no era más que un acto repugnante y vil. Algo que nunca debió haber pasado. Una inmoralidad cuya reminiscencia quería borrar.

*****MARIO-NETA**

Carol recorría entusiasta el centro comercial, aquel miércoles por la tarde. Penetraba en cada tienda dedicada a la ropa infantil rebosante de alegría e ilusión, comprando ropa de recién nacido por montones, procurando colores que no rebelaran el género de la criatura. Siempre con una sonrisa y con actitud enérgica, comentaba con las encargadas, lo feliz que la tenía su embarazo.

Felicidad que no le era contagiada a su primogénita, que la acompañaba como una figura fantasmagórica a cada lugar al que iba.

Lorraine, con un ánimo sombrío imposible de ocultar, empañaba su perfecta salida de compras para el bebé. La noticia de que tendría un hermanito, no había producido emoción en ella. Su reacción se había limitado a una descolorida enhorabuena, respaldada por una sonrisa floja y gris.

Carol, en su infinita generosidad, había dejado pasar ese desaire. La llegada de un nuevo integrante a la familia, le alegraba tanto, que sentía, nada podía opacar su dicha.

–¡Mira éste! ¡Es precioso!– exclamaba Carol al tiempo que alzaba una prenda verde pastel, ante los ojos de la chica.

Ella asintió dando un bufido. Aquel era uno de esos días. Uno de aquellos en los que deseaba estar en casa y hundirse en la miseria. Había sido una semana larga y agotadora, que no le había dejado nada memorable, ningún recuerdo feliz que atesorar. Los días de preparatoria pasaban de forma repetitiva y lacónica, sumiéndola en la infinita oscuridad de sus pensamientos. Mas no por eso, había dejado de esforzarse cada día.

Lorraine frunció el ceño. Merecía un descanso, en la soledad de su habitación.

–Llevaré este– La chica apenas le echó un vistazo al pijama de rayas celestes.

–Presiento que será un hermoso niño.

Los colores, comenzaron a huir de su cara, dejándola fría. En su estómago una sensación de pesadez invadió cada pared, cada cavidad. Las palabras se repetían en su cabeza, vacías de significado, pero resonantes como el pulso que palpitaba en sus oídos.

-Será un niño precioso, de ojos grises. ¿No crees Lorraine?

Apretó los puños, clavando las uñas en sus palmas. La imagen mental asociada a esas palabras, no tardó en llegar. Disculpándose con su madre, huyó lo más rápido que pudo de allí. El vacío en su estómago la iba abandonando, no obstante, ahora era su garganta la que se cerraba impidiéndole respirar.

Dentro del cubículo, pudo dar una bocanada, llenando de aire sus pulmones, cuando su estómago se hubo vaciado y el amargo sabor a bilis invadió su boca.

*****TAL VEZ**

-Te ves pálida querida.

Sus amigas, también habían procurado del aspecto insano que tenía. Sacudió la brocha cubierta de polvo, sobre sus pálidas mejillas para darles un aspecto más saludable.

La criatura demacrada frente al espejo, no era ni la sombra de los presagios que anunciaban el brillo en los ojos, el sonrosado de las mejillas. El miedo de que se estuviera tejiendo un gran problema dentro de sí, le impedía descubrir el asunto. Sin embargo no podía postergarlo más, algo en su interior estaba cambiando y era menester zanjar el asunto.

Cuando terminó de maquillarse, cambió su uniforme, por ropa casual. Era pasado el mediodía, mas había logrado saltarse las clases, alegando un malestar estomacal. Una vez afuera, el viento frío de otoño le revolvía los cabellos y congelaba sus manos. A pesar del grueso abrigo que llevaba, la brisa estremecía sus huesos. Sin dejar lugar para cuestionamientos de último minuto, apenas divisó un taxi, lo tomó. La determinación infundada por la incertidumbre, la iba abandonando, con cada minuto, cada metro que avanzaba el vehículo, mientras se acercaban a su destino.

*****WICKED GAME**

La culpa martilleaba, como el pulso en sus oídos. Ensordecadora, constante, imposible de ignorar. Con dedos temblorosos sacó otro cigarro de la cajetilla.

¿Podía alguien cansarse de respirar?

Lorraine sentía que, en aquellos momentos, donde la felicidad, la tristeza y cualquier emoción existente la había abandonado, era tan grande su pesar y tan nula su motivación de cambiar algo, que incluso se le hacía difícil mantener sus pulmones funcionando, como si de un trabajo que requería mucho esfuerzo se tratase.

Articuló sus hombros para detener el dolor en el pecho que la aquejumbra, no obstante, su burdo esfuerzo fue inútil. La constante y silenciosa presión, no la abandonaba. Alejó el cigarrillo de sus labios, culpándolo de su angustia. Con manos temblorosas sacudió las cenizas hacia el vacío.

El humo desaparecía entre la niebla del atardecer. Los fríos colores del crepúsculo, calaban en sus huesos, estremeciendo su alma, vacía y corrompida.

Lorraine repasó sus métodos, para escapar hacia el nirvana, o hacia el averno, en caso de que alguno de ellos remotamente existiera. Las ideas de acabar con esa inútil lucha se arremolinaban en su interior, envolviéndola con su superficial, dulce fragancia, la que al aspirarse profundamente, llenaba las fosas nasales, con el olor putrefacto de la muerte.

Dio una calada honda a su cigarrillo. Casi se le hacía verosímil la preocupación que fingía aquel intruso. Como si de un adulto responsable de su bienestar se tratase, se había encargado de dejar fuera de su alcance de todo aquel instrumento que la liberase del dolor. Una parte en lo profundo de su ser quería creer; quería que todo aquello fuera verdad, sus palabras dulces, la calidez que percibía en su mirada...

Exhaló el humo, que nuevamente se mezcló con la niebla del atardecer, haciéndose indistinguible.

Por más que lo quisiera, no se haría realidad. Todos, en mayor o menor grado eran despiadados, egoístas y crueles. Él, lo era en todo su esplendor y no se molestaba siquiera en disimularlo, un factor más para alejarlo, para no caer en su juego perverso. Lorraine se apretó el pecho, ¿era aquello la culpa que se materializaba?

Miró los más de veinte metros que la separaban de su destino final y descartó la posibilidad. Era una chica vanidosa, después de todo.

Una manta cubrió sus hombros, dejándole saber que se estaba congelando allí afuera. Los pies tras de sí avanzaron, hasta situarse a su costado.

–Deberías entrar, está bajando rápidamente la temperatura aquí afuera.

Un cigarrillo en la oscuridad, se encendió. Lorraine abrazó la manta, queriendo ocultar su vulnerabilidad. Respira, mantente respirando, retumbaba una voz en su cabeza, al tiempo que como remolinos, arremetían creativos métodos para terminar con su dolor.

Sus semanas de vacaciones, no fueron más que un largo letargo, con extensos periodos de soledad y letanía que parecían nunca acabar. Como los dibujos que comenzaba. Oscuros bocetos, que se quedaban inconclusos. La fuerza y la determinación para lograr terminarlos, se esfumaba y no era capaz de alcanzarlos.

*****RUNNING SCARED**

Doblándose sobre su estómago, la chica aspiró una gran bocanada de aire.

De brazos cruzados, al pie de las escaleras, Vladimir la observaba con expresión condescendiente.

–¿Lorraine?...

Derrotada, se hundió en sus ojos de acero. Tal vez era una buena idea, mantenerlo al tanto de eso. Juntos, quizás, podrían encontrarle una solución a tamaño problema que se estaba engendrando.

–Tenemos que hablar.– voz ronca, fue un murmullo casi inaudible.

Vladimir, se acercó a ella con sigilo.

–Claro... De inmediato, si así lo deseas.– Lorraine sacudió la cabeza. Sus brazos acogedores, la envolvieron en un cálido mimo. Vladimir

levantó su mentón y atrapó sus labios en un beso, que intentó expresar, aquello que no era dicho con palabras.

Lorraine cerró los ojos, dejando que su cuerpo se desconectara de su mente y acallando las voces que le gritaban que aquello era incorrecto.

Carol tuvo frente a sus ojos la determinante y final evidencia, de que su sexto sentido no había fallado y que aquella criatura que osaba llamarse su *hija*, no era más que una bestia traicionera, que no merecía tan siquiera su lástima.

A pesar de estar sobreaviso mucho tiempo atrás de su traición, fue realmente impactante verle tan desinhibida, ante tal abominable acto. La descarada criatura, que se jactaba de ser su primogénita, besaba con desembozo a el padre del niño que llevaba en el vientre y por consiguiente su padrastro.

Reunió toda la calma que le fue posible, respirando profundamente, con los ojos entrecerrados. Con cautela salió de la sala, con el objeto de hacer una nueva y ruidosa aparición.

Está mal, está mal, está mal, repetían voces en su cabeza. Pero ¿cómo algo tan malo, podía hacerla sentir tan bien?

-¡Lorrie!- exclamaba la voz de su madre, abriendo la puerta.

Apenas lograron distanciarse, cuando Carol estaba irrumpiendo en escena, con el entusiasmo propio de una tarde de compras para su bebé.

- ¡Lorrie!

Carol desvió la vista hasta Vladimir.

-¡Querido! ¡Estás en casa!

El rebotante entusiasmo de la mujer, no fue capaz de alcanzar a Vladimir, quien seguía con expresión lacónica. Carol esbozó una irónica sonrisa.

Ciertamente no era su compañía la que apreciaba en ese momento.

-Amor, ¿quieres ver lo que le he comprado a nuestro pequeño?

Vladimir se incorporó, tomó su abrigo del perchero y se dirigió a la salida.

-¿Cariño?- el aludido salió sin pronunciar una despedida.

Carol se encogió de hombros y volvió su atención a Lorraine.

-¡Lorrie! ¿Quieres ver la ropa de tu hermanito?- Su voz seguía destilando venenosa veneración.

Lorraine asintió y escondió sus nauseas, tras una falsa sonrisa. Los efímeros momentos surrealistas, habían dado paso a la cruel realidad, dejándola sin armas para enfrentarla. Nuevamente estaba sola, con la sensación de vacío que rara vez la abandonaba, aferrándose a la esperanza brindada, por alguien en quien no sabía si confiar.

Carol extendía ante sí, prendas celeste pastel, de variados modelos, comentando lo precioso que se vería su bebé. Lorraine sintió lástima por su madre y asco de sí misma. ¿Cómo podía ser tan cruel con la persona que le había dado todo? Carol no se merecía aquello, no merecía seguir siendo engañada, sin embargo, la verdad solo le provocaría un daño irreparable. Rompería sus ilusiones y sus planes a futuro.

Además, la dejaría al descubierto como lo que era; una traidora.

-Lorrie, ¡te estoy hablando querida!

-Ah sí, sí, es realmente hermoso.

-¿No será que es un chico el que te trae por las nubes?

-Un... ¿un chico dices?

-Sí, un muchacho, estás pensando en él, ¿no es cierto?

Lorraine le dedicó una media sonrisa. Su corazón latía desbocado. El timbre de su celular sonó, indicándole que había recibido un mensaje.

-Contesta, ¡contesta! Apostaría lo que quieras a que es él.

Efectivamente, era él.

Indicándole que se juntaran en una cafetería en una hora más.

-Y bien ¿me dirás como se llama el afortunado?

No había tal cosa como un chico afortunado.

Solo era su novio, jugando un juego perverso.

***PENNYROYAL TEA

Lo vio de espaldas a ella, en una alejada mesa adyacente a una ventana.

Había huido de casa con la excusa de salir con sus amigas, a quienes no veía hace varios días. Obligó a sus piernas caminar en su dirección.

Cuando estuvieron frente a frente, él se incorporó, ofreciéndole un café.

-Un chocolate caliente está bien.

En su *estado*, no debía consumir café, o al menos eso es lo que su madre, se encargaba de recalcar a la hora del desayuno.

-Y bien... ¿de qué querías hablar?

Él extendió su mano hasta entrelazarla con la suya. Ella no hizo ademán de retirarla y estuvo largo rato observando aquel gesto en silencio.

Con cada ligero toque de sus dedos acariciándola, un estremecimiento recorría su espalda. No esperaba tan cálido contacto, en un momento tan tenso.

Sentía el cuerpo debilitado, mas, su voz sonó fuerte y clara. Su semblante pálido, era contrarrestado por su actitud desafiante.

-Creo que... estoy embarazada.

La expresión de Vladimir se volvió sombría, sus ojos, que hace segundos la miraban con ternura, se volvieron inexpresivos. Retiró la mano de su afiance y la pasó por su cabello.

-¿De qué mierda hablas? Es una maldita broma, ¿cierto? - Sorprendido por sus palabras, apretó la mano sudorosa de la chica.

Ella sacudió la cabeza negando, sin mirarlo, ni una sola vez.

-Mierda, mierda, mierda...

La seguridad proyectada en Lorraine, fue reemplazada por una expresión compungida y desolada. El sentimiento de absoluta y miserable soledad, se extendió por cada célula de su ser, haciendo que sus manos, temblaran.

La regordeta y alegre camarera llegó con sus pedidos, ignorando la atmósfera de tensión en la que estaban envueltos.

-Lo siento- su voz temblorosa, era apenas un murmullo.

Vladimir puso los ojos en blanco y le dio un sorbo a su café americano.

-Lorraine...-Procuró escoger las palabras con cuidado. -¿Has estado viendo... a otras personas?

-¿De qué diablos hablas?- sus palabras no hacían más que confundirla.

-¿Estás segura de que es mío?

Se incorporó furiosa, dejó el chocolate caliente a medio terminar y se marchó rauda de la cafetería, con lágrimas inundando sus ojos. Su absurda esperanza, no era más que una ilusión. Siempre había estado sola y lo estaría por el resto de su vida.

Pocos minutos más tarde, en la fría calle nocturna de la metrópolis, Vladimir la alcanzó. Tomándola por los hombros, le obligó a plantarle cara. Unas escasas lágrimas recorrían su cara; él, las limpió con premura.

–Lorraine....

–¿Qué demonios te pasa? ¿Me quieres explicar? ¡No te comprendo!

–¿Podrías por favor, confiar en mí?– murmuró a través de su cabello.

Estaba sucumbiendo a su mirada sincera y a sus palabras bonitas. Otra vez.

–No te dejaré sola Lorraine. Pero... No quiero obligarte a tomar responsabilidad, por algo que fue culpa de los dos.

Su frustración no estaba dirigida hacia ella. A su propia persona es a quien quería reprochar, por no haber terminado antes, con sus encuentros clandestinos, que gradualmente se habían transformado en una tóxica relación de dependencia.

–¿Entonces...?

Lo miraba expectante, preparada para los peores escenarios.

–¿Estás de acuerdo? ¿Con dejar todo atrás?

Las lágrimas corrían a carne viva por su rostro juvenil, sus rodillas flaqueaban, incapaces de soportar su propio peso. ¿Cuándo terminaría su martirio?

–¿Por qué no me dejas en paz? ¡Solo déjame sola y continúa tu vida con mi mamá y no le digas nunca que la traicionamos!

–Lorraine.... No permitiré que arruines tu vida...

Alzó su mentón obligándole a sostenerle la mirada. A su alrededor, por las frías calles iluminadas por brillantes farolas, unos cuantos, escasos transeúntes observaban la telenovelesca escena.

Los apasionados amantes, se fundieron en un cálido beso, envueltos en una atmósfera de romanticismo.

Lorraine, presa de sus instintos, no hizo más que responder a tan superflua muestra de afecto, dejando ver lo vulnerable y manipulable que la volvía aquel sujeto.

*****BY MY SIDE**

–Vamos al hotel, nos congelaremos aquí.

Embelesada por sus palabras y por sus actos, se dejó conducir hasta allí. Una parte de ella se sentía patética, la otra genuinamente feliz. Aspiró con disimulo el aroma del enorme abrigo que la cubría y que en un acto de caballerosidad, Vladimir se había quitado. Mientras subían por el ascensor, se embriagó con el mismo perfume que él unas semanas atrás había dejado en su piel.

–Hablas como si fuera importante para ti.

–Lo eres– las palabras fueron automáticas, sin un ápice de duda.

Una sonrisa triste se extendió por el rostro de la chica. Quería confiar en sus palabras, tan fácilmente como le había confiado su cuerpo, no obstante, su alma rota estaba corrompida por las inseguridades.

Vladimir, se sentó en el lecho, acortando la distancia entre ellos. Lorraine dirigió su atención a la pared con la mirada perdida. Su mirada gélida, transmitía sinceridad, anulando la imparcialidad de su juicio. –¿Le dices eso a todas las chicas que traes a un hotel?– Contrario a lo que Lorraine, esperaba, él sonrió socarronamente.

–Por supuesto que no.

La chica frunció el ceño, incrédula.

–Ven aquí– Vladimir extendió una mano, posándola en su hombro.

Las lágrimas volvieron a aflorar, inundando sus ojos, amenazando con desbordarse.

Ocultó el rostro empapado entre sus manos, al tiempo que su cuerpo se sacudía en sollozos. Vladimir la envolvió en un abrazo, que parecía querer reagrupar los pedazos rotos de su alma condenada.

Besó su coronilla y ella se apegó más a él. Las pequeñas manos de la chica se aferraban con fuerza a su camisa.

Lorraine aspiró con fuerza su aroma. Quería embriagarse de él y olvidar que le había dado el poder de destruirla por completo.

*****AL FINAL**

Era media mañana cuando llegó al departamento.

Carol, la esperaba en la cocina, apoyada en la encimera, con una copa de vino entre sus finos dedos.

–¿Cómo pudiste? – murmuró fulminándola con la mirada.

Lorraine se encontró con los ojos tristes y salpicados de rímel de su madre y fue incapaz de pronunciar palabra. No había excusa suficiente, ni disculpa capaz de enmendar el daño hecho.

No había explicación, ni porqué de aquello. Se había desarrollado como un hecho fortuito, superfluo, egoísta y cruel.

Incapaz de soportar la mirada de decepción de Carol, agachó la cabeza, dirigiéndose a la escalera, con pasos exageradamente lentos.

–No irás a ninguna parte perra asquerosa– vociferó con furia la mujer, sacando a la chica de su ensimismamiento. Sus ojos, la escrutaron con sorpresa.

¿Qué había hecho? ¿Cómo había sido capaz de algo tan horrible?

Carol, ocultaba su rostro, mientras los sollozos desgarrados sacudían su pecho.

–Perdóname.

Fue apenas un susurro que no logró apaciguarla.

Carol lanzó la copa medio vacía hacia la pared y con pasos presurosos se acercó a ella.

Paralizada del miedo, la adolescente solo fue capaz de observar los movimientos gráciles y violentos de su madre. Su rostro, siempre maquillado con una falsa sonrisa, ahora desbordaba el odio contenido y acumulado durante diecisiete años.

Estaban tan cerca que sus narices casi se tocaban. Carol, apestaba a alcohol y cigarrillos... y a insomnio.

–Maldita zorra. ¿Tú lo provocaste, cierto? Moviendo el culo, como la zorra barata que eres– Lorraine, lloraba silenciosa, mientras su madre, jalaba sus cabellos, sacudiéndolos, con cada palabra pronunciada.

–Carol, perdóname.

Sus palabras se ahogaban entre sollozos, que no fueron capaces de alcanzar el corazón frío de aquella rencorosa mujer.

–¡Responde, maldita perra! ¡Asume que fuiste tú quien se metió en su cama!

–No, no fue así...– murmuró con la voz distorsionada por el miedo.

La cara de Carol, se iba tornando más roja y más severa, con cada segundo que pasaba.

Lorraine fue asaltada por una sensación de *dejàvù*. Había visto a su madre reaccionar así en el pasado. Ya había escuchado esas palabras, más de una vez.

–Maldita mentirosa– masculló entre dientes, arrastrándola por el cabello. Lorraine, logró zafarse, no sin antes aullar de dolor, por haber perdido un mechón de pelo, entre las manos de Carol.

Abrumada, corrió en dirección a las escaleras, para refugiarse en el cuarto de baño. Recuerdos, entremezclados con futuros fatalistas se repetían en su cabeza. No lograba distinguir el sueño de la realidad. No quería de todas formas. Las heridas del pasado, no harían más que atormentarla, dejándole entrever aquello que estaba irremediadamente roto.

Encogida, con las manos sobre su vientre, corrió a todo lo que daban sus piernas de trapo, mas, nuevamente fue alcanzada por los pelos, arrastrada por dedos como tenazas. Su cuero cabelludo palpitaba, al igual que su mejilla.

La mano en alto de Carol, le avisaba el próximo impacto. Por su cara colorada, escurrían lágrimas y sollozos, que eran silenciados por ensordecedores reproches.

Pronto, el dolor se concentró en su vientre y sus piernas cedieron abatidas. De rodillas tosió, regando el piso con su saliva en busca de aire y algo que apaciguara su martirio.

Abrazando su vientre, escuchó una voz en su cabeza.

>

¿Era aquel un medio, para su verdadero fin? No estaba segura, todo era brumoso en esa cruel realidad.

*****ONE OF MY TURNS**

Luego de un breve forcejeo logró encerrarse en la habitación.

Sacudiendo las extremidades en un inútil intento por zafarse de Carol, finalmente uno de los torpes manotazos dio con fuerza en la mejilla de Carol y cesó la lucha. Aprovechando lo inesperado que le resultó a Carol, su mecanismo de defensa, la lanzó contra el duro piso de porcelanato.

Una vez en el cuarto de baño, Lorraine fue consciente de su condición lamentable, reflejada en el espejo. Se disponía a lavarse el rostro, cuando golpes de puño, la sobresaltaron.

–Abre mierda– alentó Carol, pateando la puerta. Con dificultad y torpeza se había puesto de pie, apoyándose en los muebles a su alrededor.

–Carol... Por favor...– denotó, mas, nuevamente los puños implacables y feroces de la mujer, hicieron eco en la estancia.

Minutos más tarde el silencio inundó la sala

Carol abatida y frágil, comenzaba a desmoronarse.

–Maldita perra– mascullaba a intervalos.

Con la espalda apoyada en la pared, se dejó caer, abrazando sus rodillas. La puerta impoluta frente a sí, no se movió un centímetro. La pequeña zorra refugiada en el cuarto de baño, no iba a dar la cara. No iba a volver a ver aquel rostro hermoso y juvenil, que tantas ganas tenía de desfigurar.

–Lo vuelves a hacer Lorraine– vociferó con furia.

Luego de una larga pausa, la respuesta llegó en un susurro.

–¿El qué?

–Comportarte como una maldita perra. ¿O no te acuerdas de Richard? Lorraine con la mirada clavada en su reflejo guardó silencio, con los ojos inundados en lágrimas.

En sus olvidadas memorias, el recuerdo del abandono de su madre, se hacía presente, aguijoneando su ser; una congoja que repercutía en sus entrañas, retorciéndolas, provocando nauseas, ante la defensa del malhechor y la sentencia sobre la víctima.

–Vuelves a arruinar mi vida Lorrie... vuelves a arrebatármelo todo...

Cruelas palabras salían de la boca de su madre, envenenando su joven alma, dejándola desamparada, quitando el apoyo que especialmente en esos momentos necesitaba. Ella era su madre, su pilar fundamental, la única figura parental y de su entera confianza que tenía, aquella a que podía recurrir por protección como ahora, entonces ¿Por qué la abandonaba? ¿Por qué la acusaba a ella de todo aquello? No era más que una víctima de sus malas decisiones.

–Era una niña mamá...– replicó con voz temblorosa.

–Tenías quince años Lorraine, eras una mujer hecha y derecha.

–No sabía lo que hacía...

Los recuerdos se agolparon en su cabeza, arremolinándose; imágenes fragmentadas que iban tomando forma, frases que cobraban coherencia. Olores que inundaban sus fosas nasales. Sensaciones que hacían estremecer su columna vertebral. Sus manos empapadas de sudor resbalaron del vanitorio y sus rodillas cedieron bajo el peso de la culpa.

–No sabes lo asqueroso que fue encontrarte allí... con Richard... haciendo esa barbaridad...

Richard, era por ese entonces, el novio de Carol. Un agraciado hombre de mediana edad, con preferencia por las mujeres guapas, jóvenes e ingenuas.

En Carol, había encontrado aquellas cualidades, sin embargo, en la hija de ésta, Lorraine, había encontrado un plus adicional. Un inocente capullo sin abrir, que podía manipular a su antojo. Tomando ventaja de su inexperiencia y timidez, la había orillado al límite, volviéndola una muñeca que se amoldaba a sus deseos. Tan necesitada de atención y afecto estaba, que cualquier muestra de cariño, la volvía vulnerable.

En un principio fue reacia a complacerlo, mas, ante amenazas tales como, que la difamaría y además abandonaría a su madre, no vio otra opción más que aceptar su propuesta.

–Hueles tan bien...– susurraba cuando su nariz se hundía en los humedales sin explorar de su bajo monte. La vergüenza, la culpa y el

cosquilleo, estremecían sus vertebras, conduciendo electricidad desde lo profundo de su vientre, hasta la punta de sus pies.

Richard, cada tarde que se quedaba a solas con ella, demandaba que se quedara con el uniforme puesto, para derramar sobre éste el resultado de su virilidad.

Las aleatorias y breves jornadas que pasaban a solas, subieron de intensidad, cuando él ya no se conformaba con la sensación, que le ofrecía el contacto contra su ropa, sino que demandaba, ya no solo probar el sabor del néctar que despedía su flor sin madurar, también quería sentir la textura de su capullo, contra su órgano cavernoso.

La chica se negó a aquello, así como también a continuar con aquellas jornadas que le arrancaban lágrimas de vergüenza y arrepentimiento. Luego de tiempo sin molestarla, el instinto animal de Richard despertó. El bamboleo de esas caderas jóvenes y esas piernas, que dejaban ver aquel uniforme escolar, no hacían más que provocarlo.

Tal vez Carol tenía razón.

Tal vez, sí era una zorra ofrecida.

Tal vez aquello había sido su culpa.

La chica no se había quitado el uniforme, aún después de unas horas de haber regresado de la preparatoria.

Lo quería.

Lo deseaba.

Esperaba por él.

Conducido por aquella convicción, la tomó por las muñecas y la arrastró hasta la habitación más cercana. Aquella tarde, le mostraría el poder de su hombría y la haría suspirar su nombre, suplicando por más.

La empujó de bruces contra el lecho, provocando una leve queja. Levantó sus caderas, descubrió su falda, dejando su ropa interior expuesta y se deshizo con rapidez de ella. Un delicado rosado se veía en el horizonte. Quería explorarlo a fondo, mas, primero debía someterla. Se humedeció el pulgar con la lengua y lo pasó por el lugar que albergaba estrechas profundidades. Sacó su miembro viril expectante y se preparó para una embestida bestial.

En ese preciso instante, como si hubiera estado al acecho, presenciando la escena, para interrumpir en el momento exacto, arremetió Carol contra él, arruinando sus planes. Conmocionado al ser descubierto en el acto, abonó la estancia sin mediar palabra, entre los insultos de Carol y los lloriqueos de la chica.

Lorraine, no dejaba de sollozar, sin embargo, sus lamentos no eran una disculpa suficiente para ese agravio. No era una víctima a los ojos de Carol. Más bien era una cómplice.

–¡A la bañera!– ordenó Carol vociferando con furia.

Lorraine, obedeció rebotante de confusión, apretando las manos cerradas en un puño, contra su pecho.

Su corazón latía desbocado. Ninguna súplica, ni llanto, fue capaz de detener la furiosa demencia de su madre. Los gritos torturados de la joven inundaron durante largos minutos las blancas paredes de la habitación,

que, con su especial revestimiento, no fueron capaces de escapar, ni de llegar a alguien que le prestara ayuda.

–¡Cállate, cállate!– Imploró Lorraine, con los gritos atorados en su garganta.

Carol, desde el otro lado de la habitación, miraba en dirección a la puerta, con el rostro contorsionado en una mueca de repulsión. Hace largos minutos guardaba silencio, rememorando pasajes humillantes, comparándolos con su situación actual y tejiendo teorías en su cabeza, que si unía ciertos cabos sueltos cobraban sentido.

Su paz, era interrumpida incesantemente, por los lloriqueos de la chica y sus chillidos ordenándole que se callara. Tal vez, era la voz de su conciencia atormentándola, pensó.

A pesar de que su vida nunca había sido un nido de rosas, Lorraine jamás había experimentado ese tipo de desconuelo.

Dolorosos recuerdos de pesadilla la atormentaban.

Tras sus párpados apretados, se materializaba el rostro de aquel hombre, veía claramente sus ojos brillantes de expectación y sus mejillas estiradas en una sonrisa lasciva.

*****TÉ PARA TRES**

Vacía de toda emoción, comenzó a llevar a cabo las acciones mecánicamente, sin premeditarlo demasiado y concentrándose en el objetivo final... Terminar el sufrimiento de esa criatura desdichada y gris en la que se había convertido. No sería más que un molesto recuerdo. Un feo duende gris, que de arcilla y barro habían moldeado a lo largo de los años y con una efímera chispa se consumiría.

Sentada a un costado de la bañera, agrupó en una fila, cada frasco de medicación que guardaban en el botiquín del cuarto de baño, y uno a uno los fue vaciando, sumándole a todos ellos un frasco de Aspirinas.

Una cantidad considerable de antidepresivos, somníferos e incluso psicotrópicos, le revolviéron el estómago.

La voluntad de vivir la abandonó y se hundió en una profunda tristeza. La sensación de vacío le quemaba las entrañas. Sus párpados estaban siendo vencidos por el cansancio, tal vez, los somníferos comenzaban a hacer efecto.

Desde el cuero cabelludo, hasta la punta de sus pies, cada célula de su cuerpo, sentía dolor, sin embargo, ningún sufrimiento era equiparable al que le había provocado con su traición.

Al percatarse de aquello, no pudo hacer, más que llorar y clamar por el perdón de su madre. No obstante, tal como en ese entonces, estaba ella tan embargada por la cólera, que hizo caso omiso y como aquella vez, enfocó todas sus energías en su castigo.

Mas, en esta ocasión el castigo se sentía demasiado difícil de sobrellevar y ya no quería sentir más dolor.

Sin fuerzas ni voluntad, Lorraine se abandonó en un profundo pozo de soledad.

Antes de que los lamentos de su hija comenzaran a menguar, Carol abandonó la estancia. Con la respiración jadeante y el pulso atronador en

sus oídos, aseguró la puerta del cuarto de baño por fuera, para que no lograra escapar y con una súplica desde el fondo de su corazón rezó con todas sus fuerzas, para no volver a verla nunca más, para que de una vez y por todas se hiciera justicia divina y esa mujer volviera donde pertenecía: al último círculo del infierno.

Previo al crepúsculo Carol regresó al departamento.

Adentro un silencio sepulcral le daba la bienvenida. Procurando no hacer ruido, se dirigió hasta el cuarto de baño del segundo piso, memorizando en su trayectoria cada detalle que la rodeaba. Las flores frescas del arrimo la recibían con su suave fragancia. Camelias blancas que combinaban con la elegancia de la estancia.

¿Cuándo se las había regalado Vladimir? Ya no lo recordaba. Su presencia allí había sido tan pasajera como placentera.

Los restos de vidrio y vino, señalaban el límite entre la cocina y las escaleras.

Por supuesto que no. No con esa intrusa de por medio. Aquella criatura nunca deseada, producto de los abusos, por parte de quien había prometido protegerla. Alentada por la ira, apuró el paso en dirección al cuarto de baño. Allí frente a la puerta, sacó fuerzas de flaqueza y con manos trémulas, abrió.

Dejó escapar un grito de impresión, cuando vio el escenario que se replegaba ante sus ojos. Su objetivo estaba cumplido. Había borrado su semilla de la faz de la tierra.

Nuevamente la balanza estaba a su favor, permitiéndole eliminar aquellos obstáculos que no hacían más que empañar prometedor futuro.

Inmediatamente su expresión se suavizó, volviéndose fría como el filo de una navaja.

Un chequeo rápido, fue suficiente para confirmar sus sospechas.

La mano sobre sus pálidos labios, no recibió el efecto de sus pulmones exhalando aire, de modo que se alejó del cuerpo inmóvil y salió de la habitación.

Mientras iba a por su teléfono móvil, el tono de una llamada entrante inundó la habitación. Era el móvil de Lorraine. Una vez la llamada hubo terminado, Carol verificó quien era. Veintidós llamadas perdidas notificaba el Smartphone.

–Vaya sorpresa que te vas a llevar cretino– denotó socarronamente María Carolina Espósito mientras una sonrisa cruel, sin remordimientos, se extendía por su rostro.

Su corazón golpeteaba irregular contra su pecho. Sus nudillos de un blanco mortecino, reflejaban su nerviosismo, mientras apretaba el volante. La rapidez que marcaba el velocímetro del salpicadero, delataban su prisa imprudente y el desasosiego por no oír su voz. En tiempo récord, aparcó el automóvil frente al edificio.

Las balizas encendidas sobre los coches que rodeaban la fachada, hicieron que los colores huyeran de su rostro. A toda velocidad penetró en la estancia, su respiración se agitaba con cada paso, a causa de, la certeza casi absoluta de que iba a enfrentarse con aquello que más temía. Con las manos cerradas en puños, cruzó la cinta plástica que impedía el paso. Las palabras "NO PASAR" quedaron fragmentadas, al igual que la escena que tenía ante él.

¿Fue un instante o una eternidad lo que demoró su cerebro en procesar todo aquello?

Tal vez lo asimiló rápidamente y por eso sus lágrimas no afloraron. Quizás seguirían pasando los años y no comprendería la magnitud de aquello que no fue capaz de impedir. Tal vez había sido un idiota por no advertir las señales de una muerte anunciada.

Impotente se derrumbó de rodillas junto a su inerte cuerpo. El fotógrafo forense retrocedió unos pasos, conmovido. Él extendió una mano temblorosa hacia su pálido rostro. Quería cerrar sus párpados, que continuaban abiertos, exponiendo su mirada vacía, sus ojos rojos, que ya no le decían nada.

Una mano se posó sobre su hombro, impidiendo todo movimiento, acompañando el ademán de palabras frívolas y mecánicas.

–El cuerpo no puede ser removido hasta que llegue el fiscal.

¿Cuerpo? ¿En eso se había convertido la muchacha? ¿En un objeto de estudio para burócratas y forenses? Consternado, comenzó a notar el escenario en el que había incurrido.

El llanto desgarrador de una mujer, llenando la sala con su cinismo.

Múltiples policías y un equipo de forenses revisando la escena. Un par de paramédicos fuera de lugar.

Y en el suelo de un cuarto de baño, el cadáver, de la que había sido una muchacha de ojos tristes...

*****Intento de epílogo (IS/ADIÓS)**

–Es antinatural, que los padres entierren a sus hijos– resonó una voz profunda a sus espaldas.

La mujer de impecable negro, reconoció de inmediato al emisor del mensaje, levantó su mentón en un leve asentimiento y acercando su pañuelo de seda a sus ojos cubrió sus labios y replicó: –¿Y tú, vienes a despedir a tu amada nieta o tu indeseada hija?

–No digas tales cosas en un lugar como éste Carol, no es el momento.

– ¿Y cuándo sí lo es? Dime, ¿mamá sigue en ese manicomio?

Buscó con la mirada entre los asistentes, encontrándose con su mirada fría y penetrante en la distancia. Un paraguas negro, al igual que toda su vestimenta, exceptuando su camisa de un immaculado blanco lo cubrían. La mujer apartando el pañuelo oscuro de su rostro, le dedicó una sonrisa. Apartado, consumiéndose su ser por el rencor, apretó los puños a modo de respuesta.

–No, está en casa, pero no está en condiciones de estar acompañándote en un difícil momento como este.

–No, me imagino que aún no se recupera del todo de eso.

El señor Espósito frunció el ceño, disgustado ante la actitud siempre altanera de su hija. Evidentemente, no la había *disciplinado*, lo suficiente. –Dale mis saludos de mi parte– murmuró la mujer a modo de despedida. Adoptando nuevamente el papel de madre dolida, se acercó a los asistentes del funeral, para agradecer su compañía y recibir sus palabras de aliento. Carol sacó a relucir su histrionismo y los dotes artísticos de los cuales gozaba.

La homilía ya había concluido, todo rastro terrenal de Lorraine había desaparecido de la superficie y era tiempo de ser la receptora de frases que le ayudarían a sobrellevar su *dolor*. Nuevamente ella y su pañuelo fueron los protagonistas de la escena. Lágrimas acompañadas de suaves sollozos, que se iban disipando con cada minuto que pasaba, concluían ese capítulo de su vida.

Una vez todos los asistentes hubieron abandonado el campo santo, ella hizo lo mismo acompañada de su padre. Mirando por última vez la tumba de su hija, exhaló un suspiro, levantó con orgullo su mentón y abandonó el lugar con pasos raudos y elegantes.

La lluvia no cesaba, fina como una brizna impactaba el cuidado césped y su paraguas. Una suave brisa agitaba los árboles que crecían en aquel silencioso lugar. A corta distancia una camelia en flor, se desojaba, cubriendo con sus pétalos su nombre grabado en el mármol.

Con una mano temblorosa depositó una rosa blanca sobre la lápida, no sin antes apretar su palma contra las espinas.

El ligero dolor le demostraba que aún estaba vivo.

Esperaba que donde quiera que ella estuviera, ya no existiera más dolor.

Y así, sin ella, la vida continuaba.

Su corazón aún latía, a pesar de estar incompleto.

Gracias por leer ☐☐